ÁNGELA

ó

EL RAMILLETE DE JAZMINES.

NOVELA ORIGINAL

DE LA

SEÑORA DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

TOMO II.

MADRID:

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE R. VICENTE.

Calle de Preciados, núm. 74.

1865.

Esta obra es propiedad de
la autora.

CAPITULO PRIMERO.

No es nuestro ánimo seguir paso á paso en su carrera artística á nuestra célebre primadonna; reseñaremos por lo tanto en breves palabras los diez años que estuvo ausente del hogar paterno.

Cuando salieron de Valencia, se dirigieron á París, despues á Italia; en Milán perfeccionó sus estudios musicales bajo la direccion de un gran maestro, apareciendo despues sucesivamente en todos los teatros de Italia, donde ad-

quirió tan inmensa celebridad, que fué inmediatamente escriturada para el teatro de la gran Opera de París. Allí cantó con un éxito portentoso, causando en el público una verdadera demencia, un espontáneo delirio.

Su presencia, llena de majestad y de atractivos, su hermosura estraordinaria, su meliosa voz, sus grandes facultades musicales y su admirable génio, la valieron en poquísimo tiempo ser considerada como una de las primeras cantantes de Europa.

Desde París fué á Lóndres, donde continuaron sus triunfos; luego pasó á los Estados-Unidos, volvió á Italia, y al cabo de cinco años de ovaciones y de magníficos triunfos en Europa, se embarcó para América. Recorrió las Antillas con igual fortuna, marchando despues á la América del Sur; allí, no solo adquirió gloria, si no riquezas inmensas. Su magnífico génio se cernia siempre en un mar de entusiasmo y de laureles; su nombradía fué tal, y tan grande la admiracion que su presencia produjo en todas partes, que se apresuraban á contratarla por

enormes sumas, siendo á veces fabulosos los ajustes que el interesado Aquiles realizaba.

Al solo nombre de Angelina Florentini, se conmovia una poblacion; corrian á escucharla con éxtasis, con alegría, y despues de alfombrar su camino de laureles, la llevaban en triunfo haciéndola anegarse en aquel mar de delicias que tanto habia deseado su alma.

¿Qué faltaba á su gloria? Nada. Los sueños de su vida estaban realizados; habia llegado á la cumbre del apogeo y de la fama. Las ovaciones se sucedian unas á otras; sus triunfos eran una cadena no interrumpida de laureles, y su fortuna crecia rápidamente bajo la direccion hábil y entendida de su esposo, que no perdonaba medio para acrecentarla; su ambicion siempre fué ser el primer capitalista de España, y juró no volver á su patria sin haberlo conseguido. Bajo el influjo de esta idea, esplotó á las mil maravillas el talento de su mujer; emprendió negociaciones comerciales en grande escala, y se entregó de lleno á todos los recursos de su génio financiero y emprendedor.

El Dios de Aquiles era el oro; el Dios de Angelina era la gloria; ambos estaban satisfechos, veian realizadas sus ilusiones, completamente conseguidos sus deseos más ardientes.

¿Diez años trascurridos de este modo fueron bastante para calmar la sed de Angelina? No lo sabemos; pero ella misma nos lo dirá, cuando volvamos á encontrarla en el poético y solitario pabellon de su alquería.

Durante este tiempo reinó en su matrimonio la armonía del padre y la hija, del maestro y la discípula, del amigo y la amiga, jamás la dulce intimidad del esposo y la esposa, la inefable ternura del amante á la amada de su corazon.

Sus almas estabau separadas por un abismo sin límites; sin embargo, ni un solo incidente alteró la armonía que reinaba entre ellos, en los diez años que juntos y en la más perfecta union estuvieron recorriendo el mundo.

Es verdad que ninguno se separo de la línea de conducta que se habia trazado; ella, como artista que busca la gloria; él, como el avaro que solo piensa en atesorar.

Como donde quiera que fué Angelina tuvo aplausos y homenajes, no le faltaron multitud de adoradores que se arrastraban á sus plantas mendigando una sonrisa, una frase benévola, una mirada cariñosa de la mujer que por su hermosura y su génio reinaba en todos los corazones. Empero ninguno en el trascurso de diez años, pudo vanagloriarse de haber recibido ni la más leve esperanza, ni el más pequeño favor de la hermosa jóven cuya virtud corria parejas con su gran talento. Su corazon solo se conmovia al ruido de las palmadas con que el público entusiasmado la llamaba á la escena; jamás el sonido de una voz amorosa, ni las dulces miradas de sus muchos apasionados hallaron eco en él, cerrado para el amor desde que rompió con Augusto, su primero y único amor, no volvió á esperimentar las emociones de ese dulcísimo sentimiento.

Siempre que recibia un billete amoroso de los muchos que la importunaban con sus vivas manifestaciones de afecto, les contestaba en el mismo billete: «¿no sabe V. que soy casada?

Las riquezas y el amor que V. me ofrece las hallo reunidas en mi esposo. Mil gracias.»

De esta manera llegó á adquirirse una reputacion sin tacha; todo el mundo envidiaba la dicha de Aquiles; los creian en el colmo de la felicidad y de la gloria.

Los apasionados, al convencerse de la pureza y virtud de Angelina, desistian de sus pretensiones, amándola y admirándola mucho más, pero respetándola siempre.

No sucedió lo propio á un inglés, que oyéndola cantar en Lóndres, se enamoró locamente de ella y se propuso no abandonarla ni un momento hasta conseguir sus deseos.

Era un poderoso lord de Inglaterra, muy misántropo, sumamente raro, y hombre tan estravagante, que jamás ninguna de las personas que le rodeaban pudo conocer sus sentimientos ni sus verdaderas ideas.

Era tan rico, que su fortuna igualaba á la de un rey; de la primera nobleza de Inglaterra y dotado de una figura marcial, de un rostro bello y de un talento nada comun. Su aire majes-

tuoso imponia respeto desde luego, y se le miraba siempre con prevencion por la severidad de su semblante, pues á pesar de su belleza era frio, impasible; no se traslucia jamás en aquella máscara de acero ninguna de sus impresiones.

Se llamaba Jorge Willans.

Tenia 30 años, edad en que las pasiones adquieren todo su desarrollo, dejándose sentir con una fuerza inmensa, fascinadora.

Jorge Willans, ocupado en su juventud con los negocios de su casa, á cuyo frente se hallaba por haber quedado huérfano desde muy jóven, y empapado de contínuo en la política, no tuvo tiempo de pensar en el amor, ni se fijó nunca en la belleza de las mujeres inglesas, porque le eran indiferentes; ni en las francesas cuando recorrió la Francia, porque le hastiaban. Su corazon impasible y frio como su rostro, no habia latido aun bajo el imperio del Dios niño; ni una ráfaga de entusiasmo amoroso habia llegado á encender el hielo de aquella naturaleza escepcional.

Llegó Angelina á Lóndres, oyóla cantar el

escéptico inglés y todas las pasiones se despertaron en su alma al sonido de aquella voz de ángel, que apoderándose del corazon y de los sentidos, hacia gozar á los mortales dulzuras infinitas.

Jorge se sintió herido en el alma. Buscó á la hermosa española y la ofreció su amor, que ella reusó de la manera que hemos dicho más arriba. Entonces realizó gran parte de su fortuna y la ofreció con su amor una riqueza inmensa, representada en un bono contra el banco de Inglaterra, que incluyó en la carta. Aquel bono ascendia á muchos millones, y sin embargo, Angela se le devolvió con su carta, diciéndole: «Las españolas, no venden por dinero, ni su honra, ni su amor.»

Este rasgo acabó de enloquecer á Jorge Willans.

La célebre prima-donna terminó su contrata en Lóndres y pasó á los Estados-Unidos. Jorge la siguió. La primera persona que veia en el teatro era él; los primeros ramilletes que recibia como homenaje á su mérito, eran suyos.

Siempre la tarjeta de Jorge Willans figuraba en primer término felicitándola por sus triunfos.

Empero nunca se presentaba ante ella; jamás le vió en sus salones, ni escuchó el sonido de su voz.

Angela recorrió las Américas, y Jorge tambien. Los dos esposos vinieron á España, y el inglés los siguió.

No fueron juntos, porque se contentaba con seguirla de lejos: se embarcó para España en otro vapor que debia llegar un poco más tarde que aquel en que los dos esposos hicieron la travesía.

Nuestros lectores tendrán la bondad de tomar el tomo primero de esta obra y leer con detencion el capítulo tercero. Vamos otra vez á reanudar el hilo de nuestra narracion interrumpido en aquel capítulo, y es necesario para la buena inteligencia, que nuestros lectores recuerden perfectamente los detalles de aquellos acontecimientos que han de enlazar con estos.

Digimos que habia tempestad; el ruido del mar se dejaba sentir más vivamente cada vez;

las irritadas olas se estrellaban contra los peñascos del contramuelle con una fuerza inmensa, y la noche negra y oscura como la conciencia de un criminal, estaba pavorosa y terrible. Eran los últimos dias de Setiembre.

CAPITULO II.

Angela, abismada en sus sombríos pensamientos, no sentia la tempestad. Se hallaba despues de doce años en aquel gabinete donde se encerraban todos los recuerdos de su primer amor. Tendió la vista en derredor y halló su cama como si acabara de dejarla; su piano cerrado por órden de su madre, que no se volvió á abrir; su mesa de escribir, sus dibujos, sus bordados, y por último, la figura imponente y majestuosa de su primo, que á los reflejos de la vacilante luz que alumbraba la habitacion pare-

cia destacarse del cuadro. Aquel rostro simpático, aquella mirada siempre dulce y benévola, cuyo recuerdo jamás, ni aun en medio de sus más ruidosas ovaciones, pudo borrarse de la mente de Ángela, volvieron otra vez á despertar en su corazon todos los sentimientos que yacian dormidos, todas las ilusiones de amor que encantaron su juventud y que el fantasma de la gloria habia amortiguado en el alma exaltada y poética de nuestra jóven artista. Empero las pasiones siempre tienen su imperio, siempre reinan vigorosas y dominantes en nuestra frágil naturaleza.

Ángela llegó á creerse víctima de un sueño; aquellos doce años trascurridos entre aplausos y laureles se los imaginó un delirio de su fantasía, y fascinada, medio loca, con los brazos y las manos estendidas hácia el retrato de su primo que la sonreia con amor, esclamaba trémula y vacilante:

—¡Primo mio!....—¡primo mio!....

La ilusion de Ángela llegó á ser tan grande que pasó muchas horas en un éxtasis arrobador,

sin darse cuenta de lo que sentia, sin escuchar el ronco fragor de la tempestad que anunciaba horribles desastres.

Un vapor acababa de naufragar no lejos del puerto, y se escuchaban con un terror profundo los cañonazos en demanda de auxilio; mas ¿quién habia de socorrer á los pobres náufragos si la noche estaba densamente oscura, y el mar tan embravecido, que era de todo punto imposible arrojar en él una barquilla, porque se la hubieran tragado las olas?

¡Qué espantosa confusion reinaba en el puerto! Los clamores de la multitud no podian llegar á los oidos de Angela, primero por su abstraccion, segundo porque la alquería situada en el cabo de Francia, mucho más allá del Cabañal, estaba muy retirada del puerto.

Doña Margarita y D. Angel estaban acostados cerca de la niña: presentian alguna espantosa catástrofe por el ruido del mar y lo desencadenado del viento; pero juzgaron inútil levantarse, y permanecieron en cama, estando por lo

tánto cerradas todas las habitaciones, y en la más profunda oscuridad.

Aquiles habia marchado aquella misma noche á Valencia, donde se quedó.

En medio de las tinieblas de la noche solo se veia luz en el pabellon de Angela, pareciendo en lontananza como un faro bienhechor; desde el mar contemplaron los pobres náufragos aquella estrella brillante, y cuando el vapor estuvo completamente perdido, se arrojaron varios de los marineros en una frágil barquilla á buscar la salvacion ó la muerte entre las olas embravecidas.

Siempre fué el norte de sus miradas aquella luz que les llamaba como prometiéndoles un pronto y eficaz socorro.

Tres hombres iban en una pequeña lancha, y no tardaron en perder aquel último apoyo, teniendo que arrojarse al mar, ganando á nado la orilla; uno de ellos, el que parecia más fuerte, á juzgar por su corpulencia y robustez, perdió las fuerzas más pronto; no pudiendo luchar contra las furiosas olas, se dejaba llevar

por ellas, y hubiera perecido indudablemente sin el eficaz y rápido auxilio de sus dos compañeros, que, con riesgo de sus propias vidas, lograron sacarle á salvo, dejándole tendido en la playa mientras reponian un poco sus quebrantadas fuerzas.

La oscuridad de la noche no permitia ver los objetos á su alrededor: sabian que estaban en la playa de Valencia; pero ignoraban á qué sitio los habia conducido la borrasca.

Los dos náufragos, que no perdieron su serenidad, permanecieron algunos segundos en pié; despues, el que parecia superior, se puso de rodillas á examinar si el infeliz que inanimado continuaba tendido sobre la arena, respiraba aún, y habia alguna esperanza de salvacion.

Entre tanto la luz del pabellon de Angela seguia brillando á lo léjos, como la estrella misteriosa que les ofrecia un refugio seguro.

—¡Pepe, esclamó de repente el que se habia puesto de rodillas: este hombre vive, y con un pronto socorro podríamos salvarle; pero carecemos de todo, y ni aun sabemos dónde estamos!

—Señor, contestó el llamado Pepe; allí en frente se ve una luz; ¿quiere V. E. que vaya á pedir auxilio?

—¡Sí, sí! Al momento; ¡vuela! dijo con imperio el caballero que debia ocupar en la sociedad un alto rango, cuando su criado le daba tratamiento.

Pepe, anhelante y rendido de cansancio, llegó á la alquería, que no estaba lejos de la playa, guiado por la bienhechora luz del pabellon.

De pronto se ocultó la luz, y se encontró con la tapia de la huerta; reconoció con placer que estaba en una casa de campo, y se adelantó á lo largo de la pared buscando la puerta que debia conducirle al puerto de salvacion.

Por casualidad fué á parar á la casita que habitaba Pedro el jardinero; apenas Pepe halló la puerta, empezó á dar fuertes aldabonazos y lamentables gritos que no tardaron en despertar al jardinero, que se levantó refunfuñando; pero aterrado al sentir el horroroso estruendo de la tempestad.

—¿Quién diablos llama á estas horas? preguntó el jardinero con mal humor.

—¡Por piedad! prestadnos auxilio y hospitalidad por esta noche; somos tres pobres náufragos que nos hemos salvado en una lancha, y uno de nosotros, que es un poderoso señor, se muere si no se le socorre prontamente.

A todo esto, ya Pedro medio desnudo habia franqueado la puerta, y dijo á Pepe:

—Espere Vd. un momento, que voy á buscar una linterna, porque con esta pavorosa oscuridad no sabria dar un paso.

Instantes despues los dos hombres se habian entendido perfectamente, y corrieron hácia la playa á buscar al pobre náufrago que daba pocas señales de vida.

—Señor, dijo Pepe á su amo apenas estuvieron al alcance de su voz; esa luz pertenece á una casa de campo, donde vamos á trasladarnos inmediatamente; tenga V. E. la bondad de alumbrarnos, y nosotros conduciremos á este pobre señor á ver si podemos salvarle.

—¡Sí, sí! Corred, por Dios, amigos mios, que

á mí tambien me van faltando las fuerzas, dijo el caballero apoderándose de la linterna.

Al sonido de esta voz, Pedro levantó la cabeza, y se quedó mirando al desconocido como queriendo reconocerle: sin duda no lo consiguió porque la volvió á bajar, y cogiendo por la cintura al náufrago, dijo á Pepe:

—Camarada, cógele tú de los piés, y en marcha, que la tempestad arrecia, y es horrible estar aquí mucho tiempo.

Pepe obedeció. Se puso en marcha la triste comitiva, precedida por el caballero que iba alumbrando.

Pedro seguia mirando con honda atencion á aquel hombre cuya simpática y argentina voz habia herido su corazon; pero no le conoció. Aunque no muy alto, tenia una figura agradable y esbelta; su rostro estaba casi oculto por una poblada barba negra, que le desfiguraba por completo. Sus ojos, que brillaban en la oscuridad de la noche como dos luceros, tenian un brillo seductor; eran grandes, rasgados, y de un negro aterciopelado como el ala del cuervo.

En la lucha con las olas habia perdido su sombrero, y flotaba á merced del viento su cabellera negra, hermosísima sin duda en otro tiempo; pero que una vejez prematura habia aclarado por algunos sitios, sembrándola de blancos hilos de plata.

En su frente ancha y despejada se veia el sello del talento, demostrando tambien algunas indiscretas arrugas que el corazon de aquel hombre, que apenas tendria treinta años y representaba cuarenta, habia sido lacerado por crueles y amargos pesares.

Llegaron á la casita de Pedro; este se apresuró á depositar en su mismo lecho al pobre náufrago, empezando á prestarle los auxilios que requeria su estado. Apenas entraron allí, el de la barba negra miró con ansiedad á su alrededor, luego levantando la luz examinó el rostro de Pedro, y, por último, se dejó caer desfallecido junto al hogar donde Pepe, por mandato del jardinero, se apresuraba á encender una buena lumbre.

El fiel criado se acercó luego á su amo, y

empezó á desnudarle para secar su ropa, que estaba empapada en agua, le envolvió cuidadosamente en una capa, y le hizo sentar en un ancho sillon de baqueta.

Á todas estas maniobras ni una sola palabra tuvo que oponer el absorto caballero; profundamente pensativo, dejó hacer á su criado lo que quiso, sin interrumpirle ni oponerse, como si hubiera sido estraño á cuanto pasaba á su alrededor.

Mientras tanto, el viejo Pedro, muy esperimentado en semejantes lances, hacia arrojar al enfermo todo el agua que habia tragado, poniendo en uso los remedios caseros muy útiles en casos análogos, y que suelen prestar benéficos resultados.

La tempestad continuaba aterradora y sombría; un ruidoso trueno, que hizo retemblar el edificio, sacó al caballero de la barba negra de su profunda meditacion; se levantó como impulsado por un resorte, se acercó á la cama donde vió á su compañero de peligros que acababa de recobrar el conocimiento, y por librarse

de sus espresivas manifestaciones de gratitud se salió apresurado á la huerta. A favor de la oscuridad vió la luz en el pabellon de Angela, y sin darse cuenta de su accion, se dirigió allá con la seguridad de quien conoce el camino perfectamente.

Tenia los vestidos en desórden, y á pesar de la frialdad de la noche, y de que llevaba la cabeza descubierta, sentia su frente abrasada, tenia fiebre, y la escitacion de sus dolores y de sus recuerdos le volvian loco.

Llegó frente al pabellon; la ventana del gabinete de Angela estaba abierta y alumbraban la habitacion cuatro bujías puestas sobre un candelabro encima de una mesa. De espaldas á la ventana, estaba Angela arrodillada delante de un cuadro; con las manos estendidas y la cabeza caida sobre el pecho, murmuraba sollozando:

—¡Augusto!.... ¡amor mio!.... ¡ven, que siempre te amo!....

—¡Aquí estoy, Angela mia!.... ¡vida de mi vida.... alma de mi alma!.... esclamó el de la

barba negra, precipitándose de un salto por la ventana en el aposento.

Angela, al escuchar aquella voz querida que estremeció todo su sér, se levantó vivamente, corrió á él, y reconociéndole, á pesar de que hacia trece años que no se veian, dió un agudo grito, y mirando en torno suyo como espantada ó temerosa de que la viesen, se oprimió el corazon con ambas manos, y arrojándose luego en sus brazos cayó desmayada.

Augusto, pues efectivamente era él, la sostenia contra su pecho, mirándola, llenos de lágrimas los ojos, con una ternura indecible.

—¡Trece años sin vernos!.... ¡trece años, luz de mis ojos! ¡estrella de mi vida!.... ¡y en tan larga ausencia no ha podido estinguirse el fuego de nuestras almas!.... murmuraba con lenta y apasionada voz Augusto, contemplando á la inanimada jóven con dolorosa y amarga tristeza.

Con la mayor delicadeza la condujo á un sofá, y dejó apoyada sobre su seno aquella hermosa y adorada cabeza, cuyo espresivo rostro

anunciaba la inteligencia del genio y la dulcísima espresion de la mujer que ama con toda la fuerza de sus sentidos.

Cuando abrió los ojos aun se creia presa del delirio; miró en torno suyo, y solo vió la fulgurante luz de los relámpagos que penetraban por la ventana; nada oyó sino el ruido del mar y el poderoso estruendo de la tempestad. Empero de repente sintióse dulcemente oprimida, alzó los ojos, y su mirada se encontró con la mirada magnética y arrebatadora de su primo, que anhelaba beber en sus ojos la esencia de aquel amor purísimo tantos años oculto dentro del pecho.

—¡Augusto!.... ¿eres tú?.... murmuró enderezándose con viveza; ¿no es un delirio de mi fantasía?.... ¿No es un sueño que te veo, que te hablo?....

—No, vida mia, no te engañas, soy yo, que en medio del poder, de la gloria y de las riquezas, no he encontrado nada que iguale á nuestro amor, que llene mi alma como tú la llenas.

—¡Oh! ¡Calla!.... ¡Calla por Dios!.... no dejemos arrancar ese fatal secreto á nuestros corazones, porque nuestro amor es un crímen. ¡Oh!.... ¡qué horror!.... ¡y pudieran oirnos!.... ¡y estoy sola contigo, aquí en este pabellon aislado, en medio de la noche! ¡Oh! ¡Dios mio!.... ¡si Aquiles nos ve, somos perdidos!....

—¡Calla!.... ¡no pronuncies ese nombre aborrecido!.... esclamó Agusto fuera de sí, lanzando llamas de sus hermosos ojos; ¡él es la causa de nuestra eterna desventura!....

—¡Vete! ¡por piedad!.... ¡vete! ¿cómo te hallas aquí?.... ¿qué milagro es este? decia Angela anhelante.

—Náufrago y errante en una frágil barquilla, luchando con las olas de ese mar embravecido que me han arrojado á esta playa, he venido al azar, sin saberlo yo mismo, á lanzarme en la borrasca mayor todavía y más horrorosa que se agita en mi alma; dijo Augusto, apoyando entre sus manos su dolorida y abrasada frente.

—¡Qué fatalidad! ¿y quién podrá creer que

el destino nos ha reunido? murmuró Angela.

—Nadie sabrá que nos hemos visto; partiré antes de amanecer, pero en medio de mi profundo dolor llevaré el consuelo de haber sorprendido tu secreto; te he visto llena de amor delante de mi retrato invocando mi nombre, esto me hace conocer que tu corazon es siempre mio, ¿no es verdad? Angela mia?

—¡Ah! ¡Cuán desgraciados somos! esclamó Angela sin contestarle; pero rompiendo á llorar con una amargura infinita.

—¡Ay! mucho, muy infelices; para nosotros ya la dicha es un sueño; corriste tras la gloria, yo tras el poder y la riqueza, y nada de esto es bastante á calmar nuestros dolores; nada puede apagar la sed de amor en que se abrasan nuestras almas.

—¡Por Dios, Augusto!.... cállate; separémonos, y adios para siempre, adios; el destino nos ha separado, y debemos respetar su fallo. Sigamos nuestra peregrinacion en esta tierra de dolores, y si nuestros corazones están unidos por un lazo indisoluble, el deber nos separa, se-

parémonos, pues, y seamos buenos para gozar un dia en el cielo el premio concedido á la abnegacion y al sacrificio.

Angela estaba pálida, agitada, nerviosa; por un movimiento convulsivo se habia puesto en pié, y señalaba con la mano la ventana por donde Augusto habia entrado, y por donde debia volver á salir.

—Me iré, sí, esclamó Augusto; te amo demasiado para que pretenda comprometer tu reputacion; ¡adios!.... ¡adios!... ¡hasta el cielo!....

Por un movimiento rápido apagó las bujías para que no le vieran saltar por la ventana; la luz de un relámpago le hizo ver la majestuosa y noble figura de Angela que le tendia una mano en señal de eterno adios. Augusto se precipitó sobre aquella mano querida, la besó frenético, y con el pecho desgarrado por los sollozos se lanzó al jardin.

Angela cayó de rodillas, y llorando dirigió una plegaria al Sér Supremo.

La precaucion de Augusto al apagar las luces fué completamente inútil, pues su entrevis-

ta con Angela ya habia tenido un testigo oculto entre los árboles.

Hemos dicho que el jardinero creyó reconocerle, á pesar de los muchos años que no le veia; y en efecto: mientras estuvo prodigando al náufrago sus cuidados, no dejó de pensar en aquel caballero de la barba negra y los hermoso ojos, dando vueltas á su imaginacion por recordar dónde y cuándo le habia visto.

Cuando Augusto salió precipitadamente de la casa y se dirigió al jardin, Pedro le siguió, fué observando la seguridad con que marchaba por las alamedas como si el terreno le fuera muy conocido; y, por último, le vió penetrar por la ventana del pabellon, y observó la escena que tuvo lugar entre los antiguos amantes, si bien á causa de la distancia no pudo oir su conversacion.

Cuando salió de allí, fué corriendo á la casa del jardinero, donde no quiso entrar, temeroso de que este le conociera: llamó á su criado, y sin despedirse del enfermo, á quien no le ligaban ningunos lazos de amistad, ni aun siquiera

de conocimiento, porque hasta ignoraban sus respectivos nombres, se dispuso á partir en aquel momento, á pesar de la tempestad y de los ruegos de Pedro, que sin darse por entendido le suplicaba se quedase á descansar algunas horas.

¡Nada escuchó Augusto! Estaba resuelto, y partió sin darse á conocer.

Instantes despues el enfermo, incorporándose en la cama, decia con un acento inglés muy marcado:

—¿Dónde está mi salvador? ¡Oh! ¡dónde está ese hombre á quien debo la vida!.... Quiero darle las gracias; que venga, y desde hoy el corazon, las riquezas y la amistad de Jorge Willians son suyas.

El náufrago salvado por Augusto era el inglés que estaba enamorado de Angela.

CAPITULO III.

Tras de la tempestad está la bonanza, esto es una verdad; por eso, despues de una noche horrorosa, amaneció el siguiente dia espléndido, magnífico; los bellísimos campos de Valencia estaban inundados de luz y de perfumes. Al aparecer el sol en la azulada llanura del Mediterráneo, pareció dar nueva vida con sus rosados rayos á la frondosa y exuberante vegetacion que presta tan bellos atractivos á las arenosas playas del Cabañal, que se acuestan en su rica alfombra de verdura.

La casita del jardinero Pedro estaba llena de luz; por sus ventanas, completamente abiertas, entraban los primeros rayos del sol, que recibia, con una satisfaccion inmensa, Jorge Willams,

acostado todavía en la cama que le proporcionó la caridad de Pedro.

Situada la casita en una eminencia, permitia ver el mar desde las ventanas, por un lado, y por otro la huerta de la alquería. El cuarto donde se hallaba el inglés tenia ventanas por ambos lados; mandó abrirlas, y se sentó en la cama á respirar el fresco y perfumado ambiente de la mañana.

Pedro, despues de haber dado una vuelta por la huerta, examinando los desastres que la pasada tempestad causó en las plantas confiadas á su cuidado, se dirigió á la habitacion del inglés á prodigarle cuidadosamente sus más delicadas atenciones. Sabia por Pepe que era un hombre riquísimo, y deseaba sacar partido de su interesada asistencia.

Esta era en parte la causa de su estrema solicitud.

Apenas le vió llegar el inglés, le preguntó en buen castellano á quién pertenecia la casa en que se hallaba.

Jorge, desde que conoció á Angela, habia tra-

bajado con la mayor constancia por aprender su mismo idioma, lo que consiguió de una manera admirable, teniendo desde entonces un vivo placer en hablar en español.

Pedro le contestó que la alquería era propiedad de D. Angel Salcedo, á lo cual Jorge se encogió de hombros, porque no conocia semejante nombre.

Como mira interesada, y con el fin de italianizar á su esposa, Aquiles suprimió siempre el apellido de *Salcedo*, sustituyéndole con el suyo, que era italiano.

—¡Qué bella posesion debe ser esta!.... esclamó Jorge admirado con alegría: por un lado la campiña y por otro el mar. ¡Oh! ¡Hermosa tierra de España!.... ¡Cuán felices son los hijos de tu suelo, que pueden disfrutar de ese sol radiante, de ese cielo esplendoroso de un azul tan puro y de esa vegetacion tan galana!....

Pedro escuchaba admirado al entusiasta inglés, y se atrevió á decirle:

—¡Ah! pues más han de gustar á V. las mujeres españolas cuando las vea; son hermosísi-

mas, y sobre todo las valencianas se llevan la palma en punto á belleza; y si no buena prueba es de ello mi señorita, que acaba de llegar de las Américas más hermosa todavía que cuando se marchó.

El inglés continuaba absorto embriagándose con la espléndida luz de la mañana, y contemplando con éxtasis el azul purísimo del cielo.

De repente, allí muy cerca, se escuchó el preludio de una guitarra; poco despues una voz angelical se mezcló entre los sonidos del instrumento, dejándose sentir con una armonía divina, con un arrobamiento celestial.

Jorge, apenas escuchó las primeras notas, saltó de la cama como movido por un resorte: sus facciones estaban trastornadas, y tuvo necesidad de apoyarse en el marco de la ventana por no caer al suelo.

Con ansiedad buscaba el sitio de donde salia la voz: era un cenador de jazmines, muy próximo á la casita, pero no vió á nadie.

—¡Oh! ¿Quién canta?.... ¿De quién es esa voz?.... murmuró con embriaguez, vistiéndose

apresuradamente á pesar de su gran debilidad, que apenas le permitia sostenerse en pié.

—Es la señorita, que antes de marcharse venia todas las noches á cantar bajo ese cenador, á la luz de la luna, y se conoce que no ha perdido la aficion.

El armonioso cántico continuaba mezclándose al de los ruiseñores y jilgueros que poblaban los árboles, y confundiéndose en su mismo trino.

Jorge y Pedro, bajo el influjo de una fascinacion poderosa, escuchaban absortos, conmovidos y trémulos por la más poderosa emocion.

Aquella voz, que así hacia vibrar las fibras más delicadas del alma, no podia salir de una garganta humana; era el suspiro de un ángel, era el gemido de una musa, ó el eco dulcísimo de la brisa susurrando en la floresta.

Empero Jorge, con ese instinto de los corazones amantes, reconoció en seguida la voz de Angela, y murmurando con admiracion «¡es ella!» cayó de rodillas entre el follaje que cubria la ventana.

—¡Oh! ¡Gracias, Dios mio!.... murmuró el inglés, que habia aprendido de su buena madre á dar gracias al Ser Divino en los momentos supremos de la vida. ¡Gracias, Señor, porque me has permitido, al pisar el noble suelo de la España, escuchar la primera á esa mujer, que es dueña de todo mi ser y de todos mis sentimientos.

Angela habia querido apurar uno por uno el amargo néctar de sus recuerdos; y despues de haber cerrado el gabinete del pabellon donde pasó la noche, fué al cenador de jazmines, y acompañándose con la guitarra del jardinero, como otras veces, cantó, con un sentimiento y una melancolía indecibles, las mismas canciones que cantaba cuando su madre la cerró el piano prohibiéndola dedicarse al arte divino de la música.

Angela tenia la palidez de la azucena: estaba vestida de blanco, con el cabello recogido en trenzas y caido por la espalda. Sus hermosos ojos, cuyo brillo estaba amortiguado por el insomnío, tenian una espresion desgarradora de melancolía.

Jorge Willams la vió salir del cenador con guitarra en la mano; la dejó apoyada en el tronco de un árbol, y siguió con la cabeza baja por una calle de rosales.

—¡Mi guitarra!... esclamó Pedro, que estaba de pié detrás del inglés. ¡Pensaria la señorita que yo no la conservaba..... y la he guardado como una reliquia solo porque ella venia toda-las noches á tocarla!

—¿De veras? dijo Jorge volviéndose hácia el jardinero, cuando ya Angela habia desaparecido.

—¡Ah! Cuénteme V., cuénteme cuanto sepa de esa señora; pero ante todo véndame esa guitarra; quiero poseerla.

—¿Venderla?.... Eso, nunca; ni aunque me dieran veinte duros..... y eso que solo me costó cinco.

—Yo te daré cinco mil reales, tómalos, en buenas onzas españolas, y traémela, esclamó el inglés, sacando con la mayor indiferencia diez y seis onzas, que arrojó sobre la mesa, haciendo en seguida una seña al atónito jardines

ro, que le miraba estupefacto, para que fuese á recoger el instrumento.

—¡Este hombre es una mina de oro!.... esclamó Pedro, apresurándose á obedecer: me parece que voy á sacar de él un buen partido.

Aquí la tiene su señoría, dijo, volviendo á entrar con ella en el aposento: mucho siento perderla; pero ¡cómo ha de ser! Tambien me alegro poder complacerle; y desde luego puede contar con que estoy en cuerpo y alma á su disposicion.

El pobre hombre nunca habia visto tanto dinero reunido, y estaba contentísimo de aquella impensada fortuna que se le entraba por las puertas como bendicion de Dios; así fué que el gozo le trasformó por completo; se tornó hablador, de reservado que era, y alegre y vivaracho, á pesar de que su génio era bastante taciturno y áspero.

Jorge, que veia en él un tesoro, comprendió al punto la influencia del dinero, y aumentando algunas onzas á las que ya estaban en

montones sobre la mesa, como en recompensa de las atenciones que le habia prestado, le preguntó, con un acento frio y lacónico:

—¿Cuánto tiempo lleva V. en esta casa?

—Más de veinte años, señor: cuando yo vine aquí ya era crecedera la señorita; jugaba y corria con su primo por esas arboledas, que daba gozo verlos.

—¡Su primo! ¿Y quién es su primo?

—¡Toma! el señorito Augusto Salcedo; el mismo que ha salvado á V. la vida anoche: no se me ha despintado, aunque el ingrato se ocultaba de mí, y no ha tenido confianza para descubrirse.

—¡Ah! ¿Y era primo de Angela? ¡Qué felicidad! Pero..... ¿por qué se ocultaba?

—Muy sencillo, contestó el jardinero, que embriagado con la vista del oro estaba dispuesto á cantar de plano: se ocultaba porque no se trata con los señores desde que se desbarató la boda con la señorita: él ha venido aquí sin saberlo, y cuando se ha visto en casa de su tio ha echado á correr, sin esperar a que

amaneciera ni á que cesára la tempestad.

—¡Su boda con ella!.... ¿Luego se amaban? dijo muy preocupado Jorge.

—¡Ya lo creo! Como que desde chiquititos han estado juntos: y mire V. qué cosas, todavía se quieren los pobres; ¡y hará lo menos trece años que no se han visto! Esta noche los he visto llorar como dos criaturas; y la señorita se ha desmayado en sus brazos.

Jorge se puso pálido como un cadáver; luego esclamó con una voz sepulcral:

—¿Se han visto? Quizá ella le esperaba.....

—Yo no lo sé; solo puedo decir á V. que ví anoche á D. Augusto encaminarse al pabellon que habita la señorita: ella, á pesar de ser una hora tan avanzada, y de haber una tempestad tan horrorosa, estaba sin acostar; allí arrodillada, delante del retrato de él, y llorando..... porque yo la ví más de dos veces enjugarse los ojos. De repente, el señorito Augusto salta por la ventana, se ven, arrojan un grito, y se desmaya la señorita.

—¡Oh, no hay duda, no hay duda! murmu-

raba entre dientes el inglés, paseándose á largos pasos por la habitacion. Ellos se amaban, se habrian citado aquí; ella le esperaba, y se han visto. ... ¡y á mí me desprecia! ¡Oh! ¡Cuando yo la creia una santa.... un ángel del cielo!....

El inglés sufria horrorosamente: sus pelos estaban crispados y la palidez de su rostro se aumentaba por grados; empero ninguna de sus emociones aparecia en su semblante impasible y frio como una máscara de hierro.

Despues de un momento de lucha se dominó por un esfuerzo de su poderosa voluntad, y fué á sentarse cerca de la ventana, sin dejar de mirar á la huerta, por si Angela se presentaba otra vez por allí.

—Ven, dijo, con voz sombría, al jardinero: siéntate á mi lado, y cuéntame, dia por dia y hora por hora, toda la vida de Angelina; no me omitas ni un detalle, ni la más leve circunstancia; quiero saber hasta sus juegos infantiles, y luego la historia de Augusto, y lo que sepas de Aquiles.

Pedro obedeció, contando minuciosamente

al inglés todo cuanto sabia de sus señores, y en particular cuanto sabia de Angela, en cuyo relato empleó más de una hora.

Durante este tiempo estuvo Jorge con la cabeza apoyada en el marco de la ventana, los ojos fijos, y toda su atencion reconcentrada en las palabras de Pedro, no perdiendo ni una sílaba, y grabándolas en su imaginacion como si las hubiera ido escribiendo en un libro, con letras de fuego.

Cuando hubo concluido de hablar, se levantó, y echando mano al bolsillo, sacó unas monedas, que puso con las otras, y dijo al jardinero:

—Gracias: aquí tienes.... por las noticias que acabas de darme: ahora prométeme no revelar á nadie que has recogido y auxiliado á un inglés en tu casa. Quizá un dia necesite de tus servicios, y entonces te buscaré..... Y ya sabes que yo sé pagar las palabras y los secretos tan bien como el silencio.

—Se lo prometo; vuestra señoría puede contar con mi discrecion y con mi fidelidad á toda prueba.

—Lo creo, adios; dame un ramillete de jazmines y no me hables ni una palabra más, dijo Jorge con imperio.

Mientras Pedro formaba el ramillete, concluyó de vestirse, se puso la cartera de viaje, que por casualidad no habia perdido en la borrasca de la noche anterior, y se dispuso á partir.

Instantes despues subia en una tartana que debia conducirle á Valencia. Hizo que el tartanero diese una gran vuelta por el Cabañal, y despues fué á pararse frente á la alquería de Angela. Llamó á la puerta, salió un criado, y entregándole una tarjeta con su nombre y el ramillete de jazmines, le dijo:

—Para la señora Angelina Florentini.

El criado lo tomó y desapareció á poco. Jorge se dirigió á Valencia muy taciturno, pensando en la cara que pondria Angela cuando recibiese de su mano aquellas flores, emblema de su primer amor.

CAPITULO IV.

¡Oh! no hay nada más horrible que ese dolor lento, amargo, desgarrador que llega á formar parte de nuestro propio sér, y que va minando sordamente nuestra existencia.

Hay criaturas que sueñan con la felicidad; por ejemplo se imaginan que la dicha es de color de rosa, y corren á buscarla siempre trás las rosadas nubes que como flotantes tules aparecen en el horizonte, por lo general nebuloso, de la vida humana. Angela fué víctima de estas ilusiones, presintió la dicha, soñó con ella, la buscó como se la imaginaba, vaporosa, risueña, sonrosada; pero como las ilusiones son humo, vapor, nieblas del espíritu, se desvaneció al to-

carla, se disipó ante sus ojos aquel encantado castillo, y quedó solo ante su alma dolorida y exánime el esqueleto del desengaño, el fantasma horrible de la decepcion y del vacío.

¡Ah! ¡qué horrible!.... La dicha para Angela estaba trás la blanca nube del amor, y ella, corriendo trás la rosada que significaba la gloria perdió su eterna felicidad, y ya solamente se presentarian á su vista nubes grises, plomizas y negras al fin de la jornada, negras como el desengaño, negras y oscuras como el dolor, como el eterno luto de su alma.

¡Pobre corazon estraviado! ¡pobre criatura errante y peregrina en el desierto del mundo!.. Ni un rayo de ese sol vivificante de la felicidad esclarecia las tinieblas de su vida. Angel hermoso coronado de flores, de laureles, cercado de brillantes resplandores, de espléndidas vestiduras, de riquísimas formas; pero que en medio de toda su gloria, de su inmenso poderío, llevaba un cáncer roedor en medio del corazon, un puñal siempre clavado en lo más sensible de su alma.

Ilusiones mentidas que prometen flores, y al tocarlas se convierten en agudas espinas; esos son los sueños de la calenturienta y estraviada imaginacion de esas cabezas ardientes, privilegiadas, de esos génios divinos que, arrojados al azar en este piélago sombrío, todo lo hallan estrecho, no encuentran aire libre donde estender sus gigantescas alas, y mueren al fin tronchados por el huracan de las tormentas humanas.

¡Génio sublime; alma grande y corazon elevado; dotes magníficas que hacian de Angela un sér superior, una celeste criatura destinada á inundar de alegría y delicias á los mortales, sin encontrar ella misma el ideal que forjara su alma, porque vivia en otra esfera, porque el mundo no es el centro de las almas grandes!

Creyó que bastaba su talento y su arte para ser feliz; ¡cuánto se engañaba!.... El amor es el sol del génio; ningun hombre grande ha podido vivir sin realizar el bello ideal de su fantasía, ese tipo celestial con que sueña el poeta y el artista.

Angela, al rechacerle, le perdió y se encon-

tró sola en medio de la sociedad; completamente aislada con su dolor y sus recuerdos, aun en el centro de una multitud bullente y atronadora que la aclamaba y aplaudia porque habia sabido conmover y arrebatar sus corazones, sin ver que semejante privilegio le habia costado marchitar en su alma la flor de la esperanza y de la dicha.

Entregada á estas desconsoladoras reflexiones se hallaba nuestra jóven artista, cuando un criado la presentó la tarjeta de Jorge Willams y el ramillete.

Al tomarle Angela se puso pálida, sintió en el corazon un dolor agudo; pero fué instantáneo.

—¡Bah!... esclamó, serenándose: ¡quién sabe si esto habrá sido una casualidad! ¡cuántas veces me ha mandado ramilletes!....

Luego no volvió á pensar en el inglés; las escentricidades de este hombre eran uno de los muchos episodios novelescos de su vida de artista. Vió en él más que un amor puro y tierno, un deseo vehemente de satisfacer su amor pro-

pio, su orgullo desmedido, que se habia sublevado al ver el desden despreciativo con que acogió sus protestas de cariño y sus ofertas de interés. Era empeño, no amor; por eso, atribuyendo á la casualidad el envio de los jazmines, no volvió á pensar en él.

Consagróse por completo á su hija y á sus padres; no tuvo valor para entrar otra vez en el pabellon; cerró la puerta, guardó la llave, y arreglándose del mejor modo que pudo en la habitacion de su hija, durmió con ella, encontrando en sus inocentes caricias un lenitivo á sus pesares, un calmante benéfico á los dolorosos recuerdos de su primera juventud.

Angela estaba contratada desde antes de llegar á Valencia para el teatro Real de Madrid, por cuya razon muy pocos dias pudo estar en casa de sus padres; pero estos, que estaban ansiosos de verla y estar á su lado, decidieron trasladarse á Madrid, mucho más cuando Aquiles habia resuelto llevarse á la niña para dedicarla á la música, y los pobres ancianos no podian vivir sin su hija y sin su nieta.

D. Angel, enfermo y paralítico, fué el que más deseos manifestó de seguirlos; ¡ay! sufrieron diez años de ausencia, y no tenian valor para sufrir un dia más; les parecia que si los dejaba otra vez, no volverian á verla.

Tambien por su parte Angela se alegraba mucho de aquella determinacion; no así Aquiles, á quien embarazaba mucho el carácter recto y severo de los ancianos; en particular doña Margarita, que no habia podido jamás simpatizar con él. D. Angel, débil siempre y abatido por su enfermedad, habia concentrado todas sus afecciones en el amor á su hija, creyéndose suficientemente recompensado de sus largos padecimientos con una caricia suya, con una pequeña muestra de atencion y afecto: y en verdad que no dejaba ella de prodigarle sus atenciones, ávido su corazon del cariño santo y puro que era su vida, y que le habia faltado tanto tiempo, le aprovechaba con usura, desquitándose ansiosa de la privacion sufrida.

El dia que fijaron para la marcha llegó pronto; se trasladó á Valencia toda la familia; allí

Angela recibió una ovacion magnífica que sus amigos y paisanos ofrecian á la artista española que habia sabido conquistarse un alto puesto, y un renombre europeo en el mundo del arte.

No pudo cantar en el teatro, porque se lo impedia su contrata en Madrid; pero dió á sus amigos íntimos un concierto de despedida en su casa, haciéndoles conocer su gran maestría y su asombroso génio artístico.

Los balcones del salon donde cantaba estaban abiertos, y la calle, como igualmente las inmediatas, llenas de gentes ansiosas de escucharla, y que la tributaban espontáneos y entusiastas aplausos.

El salon era un mar inmenso de cabezas que se agitaban; no cabia materialmente ni una persona más; y ella, al concluir su canto, tuvo necesidad de subirse en una silla, porque los gritos y las frenéticas aclamaciones no la dejaban, deseando todos verla y contemplarla despues de haberla escuchado.

—¡Es un ángel! ¡Es un ángel! decian todos;

¡esa voz es divina; no puede salir de una garganta humana!

A fuerza de mucho trabajo logró despejarse la calle de gente, y Angela, que tanto necesitaba descanso para emprender su viaje al dia siguiente, no pudo en toda la noche verse libre de amigos y de personas que deseaban conocerla y admirar una vez siquiera su hermosa figura, y su rostro de ángel.

Tuvo necesidad de comprometerse formalmente para cantar en el teatro tan pronto como terminase su contrata en Madrid: de esta manera la dejaron en paz, no sin despedirla con las mayores muestras de simpatía y afecto.

Aquiles estaba orgulloso y satisfecho de aquel triunfo, y fué el primero que ofreció volver á pasar la primavera y el verano siguientes con sus paisanos.

Valencia era su centro, su ciudad querida; y en prueba de que no pensaba abandonarla nunca, empleó gran parte de su capital en posesiones y preciosas fincas que aumentaron su propiedad en aquel suelo tan pintoresco y tan

rico, en todo género de utilidades y bellezas.

Algunos dias despues de estos sucesos estaba toda la familia en Madrid, instalada en un magnífico cuarto principal de la plazuela de Oriente.

Una porcion de lacayos y numerosos criados poblaban las antesalas, manifestando la riqueza y el esplendor de los opulentos dueños de la casa.

A la izquierda tenia Angela sus habitaciones, con salidas y entradas completamente independientes de las de Aquiles, que estaban al lado derecho.

En el piso bajo se colocaron los ancianos, teniendo su servidumbre aparte y su carruaje particular. Ermelinda no quiso separarse de su abuela, y la destinaron para su uso una linda salita con un gabinete de estudio y otro de tocador. Estas habitaciones se comunicaban con las de Angela por una escalera de caracol, mandada construir al efecto por la jóven madre, que no queria acostarse ninguna noche sin besar antes la pura y serena frente de su hija.

Como doña Margarita tenia el mismo deseo respecto á Angela, ambas aprovechaban la escalera para reunirse con frecuencia, manifestándose la espresion de su recíproco cariño.

¡Cuánto gozaba la buena señora con las demostraciones de afecto que recibia de su hija! ¡Ella, que con una resignacion angelical habia estado sufriendo tantos años su desden y su olvido! ¡Qué felicidad era para su tierno corazon haberla recobrado!.... y recobrarla de una manera tan ámplia, tan completa; porque no podia encontrarse hija más cariñosa, más buena ni más humilde que Angela.

Cuando la mujer conoce por sí misma toda la grandeza del amor maternal, es cuando adora á sus padres, porque comprende la magnanimidad y la sublime abnegacion de ese sentimiento purísimo; y los adora mucho más si es desgraciada, si su corazon, ávido de emociones tiene que ahogar el sentimiento del amor ideal, concretándose á los inmaculados y santos afectos de la familia.

Angela era buena y desventurada, en medio

de su gloria. Al unirse á un hombre en el altar, no habia encontrado en él al esposo amante y tierno, sino al avaro indiferente que comerciaba con su talento y su trabajo.

No podia haber simpatía en sus caractéres, ni en sus instintos, ni en sus gustos; por eso estaban divorciados moralmente, aunque en las apariencias vivieran en la mejor armonía.

Cada uno tenia las habitaciones distintas, y aunque se comunicaban por una puerta interior, aquella puerta jamás se abria; solian reunirse en el comedor una vez al dia, á la hora de la comida; despues Aquiles almorzaba y cenaba en su cuarto con sus amigos, ó en la fonda. Angela bajaba á ocupar un sitio en la mesa de sus padres, al lado de su hermosa Ermelinda. Esta graciosa niña era su vida, su encanto; complacíase en enseñarla por sí misma la música, y eligió entre los profesores de la córte los mejores, para que perfeccionasen su educacion enseñándola las artes, la literatura y las ciencias.

Ahora que mis amables lectoras conocen las costumbres y la historia completa de nuestra

eminente artista, nos permitirán traigamos á la escena un personaje que les debe ser muy simpático tambien, y que tenemos alejado hace tiempo, por ocuparnos preferentemente de la protagista de la novela.

CAPITULO V.

En una elegante casa de la calle de Alcalá, donde habitaba con su familia uno de los ministros de la Corona, veíase gran movimiento de carruajes; mucha gente bajaba y subia con aceleramiento, y los numerosos criados acudian de uno á otro lado cumpliendo y trasmitiendo órdenes, que se recibian á cada momento de arriba.

Un gran trastorno debia haber ocurrido en aquella casa, donde poco antes reinaba la mayor animacion y alegría.

A pesar de la mucha gente, penetramos en el interior de tan suntuosa morada.

Por uno y otro lado magníficas habitaciones suntuosamente decoradas; en las antesalas, varios criados uniformados, ocupaban sus puestos cumpliendo cada uno con su obligacion.

El ministro D. Augusto Salcedo tenia su despacho y sus aposentos particulares en el piso bajo; su esposa habitaba el principal, donde habia un departamento separado para los niños, que estaban al cargo de un aya, una nodriza, dos doncellas y un criado.

Los niños eran tres: el mayorcito, que tendria once ó doce años, se llamaba Angel Augusto; las otras eran dos niñas; una de año y medio y la otra de tres. La mayor se llamaba Margarita; la más pequeña Angela.

Las piezas que componian su departamento eran: una sala con dos gabinetes; otro gabinete con alcoba, donde dormia el niño con su ayuda de cámara, y varias piezas interiores para las doncellas.

En el gabinete de la izquierda dormia la nodriza con Angela; aunque la niña tenia su cuna, casi siempre la acostaba en su cama la robusta

montañesa. Era esta una mujerona atroz, gruesa de una manera estraordinaria, y con una cara ruda y feroz, donde se pintaba la estupidez y el idiotismo.

La mañana á que nos referimos, Augusto, que tenia la costumbre de subir á ver á sus hijos antes de marcharse al ministerio, entró en el cuarto de la nodriza buscando á su pequeña y encantadora Angela.

La habitacion estaba á oscuras; Augusto se detuvo en la puerta, y preguntó á una doncella:

—¿A las once de la mañana, y no se ha despertado la niña?

—Le gusta mucho dormir á la nodriza, y se incomoda cuando la llamamos, contestó la jóven. Y esta noche ha estado la niña muy tranquila; no la hemos oido llorar.

—¿Y Margarita? preguntó el ministro.

—Hace dos horas que está jugando con su hermanito.

—Bien; abra Vd. ese balcon, voy á ver la niña; ¿hace mucho tiempo que ha estado aquí la señora?

—Jamás la vemos por aquí, señor; cuando quiere ver á los niños, van á su habitacion.

Augusto levantó los ojos con la espresion de un dolor profundo, y penetró en la alcoba.

La luz que de repente entró por el balcon inundó el dormitorio; la nodriza entonces, soñolienta aun, se levantó restregándose los ojos.

Augusto se dirigió á la cuna; la niña no estaba allí; miró á la cama, y no la vió.

—¿Y la niña, ama? preguntó Augusto con ansiedad.

—Señor, aquí estaba, contestó la bestial montañesa, saltando de la cama para buscar la niña.

Efectivamente, la habia tenido toda la noche debajo de su inmensa mole, y la infeliz criatura estaba muerta, con los miembros torcidos y su cuerpo amoratado.

Al tomar el desgraciado padre aquel horrible cadáver entre sus brazos, dió un grito agudo y cayó en tierra desplomado, estrechando contra su corazon los inanimados restos de su hija.

La nodriza comprendió que se habia dormi-

do muy profundamente, habiendo ahogado con su peso á la niña, y sin esperar ni pedir perdon por tan deplorable descuido, se lanzó á la calle por una escalera escusada, escondiéndose de tal manera que no la pudieron encontrar.

El grito de Augusto puso en movimiento á todas las personas de la casa; inmediatamente corrió la voz, acudiendo médicos y multitud de amigos, que no pudieron hacer nada por la niña porque llevaba muchas horas muerta, pero sí por el padre, á quien acostaron en seguida quitándole de los brazos aquel informe cadáver.

Cuando volvió en sí, tenia una gran fiebre y un delirio espantoso.

A todo esto, la casa llena de gente y la esposa del ministro no parecia.

—¿Dónde está la señora? preguntaban todos.

Los criados decian:

—Hace tres dias que se marchó con una porcion de amigos y amigas á una partida de caza, en el Escorial; no tardará en volver, porque ya han ido á buscarla.

—¡Qué horrible desgracia!.... esclamaban va-

rias personas. ¿Y esa mujer tiene valor para abandonar sus hijos en manos mercenarias, consagrándose á las diversiones y á las fiestas?

—Hay ciertas señoras en la sociedad madrileña, que solo se ocupan de sus trajes, de sus adornos; de organizar fiestas y saraos, no pensando jamás en sus obligaciones ni en sus hijos. Como tienen dinero, pagan á gente asalariada para que se los cuide, como si la vigilancia y el cariño de una madre pudiera comprarse con dinero.

—¡Silencio! dijo uno interrumpiendo al caballero que hablaba, salen los médicos del cuarto del ministro y no llevan muy buena cara.

—¡Pobre señor! contestó el otro, infeliz del que solo encuentra mujeres de sociedad, frívolas, insustanciales, lleno el corazon de vanidad y de humo la cabeza, que desconocen el placer de la familia, el sentimiento del hogar doméstico y la noble mision de la maternidad!

Ambos interlocutores callaron, se restableció el silencio y la murmuracion, porque se anunció la llegada de la señora.

Era la esposa de Augusto una bellísima jóven, muy blanca, de cabello rubio y ojos azules, de un azul purísimo, encantador. Tenia la vivacidad y la elegancia de las mujeres de buen tono; sus distinguidos modales y su esquisita finura cautivaban la atencion y atraian desde luego sobre ella la simpatía general.

Las personas que habian ido á buscarla no la encontraron, de manera que se presentó en su casa ignorando lo que pasaba. Sorprendióse al ver la confusion que reinaba; vió á los criados mustios y taciturnos; preguntó qué ocurria, y nadie tuvo valor para decir la verdad.

Vivamente alarmada entró en el cuarto de Augusto; allí la rodearon varios amigos, pero ella, que no podia imaginarse lo acontecido, creyó enfermo á su esposo y entró en la alcoba. Acercóse á la cama, pero él no la conoció; tenia una fiebre espantosa y un delirio cruel. Revolvíase en el lecho con ansia inesplicable; estendia los brazos como queriendo asir amorosamente un objeto, y gritaba entre sollozos:

—¡Hija mia!..... ¡hija de mi alma! abandona-

da por tu infame madre, que solo te da un beso de favor!....

—¿Qué dice?.... esclamó la esposa del ministro.

—Salga Vd., señora, dijo uno de los amigos, queriendo sacarla fuera del dormitorio.

—¡Oh! ¡imposible! yo no saldré de aquí; si Vds. no me dicen lo que ha pasado, él me lo dirá; su descomposicion y su delirio me auguran alguna cosa funesta.

—¡Funesta! ¡Funesta! repitió como un loco el enfermo..... ¡hija mia! ¡Angela mia!.... ¡has muerto sin recibir un beso de tu padre!....

—¡Ah! ¡mi niña ha muerto!.... gritó Emerenciana, que así se llamaba la señora del ministro, y se precipitó á escape por la escalera arriba para convencerse por sí misma de la espantosa verdad.

Allí el sentimiento materno se exaltó en aquella infeliz mujer, y tuvo un verdadero dolor de su corazon por haber descuidado la vigilancia de sus hijos, prometiéndose á sí misma en adelante una reforma radical en sus costum-

bres. Lloró y se afligió mucho, encerrándose con sus dos niños mayores, que estrañando sus caricias, á las que no estaban acostumbrados, la miraban atónitos.

Angel Augusto, que era un niño sumamente despejado y de mucho talento, la devolvió sus caricias consolándola y llorando con ella; despues, cuando estuvo más sosegada y entretenida con Margarita, se bajó al cuarto de su papá y no consintió separarse de la cabecera de su cama hasta que le vió tranquilo, hablando con unos y con otros lleno de resignacion, aunque profundamente triste.

—¡Ah hijo mio! decia el pobre padre; en seguida que me levante de la cama te llevaré á un colegio de Escolapios, donde te cuidarán mejor que en casa.

—Es que yo no quiero separarme de tí, papá, decia Angel Augusto.

—Sí, hijo, sí, es preciso; de otro modo, estaria siempre temblando por tu vida, temiendo no te sucediese alguna desgracia como á tu pobre hermana. Los padres Escolapios tienen una

gran vigilancia con los niños y cuidan mucho de su educacion moral y religiosa, que es la base de todas las virtudes; con ellos estarás muy bien, y yo te visitaré frecuentemente.

El niño bajó la cabeza, conformándose con la voluntad de su padre, quien efectivamente cumplió su palabra, llevando al niño pocos dias despues al colegio de San Anton.

Emerenciana se encerró con su hija, y en mucho tiempo no quiso salir de casa, ni recibió á nadie.

Augusto se puso mejor, y al cabo de algun tiempo la tranquilidad se réstableció en la casa, volviendo los negocios á su estado normal, si bien ambos esposos evitaban todo lo posible el encontrarse solos; apenas se hablaban, y ni uno ni otro querian provocar una reconciliacion, porque tenian muchos motivos de resentimientos y muchas faltas que reprocharse.

CAPITULO VI.

Para la buena inteligencia de los acontecimientos que estamos narrando, es preciso, lectores mios, que retrocedamos algunos años. Vamos á tomar el hilo de nuestro relato desde el momento en que Augusto dejó la casa de sus tios para trasladarse á Madrid con objeto de terminar su carrera y casarse despues con Angela.

Muy breves seremos al esponer estos sucesos, pues el interés de la novela no permite ya digresiones, y jamás las impacientes lectoras me perdonarian la difusion cuando su curiosidad está escitada en el más alto grado.

Augusto llegó á Madrid lleno de esperanzas y de amor. Tenia confianza en sí mismo, en su talento, en sus muchos conocimientos, porque desde su infancia se habia consagrado al estudio con un ardor infatigable, y esperaba ya en la carrera política, ó en la literaria, hacer fortuna. No se engañaba; pero sus primeros pasos fuéronle costosos y dificilísimos.

En nuestra España tenemos la desgracia de que no se premia el talento, la laboriosidad ni la constancia. Augusto escribió algunas obras de mucho mérito, y no encontró editor que se las publicase; las dedicó entonces á elevadas personas, pensando que por su gran posicion debian ser ilustradas, y conociendo la bondad de las obras las protegerian; pero tambien aquí salió fallida su esperanza, porque en pago de su atencion solo recibió ingratitud y olvido; la elevada persona se portó con él como lo hubiera hecho el más humilde plebeyo.

Entonces arrojó sus libros al fuego, y se dedicó á estudiar la situacion política de España, pensando dedicarse á ella cuando hubiera ad-

quirido los conocimientos necesarios. Este desengaño en su fortuna coincidió con su desengaño en amor; supo que Angela, desatendiendo sus indicaciones y sus deseos, se dedicaba á un arte que para nada necesitaba siendo su esposa. La escribió oponiéndose, recibió la contestacion que sabemos, y poco despues un caballero le presentó de parte de Angela el anillo, que recibio entregando el suyo, quedando de esta manera completamente rotos los lazos que le unian á su prima.

La doble herida que recibió en su corazon y en su amor propio, estuvo mucho tiempo amargando sus dias, y le condujo á un estado tristísimo de horrible desesperacion. Sin embargo, no descuidó sus estudios ni su carrera de leyes, que terminó de un modo brillante cuando apenas contaba veintiun años.

Siempre triste, y siempre solo, salia á pasearse á la caida de la tarde por las alamedas del Retiro en los sitios más lejanos y solitarios.

Un dia, la casualidad le condujo cerca de una señora que se paseaba acompañada de una

hermosísima niña de unos catorce ó quince años, y seguidas de un lacayo.

Augusto estaba sentado en un banco, leyendo muy distraido sin fijar en ellas la vista; pasaron una y otra vez por delante sin llamarle la atencion; por último, la de más edad, que debia ser madre de la niña rubia, se paró frente á él como en actitud de hablarle. Augusto alzó la cabeza, la vió, y cerrando el libro se levantó, haciendo á la bella señora una tímida cortesía.

—Perdone Vd. que le interrumpa, dijo la señora con esquisita finura; pero me ha parecido conocer en Vd. al hijo de un antiguo amigo, y no quisiera alejarme sin saberlo efectivamente.

—Pudiera ser, señora: mi padre vivió siempre en Madrid; pero ya hace mucho tiempo que murió, y yo he habitado en Valencia desde niño.

—Precisamente: Vd. es Augusto Salcedo, hijo de D. Juan Salcedo, alto empleado que fué en el Ministerio de Gobernacion.

—Sí señora, y me maravilla que Vd. me conozca.

—No lo estrañe: le conozco porque tengo su retrato, y por ser Vd. muy parecido á su señor padre.

—¡Mi retrato! esclamó Augusto con admiracion.

—Sí señor; y debe Vd. tener una carta para mí, que no ha tenido á bien presentarme, dijo la señora.

—Quizás: cuando vine á Madrid, mis amigos de Valencia me dieron algunas cartas de recomendacion para personas influyentes de la córte, las que no he llevado por una indisculpable pereza.

—La que tiene Vd. para mi es de Aquiles Florentini, un íntimo amigo mio, el cual me escribió mandándome el retrato de Vd. y copia de la carta que le dió para mí, recomendándome muchísimo que protegiese á Vd., y le ayudase con todas mis fuerzas á proporcionarse en la córte una posicion elevada. No he podido cumplir su encargo por no haber encontrado á Vd. hasta hoy, y celebro muchísimo esta casualidad, que me proporciona el placer de ofre-

cerle mi amistad, mi casa y mi influencia en la córte, que, aunque no mucha, me lisonjeo puede servirle de algo.

—Mil gracias, señora..... Bendigo este momento en que tengo la dicha de conocer á una señora tan apreciable como Vd., dijo Augusto medio confuso, porque su vida retirada y su escaso trato con personas de la aristocracia le hacian conducirse con timidez, sin esa libre desenvoltura peculiar á los elegantes de la córte.....

—Conocí á su padre de Vd.; le apreció mucho, y quiero pagar una deuda de amistad, siendo para su hijo una madre, ó más bien una hermana tierna y bondadosa; así, pues, espero que no tardará Vd. en visitarnos: hé aquí mi tarjeta para que no olvide las señas y sepa que será recibido en mi casa como el mejor de mis amigos.

—¡Ah señora! contestó Augusto inclinándose de nuevo; ¡no sé cómo agradecer tanta bondad! Tendré el gusto de visitar á Vd. tan pronto como mis estudios me lo permitan.

—Es que no admito dilaciones: mañana ha de comer Vd. conmigo; sé que es Vd. un hombre de talento, y tengo vivos deseos de que entablemos una animada discusion sobre literatura ó sobre política.

—Iré, señora, iré..... contestó Augusto mirándola con doble sorpresa.

—Pues, hasta mañana, dijo la dama prodigándole una encantadora sonrisa.

—Á los piés de Vd., señora; á los piés de Vd., señorita, esclamó Augusto saludando tambien á la graciosa niña, que le dirigió un ligero saludo acompañado de una mirada muy espresiva, y escesivamente dulce.

La niña no habia tomado parte en la conversacion; sin embargo, aquella mirada parecia una súplica: casi le quiso decir con los ojos:

—No falte, por Dios; me ha sido Vd. muy simpático.

La jóven, al contrario de su mamá, tenia un aire de inocencia y de modestia que encantaba.

Arrepentida luego de aquella muda mani-

festacion, bajó los ojos como avergonzada, se sonrojó, y siguió á su mamá, que saludaba por última vez á Augusto con cariñoso afecto.

El jóven las contempló largo rato, hasta que desaparecieron por una calle de árboles; entonces se sentó en el banco, y fijó la vista en la tarjeta que tenia en la mano. En ella vió una corona de marqués, y debajo escritas estas palabras: *Marquesa viuda de Puertoguerrero*; en un estremo, y en letra muy pequeña, estaban las señas de la casa: *Montera*, 80, *principal.*

Augusto la guardó cuidadosamente en su cartera, y se puso á reflexionar sobre un encuentro tan estraño. Poco despues, era completamente de noche, se dirigió á casa de su patrona, donde ocupaba un modesto aposento en un cuarto principal de la calle de Preciados. Su primera ocupacion fué buscar las cartas que recibió de Aquiles al salir de Valencia; entre ellas encontró la dirigida á la marquesa.

El pobre jóven, en su inocente sencillez, hubo llegado á figurarse que en Madrid basta-

ba el talento y la buena fé para ser atendido: quiso debérselo todo á sí mismo, y no hizo caso de las cartas de recomendacion, que le hubieran podido servir de mucho.

Cuando se convenció de su error, tuvo un verdadero sentimiento, se abatió, y quizás no hubiera hecho nunca fortuna sin el impensado encuentro de la marquesa, que le hizo arrojar el desaliento y la postracion que se apoderaron de su espíritu.

Al siguiente dia, Augusto se vistió con esmero, aguardó á que diesen las dos, y se dirigió á casa de la marquesa. Esta se hallaba en el tocador, y le mandó á decir que tuviese la bondad de saludar á Emerenciana, en tanto que concluia de vestirse.

Un criado hizo pasar al jóven á un lindo gabinetito con vistas á un jardin.

Estaba este lindo y pequeño aposento sencillamente amueblado; cortinas de blanca muselina en los balcones, sillas de paja, y una consola de caoba con un espejo encima, eran los efectos más importantes de esta habitacion.

Adornaban las paredes algunos bordados y muchos dibujos puestos en cuadros; en todos se veia el nombre de Emerenciana, como igualmente en los floreros y en infinidad de caprichosas y lindísimas labores que adornaban las mesas y el velador.

Junto al balcon habia algunas jaulas con pájaros, y en una sillita baja estaba sentada la graciosa niña al lado de su aya, ocupadas ambas en una labor de aguja.

Augusto admiró con placer aquella habitacion, que respiraba inocencia y sencillez: le pareció completamente distinta á las demás de la casa; pero no tenia suficiente confianza para manifestar su estrañeza, y se calló.

Emerenciana estaba vestida tambien con estremada sencillez; llevaba un vestido de lana oscuro, cerrado hasta arriba, cuello y puños de batista lisa, y el cabello dividido en trenzas, sin más adorno que una cinta de terciopelo negro.

Cuando vió al jóven se levantó, manifestándose confusa y sonrojada; le saludó tímidamen-

te, invitándole a que tomara asiento en el sofá.

—Su señora mamá de Vd. está ocupada todavía, y comprendiendo sin duda el placer que tengo en saludar á Vd., me ha mandado venir á ofrecerla mis respetos.

—Mil gracias..... contestó Emerenciana bajando los ojos; mi mamá aprecia á Vd. mucho, y le concede una libertad que no ha permitido á nadie, porque jamás he visto en mi cuarto ningun caballero de los que forman sus muchas relaciones.

—Tanto mejor para agradecérselo; pero usted estaba ocupada, y sentiria haberla molestado.

—No señor; es mi tarea habitual hacer labores, bordados, ó flores, únicas cosas á las que tengo aficion, porque siempre he sido muy perezosa, y una pereza bien lamentable por cierto, pues jamás he podido aprender ni la música ni el canto, ni la poesía, ni los idiomas, ninguno de esos primores que son el adorno de una señorita; mamá siempre me está diciendo que soy una mujer vulgar, porque solo me gustan

las ocupaciones y las labores de la casa; pero es instinto mio, y no lo puedo remediar.

Augusto la miró con interés; sin duda que en aquel momento comparaba los sencillos gustos de Emerenciana con la ardiente pasion de Angela por la gloria y por las artes.

—¿Y no sale Vd. nunca de este bellísimo aposento, que respira la virginidad y la pureza de su alma?

—Rara vez, como no sea para dar un paseo con mamá, siempre por sitios retirados. Desde que salí del colegio, aquí estoy: mamá no me permite entrar en sus habitaciones cuando tiene visitas; así es que no conozco á ninguno de sus amigos.

—En ese caso, me felicito de haber sido el único que ha tenido la inapreciable dicha de ser una escepcion.

Al decir esto, Augusto fijaba sus hermosos ojos, llenos de un fulgor sombrío, en la bella jóven que bajaba los suyos con rubor, no pudiendo resistir el fuego de aquella mirada candente.

Augusto estaba prendado de la inocente niña: acababa de sufrir un fuerte desengaño con Angela, á quien amaba con toda su alma; se sentia herido, y quiso curarse, por aquello de AMOR CON AMOR SE CURA, Ó LA MANCHA DE LA MORA CON OTRA VERDE SE QUITA.

Emerenciana era un ángel, una niña encantadora, inocente y pura; apenas salia de la infancia cuando aspiraba la esencia del amor en los ojos de Augusto.

Educada en un colegio la pobre niña, y alejada por su madre de toda sociedad, estaba ávida de emociones, ansiosa de cariño, y vírgen su alma de toda impresion amorosa.

Conocia la vida, comprendia el mundo y la sociedad, que habia mirado siempre desde lejos, y deseaba con ardor disfrutar sus encantos; tenia una febril ansiedad por tocar de cerca sus efectos, y anhelaba con toda la fuerza de su alma convertirse, como su madre, en una dama de buen tono, en una mujer de moda, que con su riqueza, su hermosura y su elegancia pudiese imperar en millares de corazones.

Estos eran sus sueños, sus delirios, que no veria realizados hasta que se casase. Por otra parte, tambien soñaba con el amor sin comprenderle; como todas las niñas adolescentes, tenia formado su bello ideal, por cuya realizacion suspiraba ardientemente.

Cuando por primera vez encontró á Augusto en el Retiro, le pareció bello, simpático y amable; como en el cristal de una fuente se retrata la imágen de un objeto, así en su semblante y en sus ojos se pintó el sentimiento que la presencia de Augusto habia producido en ella.

No le pudo olvidar; soñó con él, esperó volverle á ver, y, en efecto, le vió. Alejóse; pero supo disimular su alegría.

Ambos quizá tuvieron el mismo pensamiento, y aunque se mantuvieron en el terreno de la reserva, pues no podia ser otra cosa en la primera entrevista, sin embargo, cada cual para sí calculó las ventajas que les reportaba el unirse.

Ella recobraria su libertad, entregándose de lleno á su anhelo de brillar en el mundo, y él,

curándose con un nuevo amor, del que aun sentia por Angela, entraba de lleno, con la proteccion de la marquesa, en los revueltos mares de la política y de la intriga cortesana.

La conversacion de ambos empezó á ser difícil, porque el aya los escuchaba, cuando un criado se presentó á decir al jóven que la marquesa le esperaba en su gabinete. Augusto se despidió de Emerenciana, prometiendo verla pronto, y siguió al criado.

CAPÍTULO VII.

La escena cambiaba á los ojos de Augusto; la decoracion era distinta. Entró en las habitaciones de la marquesa, y se halló rodeado de un lujo deslumbrador; antes la sencillez y la inocencia, despues la coquetería y el artificio.

La marquesa era una mujer de cincuenta años, muy hermosa sin duda en su juventud, cuando aun se admiraban en ella notables rasgos de belleza. Estaba tan bien conservada que apenas representaba cuarenta, y como la edad se lleva en la cara, ella pasaba todavía por una hermosa jamona, y tenia su córte de adoradores

que la rodeaban sin cesar, tributándola aplausos y homenages.

Su casa era el centro de reunion de los hombres políticos más notables; allí se conspiraba siempre, y muchas veces se formaban y se deshacian los ministerios bajo la influencia de la marquesa, que era una *mujer política* de las más hábiles y entendidas de la córte.

Cuando Augusto se presentó, la encontró leyendo la *Gaceta*, sentada cerca de un velador donde estaban todos los periódicos que se publicaban en Madrid.

Vestia con suma elegancia un rico traje chiné, color azul con flores blancas. Una pequeña pelerina de raso negro, guarnecida de encaje, cubria su talle, no muy grueso en verdad, merced al tirano corsé que la oprimia dolorosamente. Su cabellera rubia se dividia por una raya que atravesaba toda la cabeza, desde la frente hasta la nuca, terminando alrededor del cuello en gruesos bucles, entrelazados con cintas y perlas. Este peinado, cuando rodea un rostro pequeño y animado, tiene el privilegio de ami-

norar la edad; por eso la marquesa le llevaba siempre, gustándole sobremanera los prendidos en la cabeza, y los colores claros en los trajes.

El gabinete en que se hallaba era una lindísima pieza que le servia de despacho, alhajada con una magnificencia régia. Una gran librería ocupaba el frente del aposento, donde se hallaban obras de muchísimo mérito, algunas muy raras, que solian á veces consultar los hombres más importantes en ciencias y en política.

La marquesa no era literata, ni jamás pudo hacer un solo verso; pero tenia sus pretensiones: habia leido mucho, tenia una gran memoria, y no carecia de talento. Sobre todo sabia manejarse; tenia mucha influencia, muchas relaciones, una gran posicion, y un ingenio admirable para las intrigas cortesanas.

Áquiles la conocia mucho por haber pasado algunas temporadas de verano en sus posesiones de Valencia, sabia su género de vida, y le pareció que seria la única mujer y la mejor maestra que Augusto podria encontrar para aleccionarse en las intrigas de la córte. Por eso

se le recomendó, diciéndole á ella: «Augusto no sólo será un buen amigo de Vd., sino un gran auxiliar en sus empresas, porque es un hombre de mucho talento, muy estudioso, muy inocente, y muy fácil de manejar, cayendo en manos de una mujer como Vd.»

Con estos antecedentes se conocerá el deseo de la marquesa por atraer al jóven provinciano, envolviéndole en sus redes.

El pobre Augusto, que estaba desesperado, acogió con inmensa gratitud las vivas muestras de afecto que recibió de una señora de tan alta posicion, y de tanto tono como la marquesa.

Esta, apenas le vió presentarse en la puerta del gabinete, soltó la *Gaceta*, y estendiendo una mano con encantadora amabilidad, le invitó á sentarse á su lado. Estuvo con él finísima, espresiva hasta la exageracion; con su gran tacto, le hizo confesar todas sus ideas, todas sus opiniones, y adivinó hasta el último de sus pensamientos.

Le convidó á comer, lo que Augusto no quiso aceptar, pretestando una ocupacion ur-

gente; le pareció que era avanzar mucho para el primer dia; pero volvió al siguiente, y tuvo el placer de comer con la mujer más elegante de Madrid, y con algunos de los ministros de la Corona.

Aquella tarde habia dicho la marquesa á sus amigos y aliados políticos:

—Tengo que presentar á Vds. un muchacho que vale un mundo; ¡ah! es un hallazgo magnífico, y estoy segura de que me lo han de agradecer.

—¡Oh! veremos, veremos ese tesoro, querida marquesa, la contestaron.

Efectivamente; aquellos importantes personajes quedaron prendados de la discrecion, de la bondad y del admirable talento de Augusto. Tanto, que á los pocos dias se discutió en plena sesion en el despacho de la marquesa, la fundacion de un periódico que debia titularse *El Águila*, y fué nombrado director.

Hé aquí, pues, que en poco tiempo estuvo en carrera nuestro simpático amigo, empezando á darse á conocer favorablemente en el foro y en la prensa política. Es verdad que seguia las ins-

piraciones de sus protectores, que tuvo que amoldar sus ideas á las de ellos; pero, ¿qué le importaba, si de otro modo no hubiera conseguido nunca elevarse, ni ser otra cosa, que un abogado sin pleitos que defender, un hombre vulgar, de los muchos que pululan en las provincias y en la córte?

En su alma elevada y recta hacia mucho tiempo que se agitaba la ambicion de gloria; ese estímulo poderoso y grande que nos hace desear sobreponernos á los de nuestra esfera, y que Angela habia despertado en su corazon de una manera enérgica y dominadora.

Así fué que, cediendo á la sed de honores y riquezas que le devoraban, se consagró por completo á la marquesa; que le inició en sus secretos, en sus planes y en infinitos negocios que traia entre manos, y que aumentaban muchas sumas á sus ya repletas arcas.

De esta manera su intimidad en aquella casa fué siendo cada dia mayor; el tiempo corria, y Augusto era ya casi el hijo predilecto de la marquesa.

Emerenciana se desesperaba en su retiro, y aunque Augusto tenia permiso para visitarla de vez en cuando, por supuesto con asistencia del aya, no dejaba de buscar ocasiones en que poder cambiar con él una palabra intencionada, ó una mirada cariñosa.

La marquesa, que á propósito los puso en contacto para que se amasen, conoció muy pronto que habia conseguido su objeto. Augusto era un buen marido para su hija, y un gran auxiliar para ella; por lo cual supo manejar aquel negocio con la habilidad que manejaba todos, preparando el terreno de tal manera, que un año despues de haber entrado Augusto en su casa, ya era esposo de Emerenciana. Poco más ó menos llegaron á casarse casi al mismo tiempo que Angela y Aquiles; así fué que Angel, Augusto y Ermelinda tenian la misma edad.

En los primeros años de su matrimonio, Augusto fué feliz; no con esa felicidad en que toma parte el alma y los sentidos, sino de una manera pasiva; se sentia halagado, orgulloso por su posicion, por su influencia y por el re-

nombre que adquiria como gran político y hábil orador. Siendo director de *El Aguila*, fué diputado, gracias á las influencias y á los esfuerzos de la marquesa; despues desempeñó altos destinos, y por último, continuando su carrera de triunfos, fué Gobernador sucesivamente de varias provincias; pasó de embajador á una potencia estranjera, desde donde vino á Madrid nombrado ministro de la Corona, cuando la tempestad, echando á pique el vapor que le conducia, le arrojó juntamente con Jorje Willams á las playas de Valencia.

Esto, en cuanto á su historia política, que su vida privada fué una borrasca contínua. El primer año de su casamiento lo pasó bien, el segundo bastante mal, el tercero inaguantable, los demás horribles. Y, sobre todo, cuando la tormenta estalló sobre su cabeza con espantosa furia fué despues de la muerte de la marquesa, acaecida diez años despues de su casamiento.

La marquesa, que era una mujer soberbia y dominante, y que la gustaba imperar sola, no

consintió nunca que su hija se presentara en su círculo, temiendo ser eclipsada por su juventud y por su hermosura.

Esta fué una de las causas que la movieron á casarla con Augusto; sabia las ideas de este con respecto á la vida modesta y retirada que debian hacer las mujeres, con lo cual estaba conforme, si bien por su parte practicaba todo lo contrario. Por consecuencia, obedeciendo el deseo de su madre y de su esposo, Emerenciana vivió diez años muy retirada en su casa de la calle de Alcalá, sin que por eso dejase de gastar un lujo ostentoso, presentándose en el gran mundo alguna que otra vez, segun convenia á su posicion y al rango de su marido.

Empero, al someterse así, no lo hacia por virtud, sino por fuerza; se doblegaba llena de cólera á una voluntad más fuerte que la suya y alimentaba en su alma, cada vez más grande y más fuerte, el deseo de imitar á su madre, de ser la reina de los salones, la dama de gran tono, siempre adulada, rodeada de adoradores, y con tanta influencia que tenia casi

siempre en sus manos las riendas del poder.

Pero por más que la jóven alimentase en su corazon este ardiente anhelo, nunca podria llegar á ocupar el alto puesto que su madre, porque la marquesa era una mujer de mucho talento, de mucho mundo; y Emerenciana, si no era tonta, tenia por lo menos muy limitadas sus facultades intelectuales. En lo que sí habia adquirido un gran desarrollo era en la vanidad y el arte de componerse. Diariamente solia pasar cuatro ó seis horas en el tocador; era su ocupacion favorita, como lo es la de todas las mujeres vanas, superficiales, que no tienen un objeto á que consagrar sus pensamientos. ¡Ah! si ella hubiera sabido la música, ¿cúántas de sus horas de fastidio hubiera pasado inocentemente entretenida en el piano? Si estas mujeres ricas, frívolas y ligeras por naturaleza y por hábito, se consagrasen á un arte, si aprendiesen la música, la pintura ó la literatura, ¿cuántos malos pensamientos no alejarian de su imaginacion? ¿Cuántos deseos innobles, cuántas intrigas, cuánta vanidad y cuántos momentos de hastío

y de aburrimiento no desvanecerian sus tareas, su aplicacion y su gusto por las artes?

Además que para ser artista ó literata se necesita tener entusiasmo y amor á lo bello, y sabido es que estas cualidades elevan el alma, la remontan á una esfera más superior, desde donde se miran las mezquindades de la vida bajo un prisma diferente, despreciando el egoismo y la vanidad, bases seguras sobre las que se mueven y giran, todos los sentimientos de las superficiales y frívolas almas, que tienen su imperio y su trono en los dorados salones de la moderna sociedad.

Emerenciana no conocia el entusiasmo, era nécia y orgullosa. Además, tenia un defecto; la ambicion, el deseo de figurar, mucho más exagerado, porque hacia años lo ambicionaba sin haberlo podido conseguir, y un amor propio tan desmedido como ridículo.

Las almas vanas son incapaces de sentir amor; por eso si se casó con Augusto fué por capricho, por empeño; nunca le amó ni tuvo el suficiente criterio para comprender su talento,

ni las bellas cualidades que hacian de él un hombre grande y un cumplido caballero.

Cuando murió la marquesa se halló libre de una traba, la más penosa para ella; ya respiró con libertad, y se dispuso á arrojar de sus hombros el ominoso yugo que la hicieron llevar por espacio de tantos años, sujetándola á la vida del hogar y á la modestia y recogimiento de la madre de familia. Su único pesar era no tener el título. ¡Hubiera sentado tan bien sobre su bella frente la corona de marquesa!..... Mas no tuvo otro remedio que conformarse, porque pertenecia á un hermano mayor que vivia en América desde su niñez con un pariente de su padre, inmensamente rico. Estas eran las cualidades de la mujer de Augusto. Él, que no quiso apagar su sed de amor en copa de oro, fué á verter la esencia de su alma en vaso de inmundo barro, que solo contenia las aguas cenagosas de las miserias del mundo.

CAPÍTULO VIII.

Emerenciana, por la muerte de su madre, quedó dueña de inmensas riquezas y de muchas posesiones que llevó en dote á su matrimonio.

Augusto no era rico; y si bien su talento y los grandes sueldos de los destinos que habia desempeñado aumentaron mucho los intereses de su casa, sirviendo para sostener su familia en el rango correspondiente, como no se cuidó de comprar fincas ni de estender su riqueza territorial, aparecia su mujer como propietaria y dueña de todo, toda vez que solo subsistian las propiedades que constituian su dote y la herencia de sus padres. Esto, naturalmente la daba

derecho para gastar, y desde el momento que fué dueña de sus bienes empezó á variar de vida de una manera estraordinaria. Compró nuevos y lujosos trenes, queriendo rivalizar con las damas de la primera nobleza, y alhajó su casa de una manera tan espléndida que sus salones eran una maravilla de riqueza y buen gusto.

Salcedo quiso oponerse á tan desenfrenado despilfarro, haciéndola observar juiciosamente que sus rentas no eran tan grandes, que les permitiesen competir con las más opulentas señoras de la aristocracia. Empero Emerenciana le escuchó con desdén, encogióse de hombros, y continuó en la línea de conducta que se habia trazado.

Un dia que la orgullosa jóven se empeñó en comprar un aderezo de brillantes, valorado en diez mil duros, igual á otro que poseia la embajadora de Inglaterra, tuvieron los dos esposos un fuerte altercado; mediaron entre ellos palabras muy duras, y por último, le dijo Emerenciana á su marido con una falta de delicadeza imperdonable:

—Si gasto, gasto de lo mio; gasto de mis rentas, no haya miedo que venda tus posesiones para comprarme galas.

—¡Señora! gritó Augusto enrojecido por la indignacion y la vergüenza: mi inteligencia y mi trabajo han triplicado los caudales de su casa, y yo debo mirar por los intereses de mis hijos.

—¡Já!.... ¡já!.... ¡Cuánto orgullo! esclamó Emerenciana mofándose. ¡Cómo les gusta oprimir á sus mujeres estos descamisados, que sin merecerlo reciben una proteccion y unas riquezas que nunca debian admitir sin humillarse.

Estas frases crueles fueron para el infeliz Augusto un dardo que traspasó su corazon; le arrojaban al rostro su pobreza de una manera indigna, humillándole hasta el estremo de hacerle salir de su casa con ánimo de no volver á entrar en ella.

Inmediatamente se fué á Palacio; admitió una embajada que le habian ofrecido pocos dias antes, y se marchó al estranjero, dejando á su esposa dueña de su libertad y de sus riquezas,

y próxima á dar á luz un nuevo vástago, que fué la malograda Angela, nacida pocos meses despues de la partida de su padre.

Así que Emerenciana se vió libre de las trabas que la habian impedido entregarse de lleno á la vida del gran mundo, empezó á realizar sus sueños, los dorados pensamientos de toda su vida.

Por supuesto que nadie supo las disensiones que existian en su matrimonio, ni pudieron estrañar que ella no acompañase á su marido, teniendo tres niños de tan corta edad, á los cuales no era prudente esponer á los rigores de un clima estraño, y de unas costumbres enteramente nuevas para ellos.

Desde entonces Emerenciana, queriendo imitar siempre á su madre, tuvo su reunion de hombres políticos, y tuvo sus amigos y sus influencias particulares, estando sumamente orgullosa de los muchísimos pretendientes que la asediaban en demanda de un destino, ó de un cargo cualquiera, que á ella le era muy fácil conseguir.

Dió magníficos bailes en celebridad de sus dias, de los de su esposo, de los de sus hijos, procurando siempre deslumbrar con las apariencias de un lujo escesivo, y desplegando, para convertirse en la reina de los salones, todos los recursos de la coquetería, de la esplendidez y de la elegancia.

En seguida se vió rodeada de una córte de aduladores, que no faltaban á disfrutar de su mesa, de su bolsillo y de sus carruajes; en cambio, ponderaban su hermosura, ponian en las nubes su generosidad, y declarándola como la dama más hermosa, de más influencia y más elegante de la córte.

Emerenciana, que poseia un carácter vano y orgulloso, se creció con el veneno de la lisonja, que interesadas y viles almas vertian en torno de ella, empeñándola más y más en la senda de perdicion que habia emprendido.

Entregada á las delicias del mundo, se despojó de los deberes sagrados que impone la maternidad, se apartó de sus hijos, destinándoles, con su servidumbre particular, habitacio-

nes independientes, consagrándose á disfrutar los placeres que la sociedad la ofrecia.

Augusto, que en medio de su desventura era padre, y padre tiernísimo, escribió, no á la esposa, sino á la madre de sus hijos, pidiéndole noticias de aquellas inocentes criaturas tan queridas de su corazon.

Emerenciana le contestó noticiándole el nacimiento de una niña que Augusto mandó, por telégrama, la llamaran Angela, y continuaron en una correspondencia periódica; pero fria, completamente despojada del carácter familiar y cariñoso de dos esposos que están en buena y santa concordía.

Augusto declaró á su mujer que no volveria á su lado mientras no poseyese una fortuna igual á la suya para ofrecérsela á sus hijos, aquellos infelices á quienes no debia privar de su paternal apoyo, por más que la conducta de su madre hubiese sido tan indigna para con él.

Así continuaron hasta el momento en que Augusto, nombrado por S. M. ministro de la Corona, volvió á Madrid. Inmediatamente corrió

á su casa; el amor de sus hijos le llamaba á grandes voces, sobre todo su pequeña Angela, á quien no conocia, y á la que desde luego dedicó todo su cariño y atenciones, quizás por un triste presentimiento de su desgraciado y prematuro fin.

Hizo arreglar el piso bajo de la misma casa en que vivia su esposa, donde se acomodó con su servidumbre, viviendo independiente por completo de ella y separado del resto de la familia.

Cuando aconteció la horrible catástrofe de la pobre niña, estuvo enfermo mucho tiempo, pero le quedaban dos hijos y ellos le daban fuerzas para vivir. Veia que la fortuna de su mujer se iba disipando de una manera lastimosa, y tuvo más que nunca necesidad de trabajar para no verse envuelto en su ruina, procurando seguir una conducta enteramente distinta que le permitiese adquirirse una fortuna propia separada de los bienes de su mujer. Y para que nunca tuviese nada que reprocharle, la señaló una pension suficiente para sostener en

el rango que les correspondia su familia y su casa, pension que la orgullosa Emerenciana rechazó con desprecio, diciéndole: «que tenia suficiente con la herencia de sus padres, sin necesitar admitir pensiones del hombre que la negaba su cariño, porque no queria sujetarse á ser esclava.

Entonces Augusto puso mensualmente aquella suma en un banco á nombre de sus hijos, y la dejó en completa libertad para obrar como tuviera por conveniente, siempre que en su conducta no hubiese alguna mancha, que hiciese recaer el deshonor y el ridículo sobre su limpio y esclarecido nombre.

Empero nada tenia que lamentar Augusto todavía en este terreno; Emerenciana no habia llegado al capítulo de las intrigas amorosas; su mismo orgullo la preservaba de caer en los lazos de los infinitos seductores de oficio que la rodeaban sin cesar. Ella se creia superior á todos, dominándolos, ya por su hermosura, su coquetismo, ó sus riquezas, como habia llegado á dominar la autoridad de su marido humillán-

dole, hiriéndole cruelmente en su delicadeza y en su amor propio.

Cuando la hablaban de amor se reia, esclamando:

—A mí no me gustaria ser reina de mi amante, ni jamás llegará á conmover mi corazon el hombre que se deje rendir por el imperio de mi voluntad. En amor gustárame ser esclava, y no hay ningun hombre bastante fuerte para imponerme su yugo.

De manera que estas ideas libraban por de pronto al pobre Augusto de una desgracia mayor. Su mujer era respetada, considerada y atendida, porque se la creia siempre bajo su apoyo, pues, por el bien de sus hijos, Augusto procuró guardar las apariencias, presentándose en público con su esposa alguna vez, y comiendo con ella diariamente en la mejor armonía, por más que sus corazones y sus ideas estuviesen en completo desacuerdo.

Esta era la situacion moral de los dos esposos cuando los hemos presentado á nuestros lectores. Emerenciana aterrada por el rudo golpe

de la muerte de su hija, se retiró á sus habitaciones, negándose á todos sus amigos que deseaban distraer su dolor, volviéndola otra vez á las diversiones de la sociedad y á los halagos de la lisonjera adulacion.

Augusto, con una prudencia admirable, no la dijo una palabra; creyó que el arrepentimiento y el dolor de madre volverian al redil la oveja descarriada, y lejos de separarse de ella, se unió más, visitándola en la voluntaria soledad que se habia impuesto, y acompañándola con sus hijos á paseo.

Llegó el momento de llevar al niño al colegio de San Anton, y Emerenciana comprendiendo, que aquella determinacion era un castigo, que su marido la imponia, bajó la cabeza y la respetó sin murmurar, sometiéndose á él porque le habia merecido, y consagrándose á la niña, única que para su consuelo la quedaba.

Augusto sentia una viva alegría por un cambio tan favorable en la conducta de su mujer, y casi llegó á reconciliarse con ella; más no podia subsistir mucho tiempo en el retiro

una mujer como Emerenciana. Al cabo de un mes ya se habia cansado de las caricias de la niña y de la solícita y fria circunspeccion de su esposo, que atendia á sus menores caprichos con una galantería sin ejemplo.

El aburrimiento se apoderó de su espíritu, y resolvió buscar alguna distraccion para no morirse de tédio; al efecto estando en la mesa dijo á su marido:

—Estoy sufriendo estos dias las consecuencias de un humor insoportable, y me siento mal, mi salud empieza á resentirse.

—¿Por qué no buscas alguna distraccion? dijo Augusto temiendo abusar de su triunfo sobre aquella naturaleza rebelde.

—¡Oh! bien quisiera, antes de que el hastío se apodere de mí.

—Si quieres, iremos al teatro; precisamente esta noche estoy á tus órdenes, no tengo nada urgente que me impida acompañarte.

—¡Oh! puesto que eres tan amable, te cojo la palabra; iremos al Real, tengo el abono del año pasado que me han mandado esta maña-

na, y me alegraré infinito asistir al debut de esa tan célebre prima donna que viene precedida de una fama europea.

Augusto se puso pálido como la muerte, y sintió que un estremecimiento nervioso agitaba sus miembros.

—¿Te pones malo? esclamó Emerenciana mirándole fijamente; si no te gusta mi proposicion la retiro.

—Me he sentido un poco mareado, no sé si será este vino, que no es muy bueno, por cierto; mira, Pepe, retíralo, y trae otra botella.

¿Y con qué ópera debuta? dijo Augusto procurando aparentar la mayor indiferencia.

—Con *La Sonámbula*. Dicen que esa gran cantante es una mujer muy hermosa, llena de millones, y que solo canta por amor al arte. Además se dice, que sobre la corona de gloria que ostenta en sus sienes, cien veces laureadas, refleja una aureola no menos bella de dignidad y de virtud: mil y mil anécdotas, á cual más interesantes, corren acerca de su vida de boca en boca por todos los círculos de la capital.

—Sí, ¿eh? ¿y cómo se llama ese prodigio? preguntó Augusto.

—Angelina Florentini; está casada con un italiano muy tosco y muy rudo, que yo recuerdo haber conocido en mi niñez cuando fuí con mamá á pasar algunas temporadas de verano en Valencia. Pero..... quizás tú la conozcas, si es valenciana.

—¡Ah! ¡ya caigo!.... ¿si será mi prima?

—¿Tu prima?.... ¡seria gracioso!.... nunca me has dicho que tuvieras una prima cantante.

—Es que hace trece años no he tenido noticias suyas ni de mis tios; verdaderamente he sido un ingrato, olvidándolos, cuando fueron el apoyo de mi niñez, el seguro y noble refugio de mi desvalida orfandad.

—Hoy tienes ocasion de reparar tu falta, dijo Emerenciana, levantándose de la mesa.

—¡Es tarde!.... murmuró el ministro con doloroso abatimiento.

—Pero iremos á verla, ¿no es así? ahora tengo mayor curiosidad; y creo que este incidente no te obligará á retirarme tu palabra.

—No por cierto; estoy á tus órdenes.

—¡Ah! te lo agradezco mucho; antes de media hora estaré vestida.

Emerenciana pasó á su tocador, y Augusto, recostándose en una butaca junto á la chimenea, encendió un magnífico habano, poniéndose á fumar con una calma perfecta.

Cualquiera al verle tan tranquilo le hubiera creido dichoso; sin embargo, en su mirada que distraidamente seguia las espirales de humo que arrojaba su pipa, se advertia la vaguedad del delirio, y en su profunda distraccion se notaba la fijeza de su pensamiento, que le tenia absorto y que producia la fiebre en su abrasada frente.

En tanto su esposa se engalanaba con la coquetería de una niña de quince años. Los perfumes, los encajes y los brillantes estaban en mayoría sobre su rico traje de raso blanco, cuyo cuerpo sumamente escotado, la permitia lucir su blancura de nieve, sus torneados hombros y su gallardo cuello, donde se ostentaba un collar precioso, compuesto de gruesos bri-

llantes que despedian vivos reflejos á la luz de las bujías que alumbraban el tocador.

Ya hemos dicho que Emerenciana era rubia y muy bella, luego poseia en alto grado esa distinguida elegancia de las damas de gran tono, lo que contribuia á realzar su mérito personal. No era difícil simpatizar con ella á primera vista; pero un observador que la contemplase despacio no dejaria de notar en la espresion, á veces dura y altanera de su rostro, su falta de bondad y los defectos de exagerado amor propio y de vano orgullo que imperaban en su corazon.

Cuando estuvo completamente vestida, las doncellas pusieron sobre sus hombros desnudos un abrigo blanco de cachemir, rodeado de piel de cisne, y una toquilla de encage en la cabeza, para que la reservase del poco frio que podia tomar por la escalera hasta llegar al coche, que la esperaba.

Augusto ya estaba en el salon; no habia tenido necesidad de mudarse de traje, porque acababa de llegar del ministerio, donde habia

recibido algunas personas, y estaba vestido de etiqueta.

Los dos esposos, despues de besar amorosamente á Margarita que quedaba acostada y bajo el inmediato cuidado de su aya y dos doncellas, bajaron del brazo en la más perfecta cordialidad á tomar el carruaje que los condujo al teatro Real.

ven; la jóven colocó el otro anillo en el dedo de su primo.

Augusto en aquel momento estaba verdaderamente hermoso; sus ojos resplandecian con un brillo inusitado: era la satisfaccion del placer puro y elocuente que se desborda del alma apareciendo en la mirada.

No estaba Ángela menos conmovida ni menos bella.

—¡Si vieras, Ángela mia, cuánta felicidad esperimenta mi corazon al recibir tan espontáneamente una promesa tuya, promesa de eterna fidelidad que me asegura tu posesion y tu cariño!...

—¿Y no ves tambien el goce en mis ojos? esclamó la jóven interrumpiéndole.

—Sí lo veo, y eso me hace doblemente dichoso.

—¡Oh! ¡Ven! volvamos á sentarnos debajo de los jazmines, y hablaremos.

—Vamos, pues, contestó Augusto levantándose despues de haber lanzado una última y satisfactoria mirada al ramillete que, marchito y

descolorido, se destacaba en el oscuro fondo del cajon.

Ángela cerró el *secreter*, se guardó la llave, y esclamó con una voz temblorosa por la emocion:

—Este ramillete será el emblema de nuestro amor; ahí se conservará en union de tus cartas, de tu cabello y de tu retrato hasta que el destino nos lleve al altar ó nos desuna, si es que Dios no quiere que seamos esposos.

—¡Que no seamos esposos...! ¿lo presiente así tu corazon? murmuró con la mirada sombría Augusto.

—¡Quién sabe cuál será nuestra suerte! Hoy me prometo ser tu esposa, creo que lo seré; mañana... ¡Oh! ¡mañana! ¡es tan incierto, tan oscuro el porvenir, que no es posible ver en sus arcanos impenetrables! Ahora nos hallamos en seguro puerto; ¡quién sabe en adelante dónde nos arrojarán las tormentosas borrascas de la existencia humana!

Este era un presentimiento de Ángela: sin embargo, ella no lo comprendió así: pero Au-

gusto se puso pálido, sintió un dolor agudo en medio del corazon, y dejó escapar de su oprimido pecho un hondo suspiro.

Luego, sobreponiéndose á su emocion, dijo á su prima, que le miraba con infinita ternura:

—Ángela mia: el momento de nuestra separacion ha llegado, yo partiré muy en breve; voy á la bulliciosa y agitada córte, donde la seduccion y los placeres se apoderan muy fácilmente de las almas débiles; no temo sucumbir á estos peligros mientras tu amor sea el talisman de mi existencia; creo guardarte siempre una fidelidad inquebrantable; pero si la fatalidad ó el destino me hiciesen variar de resolucion te juro serte franco; te prometo, á fé de caballero, que no llevaré al himeneo un corazon gastado, desprovisto del amor entusiasta y puro que ahora siento, y que es el único que puede en el matrimonio equilibrar la balanza de la dicha y de la paz.

Quiero que tú me prometas lo propio, si por cualquier causa dejases de amarme. Si algun incidente imprevisto impidiese que unieras tu suerte á la mia, devuélveme ese anillo, yo te

mandaré este que hoy coloco en mi mano con tanto orgullo como placer, y quedarán rotas nuestras promesas, nulos completamente nuestros juramentos.

Cuando llegan estos casos, son ya motivados por causas decisivas, y son vanas las quejas y las recriminaciones; por lo tanto, sea quien quiera de los dos que reciba primero el anillo, no debemos permitirnos ni una sola palabra: dejaremos de ser amantes para ser amigos, para ser hermanos, para que este santo afecto de la familia no se borre jamás del corazon.

—Prometo complacerte, primo mio; pero ¡ay! ¡ojalá no llegue nunca semejante caso!

—Así lo espero yo tambien; ¡creo que seremos dichosos! La base de toda felicidad es el amor, y nosotros le sentimos muy inmenso, tanto, que absorbe por completo nuestra existencia, nuestros sentimientos, nuestras aspiraciones. Vivimos para nosotros solos, y en medio de la multitud nos hallamos aislados; el mundo es para los amantes un desierto que habitan solo dos personas: ellos mismos.

¡El amor! sentimiento dulcísimo que nos liga á la vida, que la presta encantos y delicias inefables.

Es un magnífico raudal donde se apaga la sed del alma; es el único goce real y positivo que nos ofrece la mísera humanidad. Lo demás todo es mentira, todo falsedad, Ángela mia; no busques placeres fuera de la familia; no te lances al mundo, pretendiendo encontrar la realidad de tus sueños; porque solo hallarás goces ficticios, quiméricas ilusiones.

El egoismo y la vanidad son los dos ejes sobre que rueda nuestra moderna sociedad. Impulsada por ellos, se mueve y obra en su esfera; no busques en esa atmósfera la paz de tu corazon, porque nunca darás encantos al espíritu, ni á los sentidos el embriagador y purísimo deleite que llena el alma, fortifica la existencia, y que solo el amor puede ofrecernos en su raudal perenne de armonías.

Augusto apuraba toda su elocuencia inútilmente, porque Ángela estaba fascinada, embriagada, por decirlo así, en aquellos momen-

tos, y solo pensaba en él. Su mundo era Augusto, sus ilusiones el dichoso himeneo que debia enlazar sus corazones por toda una eternidad.

Se levantaban con el alba, recorrian los jardines, pasaban el dia á la sombra de los árboles, sin salir de su casa, sin acordarse de nadie, sin pensar en otra cosa que en sí mismos.

Al anochecer se marchaban á la orilla del mar, donde permanecian hasta una hora avanzada, escuchando con un placer infinito el batir de las olas contra las rocas del contramuelle.

La soledad, el silencio de la noche, el murmurio de la brisa, el metálico son de la campana que sonaba á lo lejos: todo tenia encanto para ellos, en todo hallaban poesía. Eran felices, y todo lo veian de color rosado.

Una cosa notaban solamente; la brevedad del tiempo. ¡Con qué rapidez corrian las horas! Veloces se alejaban los dias, marcándose con espantosa celeridad en el reloj del tiempo los minutos que iban señalando su fugaz estancia entre nosotros.

Siempre corre del mismo modo, y, sin embargo, unas veces nos parecen las horas eternas, y otras las creemos un soplo que el céfiro nos arranca. ¡Oh! para ser exacto el tiempo, debe contarse en el reloj de la felicidad ó en el de la desdicha, y se hallará más justa su medida.

Desgraciadamente para los amantes, el instante de la partida llegó. Instante cruel, que no tuvo en cuenta los dolores, las amarguras ni las lágrimas de aquellos corazones jóvenes y entusiastas, que se alimentaban de su amor, que con su presencia se animaban mútuamente á esperar un dia lejano. ¡Ay! dentro de poco todo debia desvanecerse; la implacable ausencia pondria una eternidad en medio de sus almas, ¡y quién sabe si lograria separarlas!...

Se renovaron los juramentos á la sombra del cenador de jazmines, se visitó el *secreter*, colocando en él nuevas flores, que acompañasen al ramillete, símbolo de su amor. Tambien pusieron allí sus retratos y sus cabellos enlazados en una misma trenza. Varias poesías amorosas, primeros ensayos de Augusto, y algunas cartas.

Despues le cerraron, conservando cada uno una llave de aquel cajoncito que debia guardar las prendas de su cariño, prometiéndose no abrirle mientras estuviesen solteros, á no ser que lo hiciesen reunidos el dia antes de su boda.

Esta condicion la escribieron en un papel, que firmaron y sellaron ambos, guardándole con los demás objetos.

¡Ilusorias promesas! ¡Juramentos que se lleva el aire si el viento de la fatalidad se encarga de desvanecerlos!

Cuando Augusto se despedia por última vez de sus tios y de su prima, llegó Aquiles con varios amigos, que debian acompañarle hasta Valencia.

El mofletudo italiano estaba muy satisfecho; iba elegantísimo, luciendo como siempre magníficos brillantes en la pechera y en los dedos. Sus ojos brillaban de satisfaccion, y allá en su interior no dejaban de murmurar estas ó parecidas palabras:

—Al fin se separan. ¡Oh! ella será mia: hay pocas almas que resistan una ausencia prolongada.

Empero á su rostro, siempre impasible y frio como la estátua de la inmovilidad, no aparecian ninguna de sus emociones, ni era fácil leer su pensamiento en aquella frente, que, aunque cargada de nubes con frecuencia, siempre estaba serena.

Ninguno más solícito, más obsequioso con Augusto que él. Le prodigó las mayores atenciones y las más vivas muestras de amistad, llegando hasta el punto de darle cartas de recomendación para personas influyentes de Madrid, que debian protegerle y servirle de mucho si hacia de ellas el uso conveniente.

Aquellas cartas iban sin fecha, para que él la pusiera á su gusto cuando se decidiese á presentarse.

Augusto las recibió con indiferencia, como quien tiene sobrada confianza en sí mismo, y espera no necesitar de nadie. Las guardó en su cartera, y se dispuso á partir.

Era el momento supremo; buscó con la vista á su amada, y no la encontró; doña Margarita se acercó abrazándole con el cariño de una madre, y le dijo al oido:

—No la busques; hay aquí muchas personas indiferentes, y no quiere hacerlas partícipes de su emocion. Desde el mirador te contempla, y no se apartará hasta que hayas desaparecido á lo largo del camino. Confia en su fidelidad y en mi cariño; ya sabes que protejo vuestros amores, y espero con tranquilidad el dia, no lejano, de que os unais en santo lazo.

Augusto contestó muy conmovido:

—¡Dios lo quiera, tia mia! ¡Oh! vele V. por ella, vigile su corazon y sus sentimientos.

—Nada temas.

—Los sueños de gloria exaltan su entusiasta imaginacion.

—Son fuegos fátuos, que se apagan al soplo de la esperiencia y la reflexion, dijo la anciana.

—No, madre mia: son chispas de un génio peregrino, que se escapan del fuego inmortal que arde en su alma. Ángela es artista de corazon, y será difícil que resista los impulsos de su génio.

—Pero te ama.

—En eso confio solamente, en el amor: ese

sentimiento domina y avasalla el espíritu, y yo creo que sabré contenerla en los límites razonables sin que se desborde y se nos pierda; porque, no lo dude V., madre mia, lanzada á una carrera artística, la perdemos para siempre; perderemos su corazon y su cariño.

Terminada esta rápida conversacion, que Augusto y doña Margarita habian tenido en voz baja, aquel se dirigió á su tio, del que tambien recibió las más espresivas muestras de ternura; continuaron las despedidas entre los amigos, y partió despues, llevando el corazon desgarrado y devorada su alma por una tristeza indefinible y angustiosa.

Aquiles ofreció su carruaje hasta Valencia, donde marcharon, no sin que los ojos de Augusto se humedeciesen más de dos veces al contemplar á lo lejos el blanco lienzo que una mano querida agitaba desde el mirador de la alquería.

La velocidad que llevaba el carruaje y una gran estension de árboles le impidieron seguir mirando aquellas señales de despedida, aquel eterno y misterioso adios, que el aura le trasmi-

tia, llevándole con él los tiernos y benévolos sentimientos del corazon de su amada.

Demasiado sensible Ángela, no habia tenido fuerzas para despedirse, y se ocultó donde libremente pudo dar rienda suelta á su dolor y á sus lágrimas.

Con todo su corazon amaba á su primo, era su primer amor, la primera ilusion de su juventud; su partida fué un dardo agudo que la lastimó dolorosamente, influyendo de tal modo en su carácter, que no volvió á presentarse en los parajes públicos ni en las sociedades.

Se tornó meláncolica y pensativa, complaciéndose en visitar los sitios que con su primo habia frecuentado, los que eran testigos de sus purísimos amores, y que habian escuchado las protestas de su ternura y de su fé, cual eran las solitarias orillas del mar en el cabo de Francia, los peñascos de la punta del contramuelle, y el jazminero de su preciosa y aislada alquería.

En todas partes le parecia escuchar la dulcísima voz de su amado que siempre resonaba en su corazon como si estuviera presente. Aquel

timbre argentino heria las fibras mas delicadas de su alma, y siempre siempre le tenia en los oidos como su recuerdo en el pensamiento y su imágen en el fondo de su corazon.

¡Cómo olvidar ni un solo momento al hombre adorado que por completo se habia apoderado de sus sentidos, el que llenaba su espíritu y se habia hecho dueño de todas sus afecciones, no dejando lugar á ninguna otra impresion! Imposible; no cabe olvido cuando la pasion ha llegado á todo su desarrollo y absorbe por completo nuestro sér. Por eso Ángela, despierta, le recordaba siempre, le veia á todas horas; dormida, soñaba con él, alimentando su amor con el recuerdo de la dicha pasada y la esperanza del porvenir.

CAPITULO VIII.

Entre tanto Aquiles frecuentaba los teatros, los paseos, las reuniones, buscando en ellos á Ángela. Vano empeño, porque no la encontró. Esto llegó á desconcertarle, figurándose que el corazon de la jóven estaba demasiado impresionado para reflejar en él otro sentimiento que no fuese el amor á su primo.

Entonces se decidió á usar del permiso que los Sres. de Salcedo le habian concedido para visitar la casa con frecuencia, y se dirigió allá una mañana, ocho dias despues de haberse marchado Augusto. Iba provisto de una carta que acababa de recibir de este.

Ángela y doña Margarita hacian labor en

una salita baja que comunicaba con el jardin, don Ángel sentado en una butaca cerca de la ventana leia los periódicos en voz alta.

Un carruaje se detuvo en la puerta de la alquería, se apeó un caballero, y entró en el jardin: era Aquiles.

Como siempre, iba vestido con el mayor primor y cubierto materialmente de riquísimas alhajas. Los anillos, el reloj, la cadena y la botonadura de la camisa y el chaleco valian una suma inmensa.

Aquiles era rico y le gustaba ostentar su riqueza. Empero no estaba satisfecho de su fortuna, queria mas; su flaco era la ambicion y el anhelo siempre creciente de ser el primer capitalista de España.

Don Ángel, apenas le vió atravesar el jardin, salió con la mayor finura á recibirle y le condujo donde estaban las señoras.

Doña Margarita le acogió con su acostumbrada benevolencia; Ángela con frialdad, con suma distraccion, estaba preocupada y no le hizo caso ni atendió á la conversacion que con él soste-

to de que todos en la casa la servíamos de juguete.

—¡Recuerdos de la niñez!.... ¿no es verdad? dijo el inglés.

Emerenciana iba á replicar, cuando fué interrumpida por la súbita presencia de algunos amigos que llegaban á saludarla.

Jorge Willams los dejó, ofreciendo volver cuando terminase la ópera.

CAPÍTULO X.

Durante el primer acto de la *Somnámbula*, tuvo Augusto buen cuidado de permanecer medio oculto en el palco, cubriéndose el rostro cuando Angelina miraba hácia aquel lado, á fin de que no le reconociese. Temia que una impresion demasiado viva pudiera afectarla en aquellos momentos de prueba, cuando el inteligente público madrileño debia juzgar por primera vez su mérito artístico.

Esta precaucion la observó tambien en el segundo acto y en el tercero, de manera que Ángela no se apercibió de su presencia en el teatro hasta despues de terminada la ópera.

No seguiremos á nuestra artista paso á paso;

diremos únicamente que cantó de una manera admirable el magnífico *spartito* de Bellini, que estuvo sublime, interpretando de una manera perfecta el dificilísimo tipo que representaba. Era una Amina encantadora, celestial; su voz tenia la melodía de los ángeles, y su talento artístico rayaba á una altura desconocida.

Angelina habia llegado á Madrid precedida de una celebridad europea; la prensa de todos los paises se hizo eco de las entusiastas manifestaciones de todos los teatros donde habia cantado, y á pesar de tan grandes elogios, que á veces suelen perjudicar á los artistas, Angelina no desmereció nada, antes al contrario, sobrepujó las esperanzas del público, que, no habiendo oido nunca una maravilla tan asombrosa, no podia ni aun adivinar semejante prodigio.

Desde el momento en que el público la vió fué recibida con ardiente cariño, con indescriptible entusiasmo, encargándose de manifestarlo en sus calurosos bravos y en sus repetidos aplausos.

Angelina se sostuvo en toda la obra á la altura de su mérito; pero cuando se escedió á sí misma, cuando el entusiasmo del público rayó en frenético delirio fué en el *rondó* final; allí acabó de hacerse dueña de la universal simpatía, concluyó de arrebatar los corazones, dominando con el poder de su génio privilegiado á una multitud ansiosa que la admiraba y bendecia.

Cayó el telon; pero volvió á levantarse diez y doce veces para dar paso al genio de la armonía que, trémula y conmovida, se presentaba á recibir el galardon debido á su talento.

En este intervalo Augusto se habia puesto de pié, y como el palco que ocupaba era de platea y muy próximo al escenario, Angelina le vió, y pudo leer en su rostro y en sus ojos el mágico efecto que habia causado en su alma.

En aquel momento se presentó el inglés; iba seguido de su criado, que le fué entregando multitud de ramilletes de jazmines, los cuales ponia en manos de Emerenciana para que los arrojase á la artista.

Augusto á la vista de los jazmines se quedó

petrificado, la voz espiró en su garganta, y mirando al inglés con espanto ni una palabra pudo pronunciar.

—Nos quedan dos, esclamó Jorge, y es necesario que lleven alguna joya que manifieste á la artista nuestro entusiasmo.

Diciendo esto, se quitó el magnífico anillo que brillaba en su mano, y no sabiendo cómo colocarlo, dijo, dirigiéndose á Emerenciana:

—No sé cómo ponerle para que no se caiga; ¡si tuviese una cinta!

Emerenciana miró á su traje, y, no encontrando ninguna cosa que le pudiera servir, esclamó:

—No tengo nada que poder ofrecer á Vd.

—¡Bah!.... ni he pensado en ello; esta cadena me servirá.

Y con la más fria impasibilidad, desprendiendo de su reloj una cadena preciosa de oro y piedras, la ató con el anillo al ramo y la arojó á los piés de Angelina, despues de haber puesto entre las flores una tarjeta con su nombre.

Emerenciana estaba asombrada de aquella

prodigalidad sin ejemplo, pues las dos alhajas que iban con el ramo ¡valian muchos miles de duros.

—Queda uno solo, arrojémosle tambien; dijo Jorge.

—Permítame Vd., esclamó Emerenciana quitándosele de la mano; yo tambien quiero enviar á esa mujer afortunada el tributo de mi admiracion.

—¿Qué vas á hacer? esclamó Augusto aterrado viendo que se quitaba una pulsera, donde, oculto en un medallon, estaba el retrato de ambos esposos.

—Muy sencillo; á arrojar á sus piés esta pulsera.

—Pero contiene nuestros retratos.....

—Y ¿qué importa? es un obsequio cariñoso; dijo Emerenciana sacando una tarjeta de su tarjetero, y escribiendo en ella con lápiz estas palabras:

«A la célebre prima donna, en testimonio de admiracion y cariño, su prima que la adora,

EMERENCIANA PUERTO GUERRERO DE SALCEDO.»

Augusto, en un momento de horrible ansiedad, arrancó la tarjeta de manos de su esposa, y leyó lo que habia escrito. Esta, sin la menor señal de turbacion, rodeó al ramo la pulsera, y alargándosele á su marido, le dijo: pon dentro la tarjeta, y arrójale.

—¡Oh! no; eso te corresponde á ti, dijo devolviéndosele y rechazando las funestas flores que habian despertado todas las dolorosas emociones de su alma.

Emerenciana se puso de pié; Augusto estaba á su lado, sobresaliendo por cima de ellos la arrogante cabeza del inglés, que miraba alternativamente á la artista y al ministro con una espresion furiosa de odio reconcentrado.

Angelina saludaba al público que la aplaudia con calor, sin dejar de mirar al palco de Augusto. Cuando Emerenciana arrojó el último ramillete, se adelantó á recibirle con vacilante paso, le tomó, vió la pulsera, y abriendo el resorte del medallon, halló en su centro el retrato de Augusto, cuyo funesto golpe acabó de

aniquilar sus fuerzas, trastornándola por completo. Los ramilletes de jazmines cayeron al suelo, la vista de la pobre Ángela se apagó; inclinó la cabeza sobre el pecho, y se desmayó; cayendo en brazos de uno de los cantantes que, hallándose próximo, notó su desvanecimiento y acudió presuroso á recibirla en sus brazos, evitándola un golpe violento.

Augusto tenia en el rostro la palidez de la muerte; estaba trastornado; pero hizo un violento esfuerzo sobre sí mismo para que no conociera la profunda emocion que acababa de esperimentar.

—Pero ¿dónde diablos ha ido Vd. por los jazmines en este tiempo? dijo Augusto por disimular, y sonriendo con una sonrisa que era un sarcasmo horrible.

—¡Oh! esas flores me han costado mucho dinero, contestó el inglés.

—Verdaderamente que es estraño; yo creí que no las habria en este tiempo.

—Señora, ¿Vd. no sabe lo que vale el oro?

—No creo que valga nada el dinero para la

naturaleza que tiene sus épocas fijas de vegetacion; dijo Emerenciana.

—¿Y la naturaleza artificial? yo conozco estufas en España mismo, donde todo el año encuentra Vd. flores de diversas clases; la prueba de ello son estos jazmines.

—Bien lo creo; pero ¿qué capricho le ha dado á Vd. de gastar un dineral? esclamó Augusto.

—Ninguno; sé que Angelina gusta de esas flores, y tengo el placer de obsequiarla con ellas.

—Y ¿hace mucho tiempo que la conoce usted? preguntó Emerenciana.

—Tres años; contestó el inglés.

—¿Y la visita Vd.? añadió la jóven.

—Alguna vez; dijo con laconismo Jorge, abriendo la puerta del palco para salir, porque ya el teatro se iba quedando desierto.

—No lo pregunto por mera curiosidad, sino porque deseo conocer y tratar á esa mujer admirable, y quisiera que Vd. fuese intérprete de mis sentimientos para con ella.

—¡Oh! con mucho gusto, dijo Jorge, ofrecién-

dola el brazo hasta el carruaje, donde se despidió de los dos esposos, ofreciendo visitarlos tan pronto como se lo permitiesen sus ocupaciones.

Augusto le estrechó la mano, no tan cordialmente como al principio; la invencion de los jazmines le hizo mirarle con malos ojos, desconfiando de su misantropía y de su helada impasibilidad.

CAPITULO XI.

Ángela fué trasladada á su cuarto, donde sus doncellas y su madre la prestaron inmediatamente los auxilios que requeria su estado. Aquiles, entretenido en el aposento de una de las cantantes, no se apercibió del accidente de su esposa, ni salió de allí hasta despues de mucho tiempo.

Solo doña Margarita, que ansiosa aguardaba á su hija para recibirla en sus brazos, comprendió la causa de su desmayo, al ver los jazmines y al escuchar en los lábios de Ángela el nombre de Augusto, que, á su pesar, se escapaba de lo más profundo de su corazon.

—¡Hija mia! esclamaba la pobre madre con un acento de infinita ternura; vuelve en tí, recobra los sentidos. Y diciendo esto aplicaba á su nariz un pomito de sales, encargando al propio tiempo que no llamasen á Aquiles.

La prudente señora temia que su hija pronunciase en un momento de estravío alguna palabra que pudiera comprometerla.

En efecto; cuando Angela volvió en sí, su primer pensamiento fué preguntar con ansiedad por los ramilletes.

Doña Margarita despidió con un ademan á las doncellas, y despues acercó al sofá, donde Ángela estaba acostada, un canastillo que contenia todas las flores, las coronas y las alhajas con que el público entusiasmado habia obsequiado á la gran artista.

Ángela separó de los demás todos los ramilletes de jazmines, buscó entre ellos los que fueron causa de su desmayo, y los deshizo, recogiendo las alhajas y las tarjetas, y dejando esparcidas las flores por el suelo.

—¡Oh madre mia!.... ¡pretenden humillar-

me!.... esclamó entre sollozos la infeliz artista, la privilegiada prima donna que en el apogeo de su gloria y en el momento de adquirir su más grande y legítimo triunfo, tenia lágrimas en sus ojos y amargura en su corazon.

—Tú eres muy grande, hija mia, y por más que pretendan humillarte, no lo conseguirán.

—¡Oh! ese inglés que hace tres años me persigue, ha debido descubrir mis primeros amores con Augusto, y lleno de celos y de rabia me arroja al rostro esas flores que fueron el emblema de nuestro amor. Vea Vd.; y para hacer el insulto más directo le acompaña con dos alhajas que le devolveré tan pronto como sepa dónde vive. Tambien la esposa de Augusto me envia un obsequio; pero dirigido con más diplomacia, para que no le pueda rechazar; vea usted, me llama *prima* y me envia en esta pulsera el retrato de los dos, como si quisiera decirme con eso: «Estamos unidos, somos felices, mientras que tú, sola y aislada en medio de tus laureles, bebes la amarga hiel de la desesperacion y de los celos.»

—Pero Augusto, ¿estaba en el teatro con su mujer?

—Sí, señora, con ella y con el inglés, viendo cómo me arrojaban los ramos, que eran un insulto y una agonía para mi corazon.

—¡Oh! pero él es demasiado generoso para haber tomado parte en esta inícua trama. Conozco demasiado su corazon, y no vacilo en asegurar que mi sobrino no es capaz de hacer una villanía.

—Yo tampoco lo creo, y ni aun puedo imaginarme que haya revelado á su mujer el secreto de nuestro amor; esto es cosa de ese aborrecido inglés, que ya en Valencia me mandó otro ramillete de esas flores.

—El caso es que estamos comprometidas si la esposa de Augusto solicita nuestra amistad.

—Cuéntelo Vd. por hecho; su atencion de esta noche, envuelva ó no envuelva ironía, me obliga á corresponder.

—Y bien, hija mia; tú no tienes nada que reprocharte, y puedes alzar tu frente muy alta.

—Sí, pero tengo el dolor de mis recuerdos;

tengo la conviccion de mi amargura, y tengo, madre mia, el alma llena de un amor inmenso que hace la desgracia de mi vida.

Angelina, al hacer á su madre esta dolorosa confesion, apoyó la cabeza en su seno, y derramó muchas lágrimas que desahogaron su corazon.

—¡Pobre hija mia!.... esclamó doña Margarita alzando los ojos al cielo; luego la indicó la necesidad de marcharse á su casa, pues el teatro se habia quedado sin un alma, y Aquiles no debia tardar en entrar á buscarlas. Efectivamente; apenas Ángela se enjugó los ojos y se envolvió en su abrigo, cuando llamaron á la puerta con delicada atencion.

—Adelante, respondió la sonora y grave voz de doña Margarita.

Aquiles entró saludando á su mujer y á su suegra, como si hubieran sido unas personas estrañas para él.

—Estuve aguardando un rato; pero como tardaban Vds. me decidí á llamar, dijo con su ordinaria flema.

—Ha estado tu mujer un poco indispuesta, contestó con sequedad la noble anciana, que aborrecia de muerte á Aquiles y no se cuidaba de disfrazar su sentimiento.

—¿De veras?.... ¿y estás mejor?.... ¡Oh! siento muchísimo que no me hayan llamado.

—Fué un mareo, ya pasó, y estoy bien; vámonos, dijo Angela adelantándose la primera.

Con la mayor finura, Aquiles ofreció el brazo á las dos, que le tomaron con visible repugnancia; pues aceptaban sus galanterías con objeto de cubrir las apariencias, y que nadie pudiese descubrir la borrasca en aquella superficie al parecer tan tranquila.

Al llegar á su casa se dieron las buenas noches, y cada uno se dirigió á sus habitaciones. Aquiles encontró reunidos en su gabinete á varios amigos, que le aguardaban para cenar juntos con cuatro ó seis de las más bellas coristas del teatro.

Angela entró en la alcoba de su padre que, aguardándola con ansiedad, no se habia dormido todavía; se sentó á la cabecera de su cama,

le contó su asombroso triunfo, vertiendo lágrimas de ternura al sentir los labios del anciano sobre su frente, y al escuchar que con trémula y conmovida voz la decia:

—¡Dios te bendiga, hija mia, como te bendice tu padre!

Se despidió con cariño del anciano, y entró, segun su costumbre de todas las noches, á besar á su hija, que menos cuidadosa que su abuelo, se habia dormido profundamente, sin que la despertarsen los besos ni las lágrimas de Angela, que cayeron sobre su dulce rostro.

Doña Margarita aguardaba á su hija en su gabinete, preparándola una cena ligera que tenia costumbre de tomar todas las noches antes de acostarse.

—Esta noche tomaré un té únicamente, madre mia; pero no se incomode Vd. en prepararlo; ¿por qué no están aquí las doncellas?

—Las he despedido yo, para que no estén escuchando nuestra conversacion; ¿qué importa que te dejes servir por mí, si en ello tengo el mayor placer?

—¡Oh qué buena es Vd., y cuán ingrata he sido en desconocer la bondad de su alma y la rectitud de sus pensamientos!.... Si hubiera seguido sus consejos, !cuán diferente seria mi suerte!....

—Vamos, hija, no hablemos de lo pasado; déjate de pensar en lo que hubiera sido de ti obrando de otra manera. Seria ese tu destino, y no hay más remedio que conformarse cada cual con su suerte.

—Pero ¿y esta amargura que está lentamente envenenando mi alma?..... dijo la jóven con profunda tristeza.

—Esa es la copa de hiel y vinagre que, á semejanza de nuestro Señor, tenemos todos que apurar en este valle de lágrimas.

—Es verdad: yo he sido ingrata con mis padres, olvidándolos por correr tras de una ilusion mentida, y tengo que sufrir mi castigo, murmuró Angela en voz apenas perceptible, aunque lo bastante para que su madre la oyese.

—Vamos, aquí tienes el té; te agradará, por-

que lo he preparado á tu gusto con mucha leche y mucha azúcar, ¡golosilla!....

—¡Madre del alma!.... esclamó Angela comprendiendo la santa intencion con que se chanceaba, á fin de distraerla de sus dolorosos pensamientos.

¡Cuán buena es una madre, y cuán consoladoras son sus caricias y sus atenciones para un corazon afligido!....

Doña Margarita estuvo con su hija hasta que la dejó dispuesta á recogerse: entonces, besándola en la frente, se bajó á su habitacion sin querer recordarla ni una sola palabra de los acontecimientos de aquella noche, temiendo renovar la herida.

Mas, ¡ay! estaban muy grabados en su corazon para que pudiese olvidarlos. Apenas se quedó sola corrió á su escritorio, donde habia puesto las alhajas y las tarjetas del inglés y de Emerenciana; volvió á examinar aquellos objetos con mucho detenimiento, y al cabo de algun rato de reflexion tomó un pliego de papel, y escribió la siguiente carta:

«Señora: su galantería de anoche conmovió profundamente mi corazon; recibí con sumo placer su pulsera en prenda de cariño, y los retratos de Vd. y de mi querido primo, como un principio de nueva y fraternal alianza. Las cariñosas frases escritas en su tarjeta me demuestran su gran corazon, y no puedo menos de admitir benévola la franca espresion de su afecto, asegurándola la sinceridad de mis sentimientos con la más cordial y ardiente simpatía.

»En prueba de que admito sin trabas su generosa amistad, la suplico me dispense el obsequio de devolver al caballero inglés, que estaba en su palco, las alhajas de que se despojó en un momento de entusiasmo para arrojarlas á mis piés. Yo no acostumbro á recibir obsequios sino de personas que me son queridas; esto probará á Vd. mi aprecio, cuando conservo su pulsera, y al Sr. Willams no tengo el honor de contarle en el número de mis amigos. Perdóneme usted que la dé esta incumbencia, pero ignoro dónde vive, y suponiendo que Vd. le verá, me atrevo

á solicitar este favor de mi querida prima á quien adora con el alma,

ANGELA SALCEDO DE FLORENTINI.»

Terminada esta carta la cerró, y poniéndola con las alhajas en una cajita, dió órden á un criado para que la llevase por la mañana temprano.

Despues de practicada esta operacion pareció quedar más tranquila; respiró libremente, y como si se hubiera descargado de un grave peso se sintió mejor. Se acostó poco despues, y se durmió á las tres de la mañana, cuando los amigos de su marido se retiraban á sus casas.

CAPITULO XII.

Una sola noche de placer habia bastado para echar por tierra todas las buenas disposiciones de Emerenciana. Sus propósitos de enmienda se desvanecieron, y los recuerdos funestos que habia dejado en su corazon la muerte de su hija, y que la hicieron arrepentirse de su pasada conducta, quedaron sepultados aquella noche en lo más profundo de su alma.

El egoismo, la vanidad y el amor, fueron los tres móvibles que la impulsaron á recobrar su manto de reina en los salones de la córte, dejando en manos de una mujer mercenaria la

hermosa y tierna diadema de la maternidad.

No volvió á pensar en su pequeña hija, y cuando salieron del teatro Real propuso á su esposo si queria acompañarla á la embajada francesa, donde habia baile aquella noche, para el cual estaban invitados.

—¿Estás loca? la contestó su marido; bastante ha sido presentarnos en el teatro estando aun tan reciente la pérdida de nuestra pobre niña.

—¡Y qué más dá! ya nos han visto en público.

—Es muy diferente; aquí veníamos á presenciar un espectáculo nuevo, á admirar á una notabilidad, y no es lo mismo que ir á la recepcion que la embajadora celebra todos los jueves.

—Pues yo te digo que es igual ir al teatro que á la embajada. Si el mundo nos critica, igualmente lo hará en un sitio que en otro.

—Segun eso, en tu corazon no hay sentimiento, sino temor *¿al qué dirán?* Pues hija, yo tengo demasiado vivo en mi corazon el recuerdo de nuestra desgracia, y no me hallo con áni-

mo ni con humor para ir á fiestas, dijo Augusto.

—Poco has manifestado esos escrúpulos antes de ir al *Real*, contestó picada Emerenciana.

—Ya te he dicho que la ópera es diferente, y además lo hice por complacerte.

—¡Qué galante está el tirano! contestó con sarcasmo la jóven.

Augusto sin contestar se reclinó en los almohadones de la carretela; temia irritar á su esposa, y que volviese á sus anteriores hábitos. Esta, que no se conformaba con aquel silencio, volvió á decir al cabo de un rato.

—Pues mira, te declaro que no tengo ánimo de continuar en esta vida; me cansa ya.

—¡Oh! lo creo; ¡tienes un corazon tan sensible!..... dijo con ironía el ministro.

—Quizás sienta más que tú, y sobre todo ha sido una desgracia irreparable, que ya no evitaremos estándonos metidos en casa; por lo tanto, quiero distraer mi sufrimiento buscando las diversiones; esto no me impedirá cuidar al propio tiempo de mis hijos.

—El niño está bien cuidado en el colegio, dijo Augusto sin poder disimular su profundo disgusto.

—Y Margarita corre de mi cuenta, añadió Emerenciana, haciéndose el propósito de no abandonarla, aun cuando frecuentase las fiestas y los bailes.

—¡Oh! eso lo veremos, esclamó Augusto disponiéndose á dejar el carruaje, pues habian llegado, y el coche estaba al pié de la escalera.

—Una palabra, dijo Emerenciana deteniéndole por el brazo: ¿estás resuelto á que no vayamos á la embajada?

—Completamente, contestó Augusto apeándose y alargando la mano á su esposa para que hiciese lo mismo.

—Está bien, dijo la jóven con mal reprimida cólera, rechazando la mano que le ofrecia, y bajando sola.

—¿Quieres mi brazo? te acompañaré hasta tu cuarto, añadió Augusto sin darse por ofendido.

—Mil gracias; no hay necesidad de que te molestes, dijo con frialdad irónica la jóven.

—Entonces hasta mañana; que descanses: yo tengo que recuperar las horas que he perdido en el teatro, y trabajaré toda la noche, dijo Augusto entrando en las habitaciones del piso bajo, donde tenia el despacho y le aguardaban los secretarios.

Emerenciana, sin hablar palabra y sin mirarle siquiera, subió á su habitacion, entró en su tocador y empezó á despojarse de todos sus adornos. La ira se pintaba en su semblante, y los encajes de su traje no quedaron muy bien parados: tampoco el pañuelo de batista que llevaba en la mano se libró de su furor: cuando le recogió la doncella, encontró en él las señales de algunos mordiscos que recibiera de su bella señora, y que le dejaron completamente inservible.

Estaba furiosa. La doncella concluyó de desnudarla, sin haberla oido pronunciar una frase en que no demostrase su enojo.

—¡Oh qué pesadas son estas doncellas! no servís para nada, esclamaba arrojando las prendas sin dar tiempo á que se las quitase.

La pobre muchacha, que conocia mucho á su señora, tomó la determinacion de callar viéndola tan enfadada, y eso la valió el que no descargase sobre ella la tempestad.

—Déjame y vete, dijo al fin Emerenciana, dejándose caer en un divan, despues de haber atado á su cintura un cordon de seda y oro que sujetaba los pliegues de una elegante bata de cachemira blanca con bordado oriental que habia reemplazado á su traje de raso blanco.

—¿No tiene la señora alguna cosa que mandarme? preguntó la doncella respetuosamente, antes de marcharse.

—Déjame en paz..... ¡Ah! escucha.

La doncella volvió.

—Tomaré té, haz que lo preparen en mi gabinete azul.

La doncella se inclinó y se dirigió á la puerta.

—Mira, espérate; ¿sabes si está mi secretario?

—Creo que esté abajo en las habitaciones del señor, contestó la doncella.

—Haz que le busquen, y que venga inmedia-

tamente; y el té al momento, antes de cinco minutos; ¿lo oyes?

—La señora será servida, contestó la doncella inclinándose de nuevo y saliendo del aposento, no sin el temor de que la volviese á llamar para darla una nueva órden, porque la señora cuando se enfadaba era terrible.

Al cabo de un instante que la orgullosa jóven estuvo en profunda meditacion, se levantó y se dirigió al gabinete azul. Era una lindísima pieza con chimenea en el centro y dos balcones á la calle de Alcalá, tapizada de brocatel azul; las paredes y los divanes que rodeaban el aposento estaban cubiertos de la misma tela; las colgaduras de raso azul y los demás adornos del aposento armonizaban con este bello color. Una preciosa alfombra cubria el pavimento, y delante de la chimenea habia dos sillones y un velador cargado de periódicos, albums y utensilios de escritorio.

Emerenciana se sentó delante del velador; sin duda habia tomado repentinamente una resolucion, porque cogiendo una pluma y un pliego

de papel se puso á escribir con ligereza una lista que contenia los nombres de todos sus amigos de confianza. A pesar de que Jorge Willans era amigo de pocas horas, su nombre figuraba á la cabeza de la lista, y seguia el de Angelina Florentini, que borró despues.

Apenas tenia la lista concluida, cuando se presentó el secretario.

—Acérquese V., le dijo: mañana doy un té á mis amigos de confianza, y quiero que estienda Vd. esta misma noche las cartas de invitacion, que han de quedar repartidas mañana antes de las ocho: aquí está la lista.

—Será V. E. complacida, dijo el secretario inclinándose y saliendo del aposento con la lista en la mano.

—En cuanto á esa orgullosa cantante que ha venido á trastornar la cabeza de los madrileños, quiero escribirla yo misma, así el compromiso será más fuerte y no podrá faltar, dijo Emerenciana en voz baja cuando hubo salido el secretario.

Despues continuó pensativa largo rato, no

siendo difícil adivinar el curso de sus reflexiones, por las frases que en el calor de la exaltacion se escapaban involuntariamente de sus lábios.

—¡Oh! decia; esa mujer y ese hombre han hecho sentir á mi corazon dos pasiones que le eran desconocidos; el amor y los celos!.... Verdaderamente que el amor, porque ese arrogante inglés, con toda su insultante frialdad, me abrasa el alma; más yo no debo dejarme vencer por este sentimiento; eso, ¡nunca!.... ¡jamás!.... como soy la reina de los salones, quiero ser la reina de mi alvedrío.

Emerenciana tenia una fuerza de voluntad asombrosa; solo el dominio de su madre y sus pocos años, pudieron doblegarla cierto tiempo; humillacion que, sufrida con profundo corage, debia estallar despues más absoluta y más pujante. Su marido no pudo sujetar aquella voluntad imperiosa, porque le estaba obligado, porque debia á su madre, ó mas bien á ella, su posicion, su fortuna; por eso el infeliz Augusto tuvo que devorar sus pesares, bebiendo la amar-

ga hiel que brotaba á todas horas de los lábios de su esposa.

Emerenciana, contrariada por él, que se negó á que fueran á la embajada, tuvo una noche cruel; se paseaba con impaciencia por su gabinete, estaba sola, y se desesperaba.

—¡Oh! decia; no me volverá á suceder; ¡qué necia he sido! ¡retirarme de la sociedad, abandonar á todos mis amigos y aburrirme aquí entre cuatro paredes! Vamos, esto es insoportable; no sé cómo he tenido paciencia para tanto; y todo por ese estúpido de Augusto, que le gusta la soledad como si fuera algun cenobita. ¡Cosa mas rara!.... y lo gracioso ha sido que yo me deje dominar por él, pues si me descuido me quita las riendas de la mano, y adios libertad. ¡Oh! no, eso no me tiene cuenta; yo debo llevar siempre la batuta; veremos mañana qué cara pone cuando se encuentre la casa llena de gente.

Empapada en estas ideas, estuvo largo rato en el gabinete azul; la llevaron el té, y pidió café; la llevaron café, y pidió chocolate; ninguna cosa la gustaba, y era que el aburrimiento

se apoderaba de ella en el mas alto grado.

Cansada de incomodar á sus pobres criados se retiró á su dormitorio, acostóse en seguida, sin que pudiera en muchas horas conciliar el sueño; tanto la preocupaban la fiesta del dia siguiente, la insultante frialdad del inglés, y el gran mérito artístico de Angela, que se presentaba en el cielo de la corte como un nuevo astro destinado á eclipsar el brillo de los antiguos.

Ni un recuerdo tuvo para su hija, ni se acordó de pasar á darla el beso de despedida.

CAPITULO XIII.

Augusto pasó la noche trabajando: cerca del amanecer se acostó, y se levantó á las once. Apenas tuvo tiempo de vestirse, cuando le dijeron que la señora le esperaba para almorzar; subió al piso principal, pues ya sabemos que él ocupaba las habitaciones del piso bajo y Emerenciana las de arriba, y se encontró toda la casa en movimiento.

Atravesando algunos salones para ir al comedor, vió que los criados colocaban macetas de flores, colgaduras, arañas, candelabros, y otros mil adornos á cual mas variados y bellos.

—¿Qué es esto? preguntó; ¿por qué se adornan los salones?

—La señora tiene recepcion esta noche, le contestaron los criados.

—¡Ah! esclamó estremeciéndose, como si hubiera sentido una picadura de víbora.

Luego se dirigió al comedor, donde Emerenciana le esperaba en compañía de dos amigos que debian almorzar con ellos.

—Á la mesa, señores, dijo alegremente Emerenciana apenas vió á su marido; ya está aquí Augusto.

Los convidados eran jóvenes y alegres, de esos amigos oficiosos y complacientes que forman la corte de las reinas de la hermosura, las siguen á todas partes, obedeciendo sus menores caprichos, y son las Gacetas ambulantes de la sociedad; todo lo saben, tienen siempre en los lábios chispeantes anécdotas, y son recibidos en las reuniones de más tono y en las casas más principales.

Muchas veces, durante el aislamiento de Emerenciana, habian ido á informarse de su sa-

lud, y á dejar tarjeta, sin que fueran recibidos hasta la mañana á que nos referimos, que no solo tuvieron la suerte de ver á la señora, sino que fueron invitados á almorzar.

El uno era periodista, gran *dilettanti*; se llamaba Laurencio, y habia pasado en Italia gran parte de su juventud, viniendo luego á Madrid á ser gacetillero de algunos periódicos. Este estaba encargado de los BOMBOS, agasajo á que se mostraba muy inclinada nuestra Emerenciana.

El otro se llamaba Paular, y era un abogado sin pleitos que defender, pero que á falta de estos manejaba la intriga á las mil maravillas, tenia muchas relaciones, y con su influencia solia hacer algunos negocios, que á veces le valian buenos cuartos.

Ambos solterones, muy elegantes, buenos mozos, aunque flacos y escuálidos como ellos solos, eran amigos inseparables, y casi siempre se los veia reunidos en los teatros y en los paseos.

Augusto, apenas los vió, formó el propósito

de no almorzar con ellos; le eran antipáticos, y como su resolucion fué instantánea, se apresuró á contestar á su mujer:

—No, querida mia, no almuerzo; vengo á decirte que no me esperes, porque un negocio urgente me llama al Ministerio.

—¡Qué fastidio! siempre los negocios te roban á nuestro cariño, esclamó con mimoso acento Emerenciana, acercándose á él como para hacerle una caricia.

Esta es la ley de la sociedad; el ódio en el corazon y la sonrisa en los lábios.

—Y qué quieres, es preciso consagrar nuestros desvelos á la patria.

—Pero comerás conmigo, y no faltarás esta noche; he invitado á unos cuantos amigos de confianza para tener el gusto de presentarles á nuestra querida prima; debemos ser los primeros en obsequiarla; ¡oh! y es finísima; ¿si vieras qué carta tan lisongera me ha escrito?.... Mírala, aquí la tengo; pero si estás de prisa, llévatela; ya la he contestado invitándola para esta noche.

—¡Oh! pero es necesario ir antes á verlos! esclamó Augusto.

—Yo no puedo, tengo quehacer muchos preparativos para esta noche; si tú fueras te lo agradeceria.

—Sí que iré; hace trece años que no los he visto, dijo Augusto muy preocupado.

Luego, despidiéndose de Paular y de Laurencio, besó á su esposa en la frente, y salió.

Bajó á sus habitaciones, pidió el almuerzo y salió despues al Ministerio; por la tarde se dirigió á casa de Angela.

Antes de referir la entrevista de los tios y el sobrino, volvamos á presenciar el almuerzo de Emerenciana.

Hallábase ésta vestida con mucha elegancia, sin que su traje estuviese recargado de adornos.

Manifestóse muy disgustada porque su marido fuese hombre tan importante, que apenas los negocios le permitian consagrar algunas horas á su familia.

Luego la conversacion recayó sobre la pri-

ma donna; nada tenia de particular, porque era la conversacion del dia.

—¿La vieron Vds. anoche? preguntó Emerenciana.

—¡Oh! señora, ¿qué persona decente no estaba anoche en el Real? contestó Laurencio.

—¿Y qué les ha parecido? ¿cómo hablan los periódicos? dijo la jóven.

—De una manera admirable; la ponen en las nubes, y lo merece, porque es una joya: yo la he llamado *genio de la armonía, musa del arte, célica diva*, qué sé yo cuántas cosas más; de seguro que mi gacetilla le gusta más que ninguna.

—Esa gacetilla vale lo menos una botonadura de brillantes: ¿eh, Laurencio? dijo sonriendo la jóven.

—No sé lo que valdrá, señora mia; yo hago justicia al mérito, nada más que justicia. Si esta noche la tenemos aquí, mañana pongo otra gacetilla que llevará por título *Dos hadas en un edem.*

—¡Já!.... ¡já!.... estos poetas de todo sacan

partido: y que va Vd. ha tener muchas ocasiones de lucir su ingenio esta noche: y Vd., señor de Paular, ¿qué nos cuenta de intrigas amorosas?

—Hoy tengo que saber el desenlace de una, pero magnífica, sorprendente.

—¡Ay! ¿me la contará Vd.?.... dijo la jóven.

—Sí, señora; quizá luego.

—Y ¿por qué no ahora?

—Seria capaz Laurencio de ponerla mañana en una gacetilla, porque estos poetas andan siempre á caza de novedades, y es un secreto.

—¡Ola! con que un secreto!.... ¿y se trata de alguna dama de nuestra aristocracia?

—De una marquesa que se ha enamorado violentamente..... pero ¡chist! ya se me escapaba, esclamó Paular interrumpiéndose.

—No importa, hombre, cuéntanoslo; yo te prometo guardar el secreto hasta que tú me permitas revelarlo, dijo Laurencio.

—Bien; pues contando con tu palabra lo diré: parece que una marquesa viuda, rica y hermosa se ha enamorado de un misántropo, de un

hombre muy raro, que hace ocho ó diez dias se presentó en Madrid y está deslumbrando á los cortesanos con su asombroso lujo. No le conoce Vd., señora; lleva los mejores trenes que se ostentan en la Castellana, y parece un rey por su fausto y por su boato.

—No sé de quién habla Vd.; hace un mes que no voy á la Castellana; siempre me lleva mi marido á la Casa de Campo, y he vivido aquí como en un desierto.

—Ya se vé, se ha negado Vd. constantemente á recibir á sus amigos, ¡qué ha de suceder! dijo Laurencio.

—¡Y qué quiere Vd., amigo mio! hay ciertas desgracias que nos dejan sin humor para nada, y yo he sufrido mucho, dijo Emerenciana suspirando.

—Cuando se sufre, se deben buscar los consuelos de la amistad, dijo Paular.

—Es verdad, pero prosiga Vd.

—Nadie conoce á ese potentado; se presenta solo en su coche, solo en el teatro en su palco, no tiene amigos, y hay quien asegura que es

un príncipe estranjero que viaja de incógnito.

—¿Si será un inglés que conocí anoche en el Real? dijo Emerenciana palideciendo.

—Allí estaba, solo en una platea, segun me dijeron, yo no le ví; iba vestido de negro con una riqueza fabulosa en brillantes.

—¡Oh! pues es el mismo: esta noche le tendremos aquí, y ahora mismo puedo darle algunos detalles interesantes.

—¡Oh, qué felicidad, señora! ¡Sí, ando recogiendo datos con un afan incansable! dijo Paular con alegría.

—Para llevárselos á la marquesita, eh?

—No sea Vd. maliciosa...

—Vamos, confiéselo Vd.: si no me callo.

—¡Ah! por piedad, hable, señora, hable, cuénteme todo lo que sepa, que yo no tengo secretos para Vd.

—Pues bien: ese inglés está enamorado de Angelina, de nuestra célebre prima donna.

—¡Oiga!... pues esa noticia es estupenda; de seguro le da un ataque de nervios á mi marquesa.....

—Pues añada Vd. que hace tres años la sigue por todo el mundo; anoche la arrojó este anillo atado con esta magnífica cadena á un ramillete, y esta mañana Angelina me ha enviado esas joyas para que se las entregue.

—¿Las rechaza?... luego no le ama, dijo Laurencio.

—Ignoro qué misterio se encierra aquí, y me alegraria en el alma conocer la vida y los secretos de esa mujer y de ese hombre.

—Pues confie Vd. en mí, que pronto lo descubriré, dijo Paular.

—Y en mí, que ando buscando anécdotas para mis gacetillas como un desesperado, dijo Laurencio.

—Preparen, pues, las carteras para esta noche, que algunas tendrán que apuntar, repuso Emerenciana levantándose, porque el almuerzo habia concluido.

Pasaron al gabinete azul, y se sentaron cerca de la chimenea.

—Hace un frio cruel, á pesar de que aun estamos en Octubre, dijo Laurencio.

—Cuando sopla el viento del Guadarrama nos helamos, añadió Paular.

—¡Oh! pues yo no tengo frio; lo que tengo es otra cosa, dijo Emerenciana.

—Veamos qué es, esclamaron los dos á un tiempo.

—Mucha curiosidad.

—¡Adios! ¿se le ha indigestado á Vd. el nombre de la marquesa? dijo Paular en tono de broma.

—Sí, señor, tengo ansiedad por saber quién es.

—Pues escúchelo Vd. al oido, no quiero que lo sepa Laurencio.

—Chico, á mí poco me importa, siempre que sea yo la segunda persona que lo sepa; estamos bien; eso sí, las primeras novedades las de mi gacetilla.

Paular habia murmurado un nombre al oido de Emerenciana; esta se echó á reir á carcajadas.

—¡Ba!... ¡si es una vieja!...

—Señora, por Dios, hágala Vd. mas favor, apenas tendrá cuarenta años.

—Linda edad para galanteos: ¡já! ¡já!... qué cosa mas graciosa.

Poco despues de esta conversacion, los dos amigos se despidieron de Emerenciana.

—Que recomiendo á Vd. mi encargo, les dijo esta despues de haberse despedido y cuando ya estaban cerca de la puerta.

—¿Cuál? dijeron ambos.

—Los datos biográficos de esos dos importantes personajes.

—¡Ah! sí; no lo olvidaremos, dijo Paular; y Vd. señora, no olvide á mi recomendado el que solicita un destino en Hacienda.

—Es verdad, hace mucho tiempo que dí esa nota al ministro, y no me ha contestado nada; esta noche se lo recordaré.

—Muchísimas gracias; á los piés de V. señora.

—Adios, hasta despues.

Emerenciana se hundió en una butaca poniendo los piés, calzados con lindos zapatos de terciopelo bordados de oro, en los morillos de la chimenea. Los dos amigos bajaron á la calle; en la escalera dijo Paular:

—Pues mira, si me consigue ese destino que acabo de recomendarla, me vale cuatro mil reales.

—Ahí es nada, chico, en los tiempos que corremos; y yo tendré algun regalillo por el bombo que la daré mañana en el periódico, sin contar con que me presente á su prima y tengamos otra mina que esplotar.

—Hijo, á vivir..... es necesario aplicarnos y economizar, que estamos gastando mucho dinero.

—Ya se ve; si hemos de tener buenas relaciones, es necesario presentarse como corresponde, añadió Laurencio.

—En este Madrid, las apariencias son todo; si llegásemos un dia en casa de la marquesa con el frac raido, el pantalon roto y el sombrero mugriento, los mismos criados nos echarian á la calle sin dejarnos pasar de la antesala; pero vamos dándonos importancia, vestidos siempre por el último figurin y hablando á los domésticos con altisonante tono, y en seguida nos anuncia, y haciendo mil cortesías nos deja pasar.

Entramos en el gabinete, y las mismas aristocráticas damas, prendadas de nuestra elegancia y de nuestra finura, dicen: «qué chicos tan guapos, qué inteligencia tienen, da gusto tratarlos, porque su ingénio y sus chistes siempre graciosos y oportunos, encantan.» Esta es la opinion de todas, sin que jamás se les ocurra pensar que la miseria se aloja en nuestro modesto cuarto, que no comemos á veces en veinticuatro horas, y que nos abruman con sus cuentas el sastre, el zapatero, la costurera y todo vicho viviente.

—¡Cosas del mundo, amigo mio!... pero ¡bah! ya entraremos en el goce de una gran fortuna.

Los dos amigos siguieron charlando largo rato; dejémosles para ir á buscar á nuestros antiguos y simpáticos personajes.

CAPÍTULO XIV.

Angela, que habia pasado la noche algo desazonada, se levantó tarde, y á instancias de su buena madre, que con su cariñosa solicitud entró á enterarse por sí misma del estado de su salud, y á llevarla varias cartas y tarjetas que aquella misma mañana se recibieron para ella, dormia en un precioso gabinete de columnas, con chimenea, que desde muy temprano estaba encendida, y balcones á la plazuela de Oriente.

La cama dorada y cubierta con magníficas colgaduras de encaje, ocupaba el centro de la alcoba. Cuando doña Margarita entró, Angela

estaba despierta, y reclinándose negligentemente en los almohadones, miraba al través de las colgaduras del balcon el color grís y nebuloso del cielo.

Estaba pálida, pero bellísima; su tez tan fina, que parecia de raso, se confundia con los encajes de las sábanas, y sus ojos, medio velados por la tristeza y el insomnio, tenian un brillo lánguido y seductor.

—¡Pero hija mia, dijo doña Margarita descorriendo las colgaduras de la cama, todavía estás sin almorzar, y son las doce...

—No pase Vd. pena por mí; á las ocho pedí café y no tengo necesidad.

—Creí que estarías enferma.

—¡Oh! no; he pasado muy bien la noche.

—Me alegro; yo tambien he dormido bien.

— ¿Y Ermelinda?

—Con su abuelo tan entretenida leyéndole los periódicos y esperando que bajes á almorzar.

—¿Y por qué no ha subido á darme los buenos dias con un beso?

—Temiendo incomodarte; me ha dicho que

si estás ya despierta la llame, y en seguida la tienes aquí, dijo doña Margarita.

—¡Oh! sí, que venga; pero no; voy á vestirme en un momento y bajaré á almorzar; no, quiero hacer esperar á papá, y sobre todo á Vd., que es capaz de sacrificarse por evitarme un disgusto.

—¿Y qué placer hay más grande para una madre que ver á sus hijos felices?... ¡Ojalá que mis atenciones y mi cariño fueran bastantes para tu felicidad!

Angela no respondió; pero ahogó un profundo suspiro, próximo á escaparse de su pecho, y miró á su madre con profunda ternura.

—Aquí tienes cartas, hija mia, dijo doña Margarita; una es de la mujer de Augusto, porque tiene su nombre en el sello.

—¿Sí? ¡á ver!... repuso con ansiedad.

—Tómalas; voy á que pongan el almuerzo; ¿con que bajarás en seguida, eh?

—Sí, señora; antes de cinco minutos.

Angela quedó embebida en la lectura de la carta; doña Margarita salió, y mandó á

las doncellas para que vistiesen á su señora.

La carta de Emerenciana estaba concebida en estos términos:

«Querida prima mia: Me preparaba á escribir á Vd. invitándola para mi recepcion de esta noche, cuando me entregan su, para mí satisfactoria y amable carta, juntamente con las alhajas que Sir Wiliams arrojó á Vd. anoche en un arranque de frenético entusiasmo. Desde luego tendria un placer en devolvérselas, si fuera amigo mio; pero ayer le conocí por primera vez y no tengo la suficiente confianza para humillarle, entregándole esas joyas que solo debe recibir de manos de Vd. Si tuviera Vd. la bondad de favorecerme esta noche asistiendo á esta pequeña reunion de amigos íntimos que tendré el gusto de presentarle, podria por sí misma satisfacer su deseo, porque Sir Jorge nos honrará tambien con su presencia. Guardo, pues, las joyas esperando que disponga lo que tenga por conveniente, y la reitero mi ardiente deseo de estrechar su mano, ofreciéndola de nuevo las seguridades de mi

admiracion, de mis simpatías y de mi cariño.

»Suya con el alma

EMERENCIANA DE SALCEDO.»

—¡Oh! ¿será verdad que no se conocian?.... murmuró Angelina; entonces no era plan convenido entre ellos el humillarme con las joyas y los jazmines; fué idea solo de ese aborrecido inglés, que debe tener el alma tan negra como una noche oscura.

Embebida en este pensamiento dobló la carta, y sin cuidarse de abrir las otras se levantó, haciendo que apresuradamente la vistieran sus doncellas.

En la más graciosa y encantadora negligé bajó á la habitacion de su padre. Llevaba á penas ceñida á su gracioso y flexible talle una bata blanca de raso, boatada con forros de color de rosa, abierta por delante y rodeadas de cisne las orillas, que se separaban redondeándose por abajo, y dejando ver la delantera de una primorosa enagua ricamente bordada y guarnecida de encajes y entredoses.

Sus negros y hermosos cabellos iban sencillamente recogidos en una preciosa y elegantísima gorra de mañana, cuyas largas caidas de encaje se anudaban debajo de la barba.

La primera doncella de Angela, al pasar por la antesala, dijo á los criados que estaban de servicio:

—Que no pase nadie al comedor, porque la señora acaba de bajar á almorzar.

Angela, sin que nadie la viese, bajó por la escalera secreta que comunicaba su alcoba con la de su madre. A pesar de que tardó muy poco en vestirse, era ya cerca de la una cuando se sentaron á la mesa.

Don Angel seguia en su estado de postracion; solo que en Madrid, y con las cariñosas atenciones de su hija, encontró más comodidad, pues Angela hizo que le construyesen un sillon giratorio, que con el auxilio de un ingenioso mecanismo podia manejar por sí solo. Con este regalo recibió el bondadoso anciano un placer inmenso, pues no solo recorria toda la casa, sino que acompañado de un criado salia todas las tardes á pa

seo, aprovechando las apacibles horas de sol.

Angela tuvo que referirle otra vez en la mesa todos los detalles de su *debut*, que le embelesaban, empeñándose, sin embargo de su estado, en asistir la segunda noche.

Aun estaban en el comedor, cuando un criado entró con una tarjeta y se la presentó á don Angel; este la leyó, y visiblemente conmovido, arrojó un grito de alegría, y girando su sillon hácia la puerta, esclamó:

—¡Hijo mio!.... ven; ¡corre á mis brazos!

Augusto, que estaba en la pieza inmediata, oyó en seguida al anciano, y se presentó en el comedor, encontrándose á poco ambos abrazados y llorando de emocion y de alegría.

Doña Margarita y Angela dieron un grito al reconocerle; la primera fué corriendo á estrecharle contra su pecho, y la segunda, apoyada en la mesa, se quedó inmóvil, temblorosa, con los ojos bajos y el corazon palpitante.

—¡Hijo mio! ¡mi querido Augusto! esclamaba doña Margarita; no esperábamos tan grata sorpresa.

—Si no te anuncias con la tarjeta, no te hubiera conocido; ¡estás hecho un viejo!.... ¡Eres desgraciado! añadió D. Angel.

Augusto sin contestar se adelantó á saludar á Angela, y sin atreverse á abrazarla, la tomó una mano, y esclamó con un acento lleno de infinita ternura:

—¡Prima mia!.... ¿Al cabo de tantos años no merezco tu perdon y tu aprecio?

Angela abriendo sus brazos, dijo llorando:

—¡Somos hermanos!.... y la voz de la sangre no puede ahogarse en el corazon.

Los dos primos confundieron sus lágrimas y sus sollozos, ¡ay! era el llanto del arrepentimiento; no adivinaron que sus almas eran gemelas, y desataron los lazos que debieron unir sus destinos para ser toda la vida infelices el uno y el otro.

Desde el comedor pasaron al gabinete de D. Angel; y allí, rodeando todos al anciano en franca y familiar union, empezaron las quejas y las confidencias, resultando que nunca habian dejado de amarse, y que eran la misma familia

unida y cariñosa del Cabañal de Valencia en tiempos más venturosos.

—¡Ojalá no me hubiese nunca separado de Vds!... esclamó Augusto con profunda tristeza.

—¡Bah! dejemos el pasado; seria vuestro destino, esclamó doña Margarita con su buen deseo de alejar la tristeza de los corazones de sus hijos, como se habia complacido en llamar siempre á los dos primos.

—¡No sabes cuánto te agradezco el que hayas venido á vernos!.... dijo D. Angel.

—Y yo le agradezco mucho más el que hayas venido solo, añadió doña Margarita con su natural franqueza.

—Es verdad; delante de su mujer no hubiéramos tenido tanta confianza, tanta espansion, dijo Angela; y yo se lo agradezco doblemente, porque así me evita la conmocion que no puede menos de sentirse al encontrarse, despues de trece años, por primera vez; y semejantes impresiones delante de personas estrañas son peligrosas.

—Por eso he venido; mi mujer, sin decirme

una palabra, ha preparado su recepcion para esta noche, y desea que Angela asista.

—¿Con que no te consulta? preguntó doña Margarita.

—¡Jamás, repuso Augusto suspirando! ¡Oh! ¡Soy lo más despreciado!....

—¡Infeliz!.... ¡Los dos por el mismo camino! dijo la anciana.

—¡Tampoco tú eres feliz! esclamó Augusto, dirigiéndose á su prima.

Esta no contestó; pero sus ojos se llenaron de lágrimas.

—En ese caso, tu mujer debe tener un carácter altivo y feroz, dijo D. Angel.

—Tiene un génio de Satanás, y yo no puedo ni quiero contrariarla, porque me arroja al rostro con insultante desden los beneficios que debo á su madre, y la posicion que hoy tengo debida á mi casamiento con ella.

—¡Qué alma tan menguada y tan miserable!.... esclamó Angela con indignacion.

—¿Y tus hijos?.... ¿cuántos tienes? preguntó doña Margarita.

—Dos: el mayor, Angel Augusto, tiene doce años, y es una criatura encantadora, llena de talento y de bondad.

—¿Le has puesto mi nombre? Eso me prueba que siempre nos has querido, dijo Don Angel.

—En el fondo de mi corazon no he podido dejar de amar nunca á los que fueron mis padres, y los protectores de mi desvalida orfandod. Mi niña, que va á cumplir cuatro años, se llama Margarita, y la pequeña, que ha muerto tan desgraciadamente, á pesar de hallarme en el estranjero cuando nació, mandé que la pusieran Angela.

A este recuerdo doloroso se alteró la voz de Augusto; Angela quiso distraerle, y llamando á Ermelinda, que se ocupaba en pintar un paisaje cerca de la reja, eslamó:

—¡Pues mira mi hija querida, que tendrá la misma edad que tu Angel Augusto!

—¡Que preciosa criatura!.... esclamó el jóven abrazándola con entusiasmo; soy tu tio, hija mia, la dijo, y no estrañarás que te bese.

—¡Oh! no; ya he visto la confianza con que le trataban mis abuelitos y mi mamá.

—¿Y por qué no has venido aquí con nosotros¿

—Por no interrumpirles; más ya he oido que tiene Vd. un niño y una niña; yo quisiera verlos, repuso la niña.

—¡Qué admirable discrecion!.... esclamó Augusto; sí, los verás; el niño sale mañana del colegio, y vendrá á pasar el dia contigo; ¿quieres?

—Con muchísimo gusto, si mamá y los abuelitos lo permiten.

—Ya lo creo, vida mia, esclamó Angela; no solo lo permitimos, sino que suplicamos á Augusto no olvide su promesa.

—A las diez estará aquí, lo prometo.

—Comerá y pasará el dia con nosotros, en lo que tendremos un placer vivísimo, dijo doña Margarita.

—¿Y piensas ir esta noche á casa? preguntó Augusto á Angela.

—¿Y cómo no? teniendo tu esposa un empeño tan grande, seria una falta de galantería im-

perdonable. Iré si Aquiles me acompaña; sin él no me presentaré en ninguna parte; es necesario guardar las apariencias, por las que solo juzga esa sociedad estúpida, que detesto más cada dia. Aunque llevemos el corazon envenenado, hay que demostrar la sonrisa en los labios.

Augusto contestó con un suspiro.

Las horas parecian minutos á la familia feliz, que de una manera providencial se veian reunidos despues de trece años. Muchos giros tomó su conversacion; de muchas cosas hablaron, y siempre en el terreno de la confidencia y del cariño; por último, Augusto se despidió para subir á visitar á Aquiles, invitándole para la recepcion de aquella noche, reparando así la falta de su mujer, que solo se acordó de Angela.

CAPITULO XV.

Emerenciana pidió la comida más temprano que de costumbre, y tuvo á varios amigos á su mesa. Eran personas de elevada categoría, bien relacionadas con Augusto, por lo cual este los acompañó tambien á comer; la conversacion giró sobre política, ancho campo al que la esposa del ministro era muy aficionada, sin embargo de que en aquel momento le preocupaba más la intriga.

Con el pretesto de que tenia que vestirse, los dejó muy pronto y pasó á su tocador.

Aun no habia salido de allí, cuando Jorge Willans se presentó en el salon, haciéndose anunciar al ministro.

Augusto salió inmediatamente, y le hizo pasar al gabinete Azul.

—Perdóneme Vd., dijo, que haya venido tan temprano; pero antes que la concurrencia poblase estos salones quise tener el gusto de conversar un ratito con Vd. y con su amable señora.

—Nosotros tenemos en ello un vivo placer.

—Y bien, parece que Angelina canta esta noche aquí, ¿no es verdad? por lo menos en la carta de invitacion habia una nota que así lo espresaba.

—Efectivamente, nos honrará con su presencia; más no sabemos si cantará.

—¿Vd. la conocia hace mucho tiempo? preguntó el inglés.

—Nos hemos criado juntos; sus padres ampararon mi orfandad, y viví con ellos en el Cabañal de Valencia, hasta que me vine á Madrid á concluir mi carrera, contestó Augusto.

—¡Oh! yo he admirado mucho aquella preciosa casa y aquella huerta donde Vd. y Angelina han pasado tantos años.

—Es bellísima, y guarda muchos recuerdos para mi corazon.

Al decir estas palabras Augusto, oyó el roce casi imperceptible de un vestido de seda detrás de un *portier* de damasco azul, que comunicaba con el tocador de Emerenciana.

—Y sobre todo, el último, el de la noche del naufragio, debe haber hecho en Vd. honda impresion, dijo el inglés clavando en Augusto una mirada investigadora y tenaz. Este se puso pálido; más dominándose, repuso con la mayor indiferencia:

—De esa noche no guardo ninguno, pues aunque tocamos en la playa de Valencia, tuve el disgusto de no ver á mis tios ni á mi prima, á causa de lo urgente que era mi llegada á esta córte.

—Pues yo tenia entendido lo contrario; fuimos á refugiarnos en su alquería, donde Vd. me dejó, sin hablarme, sin decirme su propósito, y sin saber yo á quién debia la vida. Aquella marcha repentina me hizo creer que Vd. huia de unos sitios que le debian ser queridos.

—¿Y Vd. pensó allí esto mismo?

—Sí, señor, contestó el inglés.

—Entonces debia Vd. saber mi nombre.

—Supe que era Vd. primo de Angela, y que á pesar de la tempestad y de lo avanzado de la noche tuvieron una entrevista en su pabellon.

—¿Y quién ha podido dar á Vd. semejantes detalles?.... esclamó Augusto aterrado.

—¿Luego es verdad?

—No, señor; quien tal haya dicho ha mentido como un bellaco. Náufragos y errantes, la tempestad nos arrojó á la playa; mi criado y yo conducimos á Vd. á la primera casa que nos ofreció hospitalidad, y allí le dejamos. Yo tenia prisa, y me vine sin esperar á más; la oscuridad de la noche me impidió reconocer el sitio en que me encontraba, y hasta este momento no he sabido que tan cerca estuve de mi familia, á la que hubiera visto sin duda, porque no tengo motivos para huir de ellos.

—Yo creia que como el casamiento de Vd. con Angelina se deshizo, y sus amores databan

de la infancia, no queria renovar dolorosos recuerdos.

—¡Muy enterado está Vd. en mis asuntos, señor de Willans!.... esclamó Augusto.

—La casualidad, amigo mio, puso en mis manos su secreto; pero perdóneme Vd. si he llegado á ofenderle; mi franqueza y el inmenso agradecimiento que le debo han inspirado en mi corazon hácia Vd. una amistad muy viva, muy entrañable; este sentimiento me ha hecho hablarle así, creyendo que su afecto correspondiese al mio; veo que Vd. se encierra en el terreno de la reserva y de la negativa, y como no tengo derecho para exigir de Vd. una confianza que no he sabido inspirarle, me acogeré tambien á la reserva y callaré, soy caballero.

—Yo no puedo confesar lo que nunca ha existido; aprecio á Vd. mucho; agradezco su amistad, y le correspondo con la mia sincera y leal.

—Como no puede haber lealtad entre dos amigos que se ocultan un secreto, yo quiero manifestar á Vd. todo lo que sé.

—Me alegraré mucho.

Una cabeza rubia avanzó algunas líneas entre el *portier*; indudablemente una persona estaba enterándose de la conversacion de los dos amigos.

—Yo quedé en la alquería de Angelina enfermo y débil. Allí estaba ella y sus padres; pero yo no los ví, á pesar de haber permanecido en su casa algun tiempo. Habité la casita del jardinero, y este, por entretener mi fastidio, me contó varias historias, entre ellas la muy desdichada de los amores de Vd. con Angelina.

—¿Y Pedro me conoció? yo apenas permanecí allí algunos instantes.

—Sin embargo, le reconoció perfectamente, y le vió dirigirse al pabellon donde Angelina le esperaba; Vd. saltó por la ventana, y por la misma ventana volvió á salir, alejándose á toda prisa.

—¡Oh, en eso ha mentido! yo no ví aquella noche á mi prima; ella ignoraba que yo estuviese en Valencia, porque desde hace trece años que nos separamos, no ha mediado entre nosotros la más mínima inteligencia.

Wilians al ver que Augusto se encerraba en la negativa, se encogió de hombros, y arrellanándose en el divan, esclamó con desden:

—Es Vd. muy dueño de afirmar ó negàr cuanto guste.

—¡Pero amigo mio!.....

—Nada, nada..... guarde Vd. sus secretos y variemos de conversacion; ¿cómo está la señora?

—Perfectamente, señor de Wilians; tengo un vivo placer en saludar á Vd., dijo la misma Emerenciana presentándose serena y majestuosa, aunque aterrando con los rayos de su mirada al ministro, que se habia levantado para cederla su asiento cerca de la chimenea.

Iba magníficamente vestida. Llevaba un traje de glasé color de boton de oro, guarnecido en la falda, en el escote y en las mangas cortas de encaje negro, dispuestos en caprichosas ondulaciones. En cada onda iba colocado un ramito de pensamientos con algunas hojas verdes, y gotas de rocío, lo que formaba un efecto encantador á los reflejos de las infinitas luces que alumbraban todos los aposentos. Tambien con-

tribuia mucho á realzar su elegancia y su belleza, el magnífico aderezo de perlas que la adornaba, luciendo en su cuello blanco y alabastrino un precioso collar, brazaletes, pendientes y alfiler, y algunos hilos que se entrelazaban artísticamente entre su perfumada y rubia cabellera.

Era una criatura encantadora con su sonrisa de ángel y su dulce fisonomía.

Nadie, al verla tan hechicera, hubiera adivinado que en tan bello cuerpo se encerrase un alma depravada y maligna.

Sir Jorge se levantó precipitadamente, saludándola con la mayor galantería.

—Si Vd. me permite, voy á dejarles por un momento, dijo Augusto; tengo algunos amigos que me esperan.....

—¡Oh! ¡sí, sí; es Vd. muy dueño!

Cuando Augusto salió, Emerenciana, sentándose en el mismo divan que ocupaba el inglés, le tendió ambas manos, y le dijo con la más encantadora coquetería:

—Yo admito la franca y leal amistad de Vd.. ya que mi marido la rehusa con su descon-

fianza. He adivinado en Vd. un alma muy generosa, muy grande, y quiero ser su amiga, su hermana, la confidente de todos sus secretos; en cambio, depositaré los mios en su noble pecho.

—¡Señora!.... esto será una felicidad para mí, esclamó el inglés, estrechando las manos de Emerenciana, y reparando quizás por primera vez en sus encantos y en su sonrisa celestial.

—He oido la conversacion de Vd. y de mi marido; se lo prevengo para que no me oculte nada de lo que voy á preguntarle.

—Lo siento mucho, y será inútil que Vd. me pregunte secretos que no me pertenecen.

—¿Me negará Vd. su confianza?

—En lo que á mí concierne, no, señora; pero los secretos de otros, siempre los respetaré.

—Entonces no estará Vd. dispuesto á confesarme que Augusto y Angelina se aman, que sus amores datan de la niñez, y que hoy, hallándose en la edad en que las pasiones adquieren todo su desarrollo, han reanudado sus relaciones y viven en mútua inteligencia.

—Eso yo no lo sé.

—Vamos, que acaba Vd. de decirlo no hace mucho.

—Habrá Vd. oido mal.

—Bien; esa reserva me prueba su delicadeza; llevaremos la conversacion á otro terreno y ya procuraré averiguar lo que haya en ese asunto. Desde luego, yo soy la víctima de ese amor fatal; porque mi marido no me ama, me desprecia por ella, me hace sufrir su desden y su abandono, y soy la más desgraciada de las mujeres.

Emerenciana, fingiendo con perfeccion el llanto y los sollozos del sentimiento, se llevó el pañuelo á los ojos y se abandonó á un desconsuelo desgarrador que parecia verdadero.

El inglés se vió en la precision de consolarla, estableciéndose entre ellos desde aquel momento una confianza íntima y cariñosa.

El ruido que se sentia en los salones inmediatos, anunció á Emerenciana que iban llenándose de gente; y comprendiendo que el deber la llamaba á hacer los honores de su casa, enjugó sus lágrimas, recogiendo en su corazon, como

un tesoro precioso, las dulces palabras del inglés, que condolido de ella, la consoló con las frases más afectuosas y lisonjeras.

—Despues hablaremos, le dijo; ahora voy al salon, tengo muchas cosas que contar á Vd., y guardo en esta cajita unas joyas que me han mandado entregarle.

Emerenciana la presentaba abierta á los asombrados ojos de sir Jorge.

—¡Mis joyas!.... esclamó; ¿y cómo están en su poder?

—Angelina las desprecia, y dice que solo admite obsequios de sus amigos, y Vd. no se cuenta en ese número.

—¡Oh! esclamó flemáticamente el inglés.

Aunque las emociones de su alma no aparecieron en su semblante, Emerenciana acababa de clavarle un puñal en medio del corazon.

—¡Vamos al salon! esclamó sonriendo; quiero que me presente Vd. á la aristocracia española; deseo ver si entre las damas madrileñas hay alguna que la iguale en belleza.

—Una encontrará Vd., le dijo Emerenciana.

—¿Quién es?

—Angelina.

—¡Bah! Esa brilla solo por el arte; Vd. tiene la hermosura de los encantos naturales y la belleza del alma.

—¡Lisonjero!....

Emerenciana temblaba de emocion, Jorge de rabia.

Ambos, cogidos del brazo, entraron en el salon, donde ya una escogida y brillante concurrencia admiraba á la célebre *prima donna*, que hablaba con Augusto en voz baja, cerca del piano. Emerenciana se estremeció.

CAPÍTULO XVI.

Sir Jorge habia visto á Angelina antes que Emerenciana; sintió en su brazo el temblor nervioso de la jóven, y comprendiendo la causa, la dijo:

—Valor, amiga mia; ¡qué importa que hablen, si hace trece años que no se han visto!....

Angela, apenas vió á Emerenciana, fué á tomar el brazo de Aquiles que estaba saludando á unas señoras, y se dirigió hácia ella. Jorge se separó para reunirse con Augusto, que á ruego suyo le fué presentando á varias señoras, de la grandeza unas, y otras que ocupaban esfera más modesta, pero bellas, elegantes y llenas de inteligencia y de atractivos.

—¡Cuán bellas son las españolas!.... repetia el inglés entusiasmado; no hay en ninguna parte tan hermosas mujeres como aquí.

Iba recorriendo el salon, sin perder por eso de vista el grupo que formaban Angelina y Emerenciana, rodeadas de algunas señoras que deseaban conocer y tratar á la célebre artista. Aquiles las dejó muy pronto solas; aprovechando aquel momento Laurencio y Paular para acercarse á saludar á Emerenciana, ésta los presentó á su prima, recomendándoselos como á unos amigos que apreciaba mucho.

Reunidas las dos jóvenes formaban un contraste singular. Angelina sobrepujaba en belleza y en elegancia á la esposa del ministro, siendo general el murmullo de admiracion que se estendia en torno suyo.

Llevaba un vestido de glasé lila claro, con olas de tul bullonado, formando túnica en la falda; cada bullon iba recogido con un ramito de violetas. Por el mismo órden iba adornado el cuerpo, cuyo escote muy bajo dejaba admirar una garganta torneada y perfecta, y un pecho

alabastrino. Lucia un rico aderezo de brillantes que despedian fulgurantes destellos. Su magnífica cabellera negra estaba dispuesta en ondulantes rizos, sujetos por agujas de brillantes, y entrelazados con violetas. La hermosura de Angela, su majestad y la inteligencia de su semblante eran admirables.

Emerenciana temblaba de coraje, viéndose oscurecida por ella, y oyendo por todas partes los elogios que la ensalzaban hasta las nubes. Luego su talento era maravilloso; poseia con perfeccion tres ó cuatro idiomas, y como en el salon habia muchos estranjeros, embajadores casi todos, con sus señoras, á cada uno le habló en el idioma de su país.

Sir Jorge, del brazo de Augusto, se acercó á saludarla, y le contestó en escelente inglés; se mostró bastante indiferente, por lo cual se retiraron, despues de haberla manifestado Augusto los deseos de toda la sociedad allí reunida, que la suplicaban cantase alguna cosa.

Angelina no se hizo de rogar; suplicó á Aquiles que la acompañase, y dirigiéndose am-

bos al piano, cantó unas canciones españolas, con tan infinita gracia, que arrebató todos los corazones, y produjo un entusiasmo frenético.

Sir Jorge, que no la habia oido cantar en español, se quedó absorto, olvidó por un momento su helada impasibilidad, y brilló en sus ojos un relámpago de amor.

A pesar de que rehusaba casi siempre acercarse á ella, temiendo su desden, esta vez no pudo resistir su deseo, y fué á felicitarla. Augusto tambien estaba á su lado, como encadenado por la mágia de su voz. Emerenciana la dirigió una mirada de odio.....

Estaba convulsa, rompiendo con las uñas los encajes de su pañuelo.

Dirigió una mirada al inglés, y á pesar de la máscara de hielo que ocultaba sus emociones, adivinó que su alma estaba llena de amor por aquella mujer que le despreciaba.

Miró á Augusto, y tambien leyó en sus ojos las emociones de su corazon.

Tendió la vista en torno suyo, y vió todos

los semblantes palpitando de emociones. La admiracion era general, inmensa.

—¡Oh! murmuró con rabia; esa mujer será mi pesadilla: la aborrezco, la odio; no puedo soportar su triunfo ni su insolente orgullo.

Cuando Angelina concluyó de cantar, el entusiasmo de la escogida concurrencia era frenético; muchas de las principales damas de la córte la ofrecieron su amistad, invitándola para banquetes y conciertos que deseaban dar en obsequio suyo. Para todas tuvo frases lisonjeras y atenciones galantes; su trato era finísimo, y su conversacion tan amena siempre como interesante.

Á ruego de algunas señoras cantó un ária de la *Traviata*, concluyendo de captarse la simpatía general, y haciéndose desde aquel momento la reina de la elegancia y del buen tono.

Paular y Laurencio no se apartaban de ella, acechando la ocasion de dirigirla alguna galantería, no pudiendo conseguirlo por las muchas personas de alta posicion que se disputaban el honor de conversar con ella.

Emerenciana concluyó de perder la paciencia, viéndose precisada á contemplar el triunfo de su rival; y deseando abreviar lo posible aquel martirio, dió órden de pasar al salon, donde estaba dispuesto un espléndido *buffet*, encargando á su marido que hiciese los honores, porque se sentia un poco indispuesta, y se retiraba á su gabinete.

—Acompáñeme Vd., amiga mia, dijo á Angelina, que se acercó con interés á preguntarle la causa de su indisposicion.

Se apoyó en su brazo, y ambas se dirigieron al gabinete Azul. El inglés no las perdia de vista.

Cuando entraron en el gabinete, Emerenciana se dejó caer en un divan. Un temblor nervioso recorria sus miembros, y sus pequeñísimos y blancos dientes chocaban con frecuencia.

—¿Se siente Vd. mal? la dijo Angelina sentándose en frente de ella. Llamaré para que venga un médico.

—¡Ah! ¡no se moleste Vd!.... suelo tener con frecuencia ataques nerviosos, que pasan muy pronto; aquí tengo mi remedio.

Diciendo esto, la jóven echó en un vaso de agua unas gotas de un licor rojizo que guardaba en un pequeñísimo frasco de cristal y lo bebió con ansia, quedando, al parecer, más tranquila.

Angela miraba con terror aquella movible fisonomía, que tan pronto espresaba el ódio como el cariño, la dulzura como la ira. Diferentes sentimientos se reflejaron en su rostro: era indudable que sufria mucho, que luchaba con horribles pensamientos.

La hermosa *prima-donna*, que tanto conocia las fibras sensibles de la mujer, comprendió que el amor propio de Emerenciana estaba herido, y quiso apelar á sus sentimientos de madre para acallar en aquel corazon orgulloso y vano la idea de su vanidad ofendida; por eso, cuando la vió un poco repuesta, rompió el forzado silencio que guardaban, diciendo:

—Me han dicho que tiene Vd. unos hijos muy hermosos, y deseo vivamente conocerlos.

—Por lo menos tienen la belleza del alma. Angel Augusto es muy bueno, y Margarita es un ángel.

—Permítame Vd. que no me marche sin darla un beso; dijo Angela, viendo que la fisonomía irónica y dura de Emerenciana se habia dulcificado algun tanto.

—Como Vd. guste; pero antes es necesario aprovechar un momento para que Vd. pueda entregar sus joyas á sir Jorge; aquí, en esta cajita las guardo.

—No hay necesidad de que yo le vea para esto; dijo Angela tomando la cajita y cerrándola; se la mandaré con un criado, y basta.

—Eso es muy espuesto, amiga mia, permítame Vd. que se lo diga; hay mucha maledicencia en la sociedad, y á un acto noble, de parte de Vd., pudieran darle interpretaciones distintas: nunca debe fiarse á criados lo que se pueda hacer por sí mismas.

—Bien, se las daré, aunque me cuesta mucha repugnancia; porque ese hombre me es antipático, su rostro revela un alma depravada.

Emerenciana se levantó.

—Voy á ver si no han acostado á Margarita para que pueda Vd. verla; de paso diré á sir

Jorge que le aguardo en el gabinete Azul, para que no crea estamos convenidas las dos; viene, Vd. le habla, y luego, sin que nadie la vea, se entra por esta puerta á reunirse conmigo en el cuarto de Margarita; esas dos puertas dan á los salones, que estarán llenos de gente.

—Pues en seguida voy á buscar á Vd.; no haré más que poner la caja en sus manos.

La puerta que señaló Emerenciana, y que comunicaba con las habitaciones de Margarita, estaba situada junto á la chimenea; las otras, una al frente y otra á un lado.

Emerenciana salió; en el primer salon encontró á Paular, y le dijo en voz baja:

—Mire Vd. el reloj, y si dentro de quince minutos no he salido al salon, diga Vd. que entren á buscarme al gabinete Azul, porque me encuentro enferma; voy á tomar un medicamento muy fuerte, que á veces me causa un efecto maravilloso, y otras me produce un largo desmayo; pero cuidado con alarmar á nadie antes de este tiempo.

—Mire Vd. antes lo que hace, señora, esclamó Paular.

—Descuide Vd., y obedézcame.

Paular se inclinó.

Emerenciana vió al inglés que salia del salon del *buffet*, y haciéndole un signo para que pasase al gabinete, se alejó con rapidez.

Jorge Willams se deslizó como una sombra, y entrando sin que nadie le viera en el aposento donde Angela le aguardaba, se detuvo detrás de la cortina á contemplar á la hermosa jóven que se habia quedado muy pensativa, con las manos cruzadas en la falda, y la cabeza lánguidamente caida sobre el pecho.

—¡Cuán bella es!.... murmuró sir Jorge, sin atreverse á dar un paso. Tiene el orgullo y la altivez de una reina, pero yo doblegaré su fiereza.

Dió unos cuantos pasos, y se colocó detrás del sillon que ocupaba la jóven. Esta no lo habia sentido, porque la muelle alfombra estinguió el ruido de sus pisadas; mas percibiendo un ligero movimiento en el sillon, se levantó, y, vol-

viéndose, se halló frente á frente con el inglés, que la miraba con adoracion, con éxtasis.

Angela se acercó á la puerta que comunicaba con las habitaciones de Margarita.

Los salones se iban poblando de la elegante multitud que salia del *buffet*; oíase en el gabinete el ruido de las personas que se paseaban, y el murmullo de las conversaciones.

Angela, temiendo la sorprendiesen con aquel hombre, puso una mano en la puerta, y con la otra le señaló la cajita, diciendo:

—Recoja Vd. sus joyas, caballero, y hágame el favor de no insultarme otra vez con ellas; sabe Vd. que las desprecio, como he despreciado su oro, y el criminal amor que me ofrecia.

Angela pugnaba por abrir la puerta, pero estaba cerrada por dentro, y eran inútiles sus esfuerzos.

—¡Ah señora!.... esclamó el inglés acercándose á ella; tenga Vd. piedad de un pobre loco, que ha enloquecido de amor, y concluirá por quitarse la vida si Vd. no se compadece de su dolor.

—Déjeme Vd. en paz, caballero; no quiero ni puedo escuchar sus galanterías: soy una mujer casada, y el honor de mi marido es antes que todo.

—Hace tres años que dia y noche la sigo por todo el mundo; hace tres años que estoy adorándola como á los ángeles del cielo, y daria por una palabra de amor que pronunciasen sus labios todas mis riquezas, mi vida entera..... daria..... ¡hasta mi alma!.... Piedad, señora; no lleve Vd. su crueldad hasta el estremo de hacerme cometer un crímen, porque estoy loco.....

Jorge, pálido, nervioso, y con los ojos encendidos por la fiebre, se habia acercado á la jóven hasta tocar casi sus vestidos; esta quiso retirarse pugnando en vano por abrir la puerta.

—¡Oh! ¡Soy perdida!.... murmuró comprendiendo que era víctima de una trama horrible.

—¡Una esperanza!..... ¡deme Vd. siquiera una esperanza para el porvenir..... y yo viviré, seré su esclavo, adoraré todos sus caprichos, la seguiré en silencio, adorándola como á una

divinidad, y déjeme amarla..... ¡déme fuerzas para vivir con una sola palabra de consuelo!

Angela, que habia caido abatida en un sillon, se levantó, y rechazándole con desprecio, le dijo:

—¡Silencio..... y lejos de mí!.... Su lenguaje me repugna tanto como su amor.

Jorge temblaba de ira; sin embargo, aun hizo el último esfuerzo, y arrodillándose á sus piés, volvió á murmurar con suplicante tono:

—¡Señora.... piedad..... Por última vez la ruego; mi amor es una de esas pasiones volcánicas que siempre concluyen con la muerte, y ya está llena la medida de mi sufrimiento.

—¡Levántese Vd., caballero, y déjeme salir, dijo Angela queriendo desprenderse de los brazos del inglés que la sujetaba por el vestido.

—¡Tengo amor y celos!..... esclamó él con voz ronca; celos horribles, porque Vd. ama á su primo; yo presencié la entrevista que tuvieron en el pabellon del Cabañal de Valencia la noche de la tempestad, y desde entonces le odio.....

—¡Es Vd. un infame!.... gritó indignada Angela.

—¡Cuidado, señora.... cou exaltar mis celos!

Se pintaba un desprecio tan marcado en el rostro de Angela, que Jorge tembló, y volviendo al terreno de la súplica, esclamó:

—¡Perdon!.... ¡perdóname, Angela mia!.... ¡Yo estoy loco!.... Y como si verdaderamente hubiera perdido la razon, rodeó con sus brazos la cintura de la jóven.

Detrás de las cortinas que cubrian las puertas del gabinete, habia varias personas que escucharon las últimas palabras del inglés; aquellas frases terribles que eran un delirio de su fantasía, hicieron una impresion fatal en el ánimo de las personas que la escucharon.

Aquiles, Augusto, Paular, Laurencio, y otras varias personas se precipitaron en el aposento; Angela, viéndose sorprendida de aquel modo, y sin poder arrancar de su cintura los brazos de hierro que la rodeaban, dió un grito agudo, y cayó desmayada sobre el hombro de Jorge, que la colocó amorosamente en un sillon.

—Caballero, mañana á las siete nos veremos tras de las tapias del Retiro, dijo Aquiles al oido del inglés, apretándole una mano hasta dejársela amoratada.

—¡Oh! dijo con mucha flema el inglés; si me inutiliza Vd. una mano, no podré manejar la pistola; con todo, eso no impedirá que mañana sepa todo Madrid que su esposa es mi querida.

—¡Infame!.... esclamaron á un tiempo Augusto y Aquiles, queriendo arrojarse sobre el inglés; pero este les detuvo con un signo, diciendo con la mayor frialdad á Augusto:

—¿Y Vd. no me desafia porque presencié su entrevista con Angelina en el pabellon del Cabañal de Valencia la noche de la tempestad?

Pálido Augusto, levantó el brazo para estampar una bofetada en el rostro del inglés; pero en aquel momento se abrió la puerta que estaba junto á la chimenea, y apareció Emerenciana con la niña en los brazos, interponiéndose entre ellos.

El gabinete estaba lleno de gente; varias

señoras se esforzaban en hacer que Angela recobrara el conocimiento.

Aquiles, al oir las palabras del inglés, se volvió con aire amenazador hácia Augusto:

—¡Ese hombre es un calumniador y un mal caballero! gritó el ministro indignado.

Estas palabras ya no las oyó sir Jorge, que, abriéndose paso por entre la multitud, salió del aposento, bajó con mucha calna á la calle, y, montando en su carruaje, desapareció.

—¿Qué ha ocurrido aquí?.... preguntó Emerenciana: salí por encargo de Angela á buscar la niña, porque deseaba conocerla; me he detenido solo un instante para tomar un medicamento que calmase la agitacion de mis nervios: vuelvo con la niña, y me encuentro esta escena indigna.

Un silencio sepulcral siguió á estas palabras, nadie la contestó; Augusto estaba aterrado sin atreverse á socorrer á la pobre Angela, que iba volviendo de su desmayo, y se agitaba en fuertes convulsiones.

Aquiles, con imperturbable calma, se habia

sentado delante de una mesa, y escribia una carta.

Emerenciana dió la niña á Augusto, y acercándose á Angelina empezó á prestarla sus socorros, haciendo que la trasladasen á la cama.

Los convidados, comprendiendo que su presencia allí era ya embarazosa, se fueron retirando poco á poco, comentando la aventura cada uno á su manera, pero todos haciendo trizas la inmaculada reputacion de Angela, desprestigiada ya para siempre, pues no era fácil probar su virtud y su inocencia á una sociedad que recoge la calumnia y la propala sin remordimiento, fiándose siempre de las apariencias engañosas.

La pobre Angela, que adivinó su desgracia en el momento de sentir el golpe, se aterró, faltándole las fuerzas para soportar aquella vergüenza y aquellas miradas de indignacion que no podrian menos de lanzarlas los que poco antes la ensalzaban como á una divinidad.

Aquiles se levantó, dió la carta cerrada á Emerenciana para que se la entregase á Angelina, y salió del aposento sombrío y cabizbajo.

Al amanecer recobró Angela el conocimiento, y se encontró al lado de su madre, que, dándole aquel fatal papel, la tendia los brazos para estrecharla en ellos con ternura.

Hé aquí el contenido de la carta.

«Señora: he vivido con Vd. mientras ha respetado mi honor; hoy, que su nombre y el mio se ven arrojados por el cieno, me alejo de su lado para no volver á verla jamás.

»Aquiles Florentini.»

¡Madre mia!... ¿Dónde estoy? ¿cómo me han conducido aquí? esclamó Angela, viéndose en su casa y en su propio lecho.

—No sé lo que te ha pasado en aquella casa infame, donde no fuiste con todo mi gusto: el hecho es que Augusto y otro caballero te trajeron de madrugada, entregándome esta carta de tu esposo.

—¿Pero Vd. no me rechaza, madre mia?.... ¿Vd. besa mi frente y estrecha mi cabeza contra su corazon?...

—¡Sí, hija mia!... esclamó la noble anciana, redoblando sus caricias; nadie como yo conoce

tu inocencia por más calumnias que arrojen sobre tu frente.

—Entonces soy feliz, aunque el mundo me rechaza porque halló abrigo en el pecho de la más santa de las mujeres, dijo Angela sentándose en la cama, y abriendo la carta que tenia en la mano.

Cuando la hubo leido, arrojó un grito, y cubriéndose la cara con las manos, murmuró entre sollozos:

—¡Abandonada!... ¡abandonada por ese hombre que en trece años no ha sabido comprenderme!....

Doña Margarita recogió la carta, la leyó tambien, y dijo:

—Esta accion es digna de un alma ruin y miserable; más no te importe, hija mia, vive tranquila con tus padres y con tu hija, que sabrán curar tus heridas con el bálsamo de su amor, y desprecia ese mundo que adula al poderoso aunque sea un villano, y calumnia á la inocencia.

Las nobles y consoladoras frases de la bue-

na anciana, calmaron algun tanto la agitacion de Angela, pero no pudieron aminorar su profundo dolor: se acosto nuevamente y empezó á delirar: una gran fiebre se declaró, y fué preciso llamar al médico.

Hé aquí lo que habia pasado en casa de Augusto.

Emerenciana mandó que trasladasen á Angela á la cama, dejándola entregada al cuídado de las doncellas, que acudieron á su llamamiento.

Cuando la multitud se dispersó y el gabinete se vió despejado, entró Augusto en la alcoba, vió que el desmayo de Angela se prolongaba demasiado, y no teniendo confianza en su mujer para encargarle la asistencia de la enferma, salió al salon en busca de alguna persona que la ayudase á trasladarla al carruaje; encontró á los dos inseparables Paular y Laurencio que se prestaron gustosísimos. Entre los tres la bajaron con mucho cuidado, colocándola en el carruaje y llevándola á su casa, sin que volviese de su desmayo.

Augusto, despues de haber dado algunas ligeras esplicaciones á su tia, volvió á su casa y buscó á Emerenciana. Empero, Emerenciana habia salido, á pesar de que eran las tres de la mañana. Preguntó á los criados, y le dijeron:

—Ha pedido el coche y ha salido, ignoramos la direccion que ha tomado.

Augusto, confuso y aterrado por los horribles acontecimientos de aquella noche, fué á encerrarse en su despacho, esperando la luz del nuevo dia para determinar.

CAPITULO XVII.

Jorge Willams habitaba una magnífica casa en la calle deAtocha: por una de las muchas escentricidades de su carácter, allí no habia ninguna mujer, todos eran hombres los que se consagraban á su servicio, y estranjeros que apenas entendian nuestro idioma.

Emerenciana conocia la casa; y apenas la concurrencia hubo desaparecido de sus salones, pidió el coche y se trasladó á la calle de Atocha, creyendo encontrar en su casa á Jorge Willams. Su desconsuelo fué inmenso al oir la negativa del portero, y mucho más cuando le oyó decir:

—El señor no suele venir hasta las seis ó las siete de la mañana.

—¡Qué contrariedad! esclamó Emerenciana desesperada, ¡y apenas son las cuatro!....

Su primer movimiento, siempre impremeditado como todas sus resoluciones, fué esperarle; luego reflexionó, y pensando que habia ido en su carruaje, lo cual haciéndola conocida podia comprometerla, se determinó á volver á su casa.

Augusto, que hacia largo rato la esperaba, apenas sintió el carruaje salió de sus habitaciones, y dándola el brazo para subir la escalera la acompañó hasta su dormitorio, que estaba inmediato al gabinete Azul. Cuando pasaron por este aposento, Augusto recogió las joyas del inglés, que aun permanecian en la cajita sobre el velador.

Emerenciana estaba impaciente, la presencia de su marido la contrariaba en estremo, mucho más porque presentia alguna escena desagradable.

En efecto, Augusto estaba desesperado, loco; en su casa se habia destrozado la reputacion de su inocente prima, se la habia privado por una

infamia del apoyo de su marido, y en tan inícua trama debia tener su mujer una parte muy activa.

Augusto se sentó. Emerenciana, comprendiendo por esto que estaria allí largo rato, entró en su tocador y empezó á desnudarse. Las doncellas la quitaron el rico trage que habia tenido aquella noche, y la pusieron por indicacion suya uno de merino negro.

El ministro, cuando la vió salir del tocador, hizo un signo á las doncellas para que se retirasen.

—¿Necesita alguna cosa la señora?: preguntaron.

—No; podeis acostaros, dijo Emerenciana.

Cuando quedaron solos, Emerenciana, que deseaba estar libre lo antes posible, fué la primera en romper el silencio.

—Supongo que tendrá Vd. alguna cosa que decirme cuando me dispensa la honra de visitarme en mi aposento.

—Sí, señora, contestó Augusto con irónico acento; deseo ante todo saber de dónde viene

Vd. á las cuatro de la mañana, y despues quiero que me dé cuenta detallada de la infamia que se ha cometido esta noche en su gabinete.

—Á lo primero contestaré á Vd. que, estando cuidadosa por la salud de mi amiga la señora de Mendoza, que se retiró un poco indispuesta, he ido á informarme de su estado.

—No ha sido en verdad muy conveniente la hora de la visita, y mucho menos con el traje que acaba de quitarse; más bien parece que un asunto urgente la obligó á salir con precipitacion.

—Esa es la verdad; créala, ó no la crea, estoy dispuesta á no dar más esplicaciones; contestó con áspero tono Emerenciana.

—Hasta aquí he tolerado sus estravagancias y sus caprichos porque no perjudicaban á su decoro de señora, pero advierto á Vd. que seré muy severo el dia en que Vd. falte á las consideraciones que debe á su nombre y al mio.

—¿Ha concluido Vd.?... Tengo necesidad de descansar, y su presencia me molesta, dijo Emerenciana con desden.

—Ahora me falta saber qué motivo ha tenido Vd. para deshonrar públicamente á una señora muy respetable y muy digna.

—¡Vaya la dignidad de las gentes de teatro! ¡Mujerzuelas sin vergüenza y sin honor!.... esclamó la jóven con desprecio.

Las mejillas de Augusto se enrojecieron.

—¡Señora!... esclamó con indignacion; el decoro de mi prima estaba limpio de toda mancha.

—Y esta noche le ha arrojado por el cieno, ¿no es eso? ¿Le ha quemado á Vd., que corresponda al fin á los amores del inglés?

—¡Mentira!.... La prueba de su desprecio son estas joyas que Vd. no ha querido entregarle por tender un lazo á la infeliz; pero que se las arrojaré al rostro envueltas en una bala.

—¿Tambien piensa Vd. batirse con él?....

—Me batiré.

—Con mucho calor ha tomado Vd. la defensa de su querida, y la de él, porque se conoce que á los dos complace á un tiempo.

—¡Señora!.... merece Vd. por su modo de pensar el más severo castigo.....

—¿Negará Vd. su entrevista con ella en el pabellon de la alquería....

—Lo negaré siempre.

—Pues Angela lo ha confesado esta noche, y esa negativa es una prueba de su culpabilidad; hace muchos años que existen esas relaciones, por cuya razon no halló eco mi ternura en el corazon del padre de mis hijos. Hoy, por mi desgracia, toman nuevo ardor esos amores indignos que no consentiré, que no puedo soportar, dijo Emerenciana con furibundo enojo.

—Angela es inocente, esclamó Augusto; si nos amamos algun dia, y el destino nos separó, hoy nos une solamente un afecto de hermanos. Ella, confiada en mi caballerosidad y en la delicadeza de Vd., vino á esta casa, donde ha encontrado su perdicion y su deshonra.

—Ella se lo ha buscado, complaciéndose en escuchar las galanterías de sir Jorge; ¿por qué no le arrojó sus joyas y echó á correr?

—Y por qué Vd. hizo que Paular entrase en su gabinete, seguido de algunas personas?

—Le dije que fuese al cuarto de la niña donde

yo estuve tomando un medicamento, que á veces ha solido producirme largos desmayos; Vd. lo sabe muy bien: él comprendió que en el gabinete Azul, y este fué el mal; por otra parte, yo no podia imaginar tan poca energía en Angela para que, si verdaderamente no le amaba, no hubiera rechazado con indignidad y altivez á sir Jorge.

—¿De manera que Vd. no ha tenido parte en esta infamia? dijo Augusto.

—No, señor; y está Vd. ofendiéndome al defender á esa mujer, interesándose por ella de la manera que lo hace.

—Es mi prima.

—Es su querida.

—¡Mentira! Tiene demasiada dignidad para descender á tan bajo papel.

—En fin, estoy dispuesta á cortar toda discusion y todo motivo de querella; por lo tanto, le declaro que si Angela no sale de Madrid antes de tres dias, saldré yo, y no nos volveremos á ver más.

—¿Me amenaza Vd. con una separacion? dijo Augusto.

—Sí, señor; ¡ó ella ó yo!

—Está bien, contestó Augusto levantándose, y saliendo con mucha calma del aposento.

Emerenciana cerró la puerta tras él, y volvió á su tocador, se puso un abrigo, y cubriendo su cabeza con un espeso velo de encaje, salió por una puerta de escape que comunicaba con los corredores donde tenian los criados sus habitaciones.

La casa estaba en un silencio profundo.

Al final del corredor, y despues de atravesar tres ó cuatro pasillos, habia una salida secreta que daba á una callejuela. Emerenciana se dirigió á ella, sacó una llave de su bolsillo, abrió, y se encontró en la calle, cerró por fuera, dirigiéndose apresuradamente hácia la calle de Atocha.

Era muy temprano; apenas empezaba á amanecer, y muy pocas personas transitaban por la calle.

Emerenciana se detuvo delante de la casa del inglés, admirándose al encontrar la puerta abierta y al portero paseándose por el portal.

—¿Está en casa el señor? preguntó con ansiedad la jóven.

—Toda la noche le estoy esperando, y todavía ño ha venido; contestó con mal humor el portero.

—¡Oh Dios mio!.... ¡y no vendrá!.... si son más de las seis; esclamó con angustia Emerenciana mirando la hora en su reloj.

El portero clavó con curiosidad una investigadora mirada en aquella señora vestida de negro, que llevaba un magnífico reloj guarnecido de brillantes.

—¿No tiene sir Jorge una persona de su familia, un amigo íntimo, ó un criado de su confianza á quien yo pueda revelar un secreto....?

—Si es cosa referente á mi amo, llamaré á su mayordomo, que le sirve desde que nació.

—¡Oh! ¡sí, sí! pero pronto, muy pronto; porque la vida de sir Jorge peligra; esclamó con ansiedad la jóven.

El portero agitó inmediatamente una campana, cuyo prolongado eco resonó en toda la casa.

Un criado apareció en lo alto de la escalera.

—Que baje Mr. Trinquet con urgencia, para un asunto importante del señor, gritó el portero: luego, dirigiéndose á Emerenciana que habia caido desfallecida en un banco del portal, la invitó á pasar á un saloncito del piso bajo, donde tenia las oficinas el mayordomo.

No tardó este en reunirse con ella; aunque acostumbrado á las estravagancias de su amo, aquella noche habia estado inquieto, y no se acostó, esperándole.

Era francés el mayordomo; porque la madre de sir Jorge era francesa, y fué con ella cuando se casó en Inglaterra; desde entonces servia en la casa; no se apartó jamás del jóven, y le queria como á un hijo.

Los demás criados eran ingleses, escepto el portero, y no comprendian el castellano; únicamente lo hablaba Mr. Trinquet, que lo aprendió por indicacion de su amo para poder ambos entenderse en este idioma.

Así fué que, acercándose á Emerenciana, la

preguntó con bastante claridad, aunque con marcado acento estranjero:

—Muy buenos dias, señora. ¿Vd. traerme noticias de mi querido señor?

—Vd. le quiere mucho, ¿no es verdad? dijo Emerenciana.

—¡Oh! muchísimo; le he mecido en mis brazos; su madre me le recomendó al morir, y yo daria mi vida por salvar la suya.

—En ese caso no hay que descuidarse; mande Vd. preparar un carruaje, y vamos á buscarle; no hay que perder un minuto.

El mismo Mr. Trinquet, aunque era viejo y achacoso, fué á cumplir esta órden, haciendo que en pocos minutos enganchasen dos magníficas yeguas á un ancho y cómodo carruaje.

Cuando estuvo en la puerta, avisó á Emerenciana, que le ocupó inmediatamente.

—¿Debo yo acompañar á Vd? preguntó el mayordomo?

—Sí, señor; suba Vd. y dé la órden de que recorran las tapias del Buen Retiro, empezando desde la puerta de Alcalá.

El mayordomo subió, y el carruaje partió á escape.

—¡Oh señora! dijo con tono suplicante el mayordomo; ¿no tendrá Vd. la bondad de decirme qué peligro amenaza á mi querido amo?

—Debia batirse á las siete de la mañana tras de las tapias del Buen Retiro.

—¡Qué desgracia....! entonces vamos á presenciar su duelo sin poder evitarlo; porque mi amo es muy escrupuloso en materias de honor, y no me perdonaria nunca el que me atreviese á mediar en sus asuntos.

—Yo lo evitaré; por fortuna creo que llegaremos á tiempo; pues apenas son las seis y cuarto. ¿Y no ha vuelto á casa en toda la noche?

—No señora; salió en la berlina serian las nueve, y no ha vuelto.

—¿Qué criados le acompañan?

—El cochero solo, que es inglés, y no entiende una palabra de castellano.

Emerenciana bajó la cabeza, y se quedó profundamente pensativa. Su inquietud era inmensa.

Desde que vió á sir Jorge, concibió por él

una pasion volcánica; y ciega, delirante, todo lo arrostraba por salvar su vida.

No vió que se esponia á perder su tranquilidad, su posicion y su decoro; medio loca de dolor y de angustia, solo tenia una idea fija; la de salvarle; un pensamiento, la de ser amada por él. Mucho la contrariaba el amor de Jorge por Angela; pero ella se decia:

—No es amor lo que siente por esa mujer; es ya empeño, es que su orgullo está ofendido; herida su dignidad por los muchos desprecios y el desden con que ha pagado su cariño, y quiere vengarse rindiéndola para abandonarla despues. ¡Oh! yo puedo inspirarle una pasion diferente que llene su corazon y sus sentidos; en mí solo verá abnegacion y sacrificios, porque le amo con toda la fuerza de mi alma; conozco que es mi primer amor, porque yo nunca he sentido lo que hoy siento.

En estos pensamientos abismada, no advirtió que estaban en la puerta de Alcalá, hasta que el carruaje se detuvo por una indicacion de Mr. Trinquet.

—¿Qué hay? esclamó alarmada Emerenciana.

—Allí está parada la berlina de mi amo; dijo el mayordomo haciendo seña al cochero para que se acercase, porque el carruaje estaba vacío.

—¿Dónde está milord? ¿cuánto tiempo hace que estás aquí? le preguntó en inglés.

—Vinimos á las cinco de la mañana; el amo me mandó esperarle aquí, y se marchó en otro coche con otros tres caballeros; despues, hará media hora ha pasado este coche cerca de aquí; el amo no iba en él; me hablaron, pero como no entiendo el castellano, no supe lo que me decian, y aquí estoy.....

—¡Somos perdidos! ¡llegamos tarde! esclamó el mayordomo en castellano.

—¡Oh! ¿Qué hay? ¿qué dice ese hombre?.... no entiendo una palabra de su maldita jerga, dijo Emerenciana desesperándose.

—Que el señor ya se ha batido, y han escapado sus contrarios; debe estar muerto, ó poco menos, tras esas tapias.

—¡Corramos....! corramos á salvarle..... quizás sea tiempo..... han adelantado la hora por temor quizás de ser interrumpidos.

Ambos carruajes, uno tras otro, corrieron por detrás de las tapias del Buen Retiro.

Emerenciana, en la agitacion en que se hallaba, y olvidándose de su incógnito, arrojó hácia atrás el velo, examinando con ansiedad todos los sitios del camino.

El mayordomo la contemplaba admirado. ¡Era tan hermosa!

Por fin, en un paraje solitario distinguieron un hombre tendido debajo de un árbol.

Era sir Jorge, que aun conservaba una pistola en la mano.

Emerenciana y Mr. Trinquet, saltaron del coche, dirigiéndose hácia él llenos de angustia.

CAPÍTULO XVIII.

Emerenciana no conoció el estado de su corazon hasta que vió á Jorge Williams en peligro de muerte.

Hallábase este acostado en su cama, media hora despues de la escena que hemos referido en el capítulo anterior. Pálido, sin movimiento, casi sin vida, conocíase solo que no habia dejado de existir por los débiles latidos de su corazon.

Emerenciana estaba allí á su lado, estrechándole una mano, y contando con ansiedad sus pulsaciones. Un olvido completo de sí misma la tenia clavada en aquel sitio; no pensaba en nada, ni en su posicion. ni en su marido, ni en

sus hijos; estaba su alma embargada completamente por un sentimiento que hasta entonces le habia sido desconocido. Tal era su ceguedad, que permaneció descubierta delante de los médicos que se encargaron de asistir al enfermo. Por fortuna eran estranjeros, amigos de Jorge, y nada tenia que temer. La miraron, sí, con mucha curiosidad; preguntaron á Mr. Trinquet, pero este se encogió de hombros, manifestando que no la conocia.

Jorge estuvo sin conocimiento mucho tiempo, y cuando empezó á dar algunas señales de vida, cayó en un delirio febril. Su estado era alarmante, porque tenia un balazo en el pecho; sin embargo, los médicos al retirarse, y viendo la indecible angustia de Emerenciana, declararon que se salvaria. Esto, que hizo renacer la esperanza en el corazon de la jóven, la devolvió en parte la razon, y acordándose, de su casa, manifestó á Mr. Trinquet que necesitaba marcharse, pero que volveria á pasar la noche á la cabecera del enfermo.

—¡Oh, sí! ¡Por piedad, señora, venga Vd.!

esclamó el anciano, mirándola como á un ángel salvador: venga Vd., porque en esta casa no hay ninguna mujer; y nosotros no entendemos estas cosas.

—Vendré entre ocho y nueve, y pasaré aquí la noche, si Vd. tiene el cuidado de aguardarme por una puerta secreta, y que nadie me conozca, que nadie absolutamente sepa mi presencia en esta casa; ni aun el mismo Jorge Williams cuando recobre la razon.

—¿Tampoco él?.... esclamó asombrado el mayordomo.

—Tampoco; debe ignorar siempre que yo le he salvado la vida y asistido en su enfermedad.

—Tendré un placer en obedecer á Vd., dijo Mr. Trinquet.

Emerenciana dejó preparados los medicamentos que habian recetado los facultativos, y, despues de haber tendido una última y triste mirada sobre el pálido rostro de sir Jorge, se envolvió cuidadosamente en su manto, y salió del aposento, encaminándose á la calle por una puerta secreta que le indicó el mayordomo.

Eran las once de la mañana.

Cuando llegó á su casa se vistió con esmero, y pidió el almuerzo; hizo llamar á su marido, y almorzaron sin dirigirse apenas la palabra: estuvieron ceremoniosos y finos.

Luego pasó al cuarto de la niña; pero no la vió porque habia salido á paseo con el aya y la doncella; estas tenian siempre un carruaje á su disposicion, y, consagradas esclusivamente al servicio de la niña, se marchaban con ella donde querian, sin cuidarse nunca de pedir permiso.

La tarde á que nos referimos hacia un frio horroroso: era á fines de Noviembre, y se anunciaba una gran nevada, segun el estado de la atmósfera.

Por la tarde Emerenciana recibió algunas visitas; en la comida tuvo algunos convidados, procurando, tanto ella como Augusto, disimular el cruel tormento que estaban sufriendo.

Angela continuaba enferma de bastante cuidado, y Augusto lo sabia, porque doña Margarita le mandó llamar para pedirle esplicaciones

sobre lo que habia pasado la noche anterior en su casa.

Por todos los círculos de la córte se propalaba la anécdota, contada de diferente manera por cada persona.

Se sabia que Aquiles habia marchado al estranjero, y se ignoraba el desafio, por la prontitud con que Jorge fué recogido y llevado á su casa.

Emerenciana y su esposo se separaron despues de comer, sin hablarse una palabra; aquella halló pretesto para retirarse fingiendo una indisposicion, que verdaderamente denunciaba su rostro, pálido y frio como el de una estátua de mármol.

Inquieta y agitadísima se marchó á casa de Jorge antes de las nueve. Fué en un carruaje de alquiler, que despidió en la calle de Atocha, entrándose por la callej uela donde estaba la puerta secreta, en la cual ya Mr. Trinquet la esperaba con impaciencia.

—¿Cómo está? le preguntó en seguida.

—Lo mismo; delirando.

—¿Han vuelto los médicos?

—Sí, señora; dan esperanzas de salvarle, y han dejado preparado lo que ha de tomar esta noche.

—¡Dios quiera que no se engañen!.... murmuró suspirando Emerenciana.

Allí pasó la noche, asistiéndole con el esmero más eficaz, adivinando con su instinto de mujer los mil detalles y pequeñeces que son necesarios para el alivio de un enfermo.

Dejémosla abismada en lo que juzgaba un deber de conciencia, porque así se lo dictaba su corazon, y veamos otras dos escenas que en la misma noche tenian lugar: una en casa de Augusto, otra en casa de Angela.

Doña Margarita no habia dejado ni un solo momento á su hija, que, abatida por una fiebre intensa, deliraba sin cesar, gimiendo y llorando con la amargura de un alma que se desgarra á impulsos de un dolor agudo y largo tiempo comprimido.

Sin poder la pobre anciana volverla á la razon, apeló al recurso de llamar á Augusto, cuyo

nombre adorado se escapaba con mucha frecuencia de los ardientes labios de Angelina.

Eran las doce de la noche cuando este llegó.

—¡Tia querida!.... esclamó poseido de una emocion profunda, ¡si yo nada puedo hacer, si somos muy desgraciados!....

—¡Oh! ¡salvámela!.... Tú puedes salvarla, hijo mio, porque mi Angela se muere!.... decia entre amargos sollozos la infeliz señora, arrastrándole al dormitorio de Angela, de donde acababan de salir dos ó tres médicos de los más famosos, declarando que no servia su ciencia para curar enfermedades del alma.

—¡Augusto!.... ¡Augusto!.... murmuraba con entrecortado acento la jóven, ¡yo quiero morir!... ¡Ah! ¡de qué me sirve la vida, si mi vida es un tormento!....

—¡Hija mia!.... ¡por piedad!.... ¡hija mia!.... ¡no hables de morir, cuando tienes una madre y una hija que te adóran!

—¿Quién habla de mi madre y de mi hija? ¿quién es el atrevido?

—Yo misma, tu madre; ¿no me conoces?

—¡Mentira!.... Mi madre y mi hija me desprecian, porque sobre ellas he arrojado la mancha de mi deshonra..... Hoy el mundo me señala con el dedo, me llamará infame, mujer abandonada por su marido; ¡ay! yo no puedo tolerar la mirada insultante de esas gentes que me asesinan. Yo lo merezco todo..... Es un castigo del cielo, porque nunca he podido arrancar de mi corazon el amor á mi primo; este amor que, lejos de rechazarle, guardo como un tesoro, como la única felicidad de mi triste y solitaria existencia.

Augusto, bebiendo con ánsia el amargo y al mismo tiempo delicioso néctar que esta confesion arrancada al delirio, vertia en su alma, dobló la cabeza, escondió el rostro entre los almohadones de la cama, y oprimiéndose el corazon con ambas manos, permaneció mucho tiempo abismado en su dolor.

Doña Margarita, de pié, inmóvil, pálida y aterrada, contemplaba á las dos víctimas de una ceguedad, de un error, de un momento de estravío. Sus almas eran gemelas, sus corazones es-

taban unidos por un lazo eterno y simpático, y sin embargo las ilusiones de la juventud, que ciegan la razon, los hicieron separarse, desconociendo qne sus destinos estaban enlazados, y que si rompian aquellos lazos no hallarian nunca la felicidad.

Ángela continuó sin conocimiento toda la noche; ni reconocia la voz de Augusto ni la de su madre.

—Tia mia, dijo Augusto; no puedo permanecer aquí, porque me pierdo y la pierdo; una separacion será lo único que pueda en parte atajar el mal que es ya irremediable.

—¡Me abandonas!..... decia la anciana con dolor.

—Volveré sí, volveré; pero no me pida Vd. que la vea ni la hable, esclamó Augusto saliendo del aposento.

Eran ya las siete de la mañana. Cuando llegó á su casa acababa de entrar en ella Emerenciana.

Á uno y á otro les dijeron inmediatamente los criados que la niña estaba muy mala.

—¿Está su madre con ella? esclamó Augusto.

—¡No, señor! dijo temblando el mayordomo.

—¿Y por qué no la han avisado? esta es una falta imperdonable que castigaré severamente, gritó Augusto.

—Es que la señora no ha pasado la noche en casa, dijo el mayordomo.

—¿Cómo que no?..... ¡está Vd. loco!..... esclamó Augusto corriendo desalentado hácia el cuarto de la pequeña Margarita.

En el mismo momento Emerenciana decia á su doncella que le daba la fatal noticia:

—¿Y por qué no se ha llamado á su padre?

—El señor no ha pasado la noche en casa.

—¿Y sabes tú dónde ha ido? preguntó con ansiedad.

—Segun me ha dicho su ayuda de cámara, á las doce vinieron á decirle que la señora de Florentini estaba muy mala; se marchó precipitadamente y no ha vuelto todavía.

—¡Ah!..... ¡sí! ¡hace bien!..... murmuró con voz sorda Emerenciana; él pasa la noche con su

querida y yo!..... ¡oh!..... qué venganza tan hermosa!.....

Una risa de satánico triunfo se pintó en los lábios de la jóven; y sin quitarse el espeso velo que la envolvia casi por completo, se dirigió al cuarto de su hija.

Los dos esposos se encontraron frente á frente. Ambos levantaron la cabeza con arrogancia y la bajaron despues con desdeñoso desprecio; se odiaban, mucho más cuando iba á romper la muerte uno de los lazos que los unian.

Margarita estaba moribunda; desde el dia anterior tenia esa enfermedad cruel que diezma tantas inocentes criaturas, el sarampion. A pesar de esto, el aya la sacó á paseo con un frio horrible, sin ver las manchas que aparecian ya en su delicado cútis.

El instinto previsor de una madre no hubiera dejado de adivinar la enfermedad de su hija desde el primer momento. ¡Pobre niña!

Ambos esposos olvidaron sus resentimientos ante el peligro de su hija, lanzáronse hácia su lecho, comprendiendo á la primera mirada que

no tenia remedio, porque la muerte se pintaba ya en aquel rostro angelical.

—Está muy mala, ¿no es verdad? preguntó Augusto al médico que estaba á la cabecera de la cama.

—Mucho: contestó con gravedad el doctor.

—¿Y no hay esperanza de salvarla? repitió el infeliz padre.

—Ninguna, caballero; han acudido demasiado tarde, la niña ya estaba enferma ayer, y el sarampion habia empezado á brotar con gran fuerza; pero la sacaron á paseo con una tarde horrible de frio, y volvió ya á casa con la muerte en el rostro.

—¡Oh! ¡qué imprudencia! ¿y dónde estaba su madre para precaver estos males?.... gritó Augusto dirigiéndose con furor á su mujer; ¿y dónde ha estado toda la noche para no acudir á donde el deber la llamaba?....

—He estado contemplando como pasaba Vd. la noche en casa de su querida, la señora.....

—¡Imprudente!.... ¡calla, ó no respondo de mí!.... dijo Augusto interrumpiéndola!

Augusto estaba loco; ella impasible y fria; pero torturado el corazon por un dolor sin medida.

Muchos de sus amigos acudieron al saber el peligro en que se hallaba la pobre criatura. Todos unieron sus esfuerzos para salvarla; la visitaron los mejores facultativos de Madrid, inútilmente. Falleció en el mismo dia.

Emerenciana contempló la agonía de su hija hasta el último momento; despues, con el alma desgarrada, pero sin verter una lágrima, fué á encerrarse en su cuarto, donde permaneció hasta las doce de la noche sin querer recibir á nadie.

Su doncella entró, y viéndola inmóvil, con los ojos secos y la vista estraviada, se atrevió á indicarla que quizás viendo y abrazando al único hijo que la quedaba podria arrancar el llanto á su corazon, desahogando con eso su amargo dolor.

Pareció agradarle la idea, y esclamó con viveza:

—Sí, sí; ve; dí á mi esposo que quiero ver á mi hijo.

La doncella bajó á las habitaciones de Augusto, espuso los deseos de Emerenciana, y la contestó el irritado padre:

—Diga Vd. á la señora, que su hijo ha partido para un colegio de Alemania.

Esta contestacion hizo bajar la cabeza á Emerenciana, brilló en sus ojos una mirada de furor, y levantándose con sombría calma se puso á escribir la siguiente carta á su esposo:

«La madre sin hijo, la esposa sin esposo, y la mujer herida en su amor propio y en todas sus afecciones, no puede habitar la casa del esposo que la abandona, ni la del caballero que la ofende.

»Adios, pues; quizá no nos volvamos á ver sino en el cielo.

EMERENCIANA PUERTO GUERRERO.»

En seguida recogió sus alhajas, varios papeles de importancia, y saliendo por la puerta secreta se dirigió á casa de Jorge.

CAPÍTULO XIX.

Mr. Trinquet esperaba con impaciencia á Emerenciana; apenas se presentó ésta, esclamó con alegría:

—¡Gracias á Dios!.... por fin, señora, se digna Vd. venir; ¡ah! ¡y cuánta falta nos ha hecho!....

—¿Pues que hay? ¿está peor?

—Ha sufrido un furioso acceso de delirio y nos hemos visto negros para poder sujetarle.

—¿Y se le han dado los medicamentos que quedaron preparados?

—Se ha negado rotundamente á recibir nada de nuestras manos, por eso anhelaba la vuelta de Vd.

—Bien, ya estoy aquí y no le abandonaré un momento hasta que esté fuera de peligro; pero conviene para su tranquilidad y la mia que se cierre la puerta principal de esta casa y se haga creer á todo el mundo, estendiendo la noticia por conducto de los periódicos, que sir Jorge Willans ha salido esta noche para Inglaterra, ¿comprende Vd.? Esto es urgente porque se sabe su desafío, tiene muchos enemigos y sufrirá graves perjuicios si permanece en Madrid. Cuando esté bueno partirá de incógnito.

—Haré inmediatamente lo que Vd. me manda; ¿y cómo no obedecerla si es Vd. el ángel salvador de mi querido señor?....

Mr. Trinquet enjugó una lágrima que arrancó á su lealtad el solo anuncio de los peligros que amenazaban á su amo. Despues condujo á Emerenciana á la alcoba del enfermo, y en seguida se puso á redactar los sueltos que debian aparecer al dia siguiente en los periódicos de la corte.

Jorge efectivamente se hallaba poseido de un delirio funesto; su imaginacion acalorada le

presentaba de contínuo la fascinadora imágen de Angelina, aquella mujer á quien hacia tres años adoraba con locura, á la que rendia un culto en el fondo de su corazon.

—¡Oh! ¡nunca será mia! ¡nunca me amará! ¡hoy que me desprecia..... menos conseguiré su amor..... yo quiero morir..... la muerte es mi único remedio..... sin Angela la vida me es odiosa!....

Emerenciana, con la frente abatida por el dolor y las manos cruzadas sobre el pecho, escuchaba de los labios de Jorge esta confesion, que desgarraba una por una todas las fibras de su alma.

—¡Ah! ¡ella amaba con el mismo fuego, ella sentia idénticos tormentos, porque se abrasaba en un amor sin esperanza.

La exaltacion crecia en el enfermo de tal modo, que dos ó tres veces pretendió arrancarse los vendajes. Emerenciana le contuvo con sus manos, y con la dulzura de su voz, que impregnada de suave melancolía, murmuraba á su oido:

—Por piedad Jorge!..... ¡por piedad!.... mucha calma, tenga Vd. mucha calma y mucha resignacion para curarse y para merecer el amor de esa mujer á quien adora.

—¿Quién eres tú que me hablas de *ella?* ¿la conoces? ¿verdad que reune todas las gracias de los serafines?....

—Soy tu amiga, tu hermana, que viene á consolarte; pero es preciso que tomes este medicamento.

—¡Oh! ¡nunca!.... decia retirando con suavidad el vaso que Emerenciana le presentaba.

—¡Angela lo quiere!.... murmuró débilmente la jóven dejando escapar un gemido de su pecho.

—Entonces dame, dijo Jorge, tomando el vaso y apurando con ánsia su contenido.

—¡Qué milagro! hace muchas horas que estamos trabajando por obligarle á tomar esa bebida sin que hayamos podido conseguirlo, dijo Mr. Trinquet que entraba en la alcoba en aquel momento.

—El nombre de Angela es para él un talisman precioso, esclamó Emerenciana arrojando

á un lado su manto y sentándose á la cabecera de la cama donde se proponia pasar la noche.

Jorge no volvió á pronunciar palabra; la medicina comenzaba á producir efecto, y le hizo quedar aletargado por espacio de muchas horas.

Aprovechemos, lectoras mias, este momento para trasladarnos á casa de Angelina, echando primero una rápida ojeada por la habitacion de Augusto.

Despues de una noche de tormentos horribles, el infeliz jóven se levantó dominado por una idea; la de hacer dimision del alto cargo que desempeñaba, fundándola en el mal estado de su salud. La llevó á cabo inmediatamente, empezando á poner sus papeles en órden y disponiendo lo necesario para retirarse á la vida privada en una de sus posesiones. Cuando todo lo tuvo arreglado escribió una carta á su mujer participándola su resolucion.

El criado á quien la entregó para que la llevase volvió diciendo que la señora tenia su habitacion cerrada, y que no contestaba por más

que las doncellas habian llamado repetidas veces. En esto llegó Angel Augusto, que estando un poco delicado dispuso el director del colegio le llevasen á su casa.

—¿Cómo te vienes, hijo mio?.... ¿qué te ha sucedido? esclamó Augusto alarmado al ver á su hijo.

—Papá, tengo desde ayer fuertes dolores de cabeza y he suplicado que me dejasen venir cerca de tí, porque deseaba mucho verte.

—¡Alma mia!.... murmuró el pobre padre transido de dolor por el recuerdo de su desgracia, y concentrando en el único hijo que le quedaba toda la ternura de su corazon.

No queriendo que el niño se enterase repentinamente de la desgracia ocurrida en la casa, le hizo pasar á un gabinete, prohibiéndole salir de allí hasta que le viese el médico, á quien mandó llamar en seguida.

Luego subió á las habitaciones de su esposa, siendo tambien inútiles sus repetidos llamamientos, porque nadie contestó.

—¡Abajo la puerta! dijo á varios criados que

apoyando sus robustos hombros hicieron saltar la cerradura.

Augusto entró solo; recorrió el aposento y el dormitorio, sin encontrar á su mujer. La cama estaba intacta, indudablemente Emerenciana no se habia acostado allí. Se dirigió á una mesita que la servia de escritorio y encontró la carta que ya conocen nuestros lectores por haberla visto en el final del capítulo anterior.

Un efecto espantoso causó en el ánimo del pobre Augusto la lectura de aquella carta fatal. Cayó anonadado sobre una silla, no pudiendo en mucho tiempo darse cuenta de lo que le pasaba. Unicamente el recuerdo de su hijo le hizo volver en sí; anunciáronle que el médico le esperaba, y bajó despues de haber dicho á los criados:

—La señora se ha retirado á ocultar su profundo dolor en una de nuestras posesiones, donde yo iré á reunirme con ella; esta casa quedará cerrada y despedida toda nuestra servidumbre.

Una palidez mortal cubria el rostro de Au-

gusto cuando entró en el gabinete donde se hallaban su hijo y el doctor; éste se asustó adivinando que alguna tormenta moral estallaba en su corazon; sin embargo, se contentó con preguntarle sencillamente:

—¿Está Vd. enfermo?

—No, doctor; le llamaba á Vd. para mi niño, yo estoy bien.

Estas palabras eran un sarcasmo, porque su rostro denotaba un malestar profundo; pero el médico no insistió, y se puso á examinar al hermoso niño.

—Esto no es nada; un ligero constipado, que si se le cuida se corregirá al momento, dijo el doctor.

—El caso es que mi casa quedará cerrada hoy; vamos á trasladarnos á una de mis posesiones, para donde mi esposa ha partido ya.

—No importa; puede ir muy bien abrigado, precisamente el dia está magnífico.

—Gracias, doctor; ¿entonces nada tengo que temer por su salud?

—No, señor; es un leve resfriado.

El médico se despidió á poco, y Augusto dió al mayordomo las órdenes necesarias para que en breve tiempo se vendiesen todos los muebles y efectos de la casa; pidió el coche, y salió con el niño, dirigiéndose primeramente á casa de Jorge. Todas las ventanas estaban herméticamente cerradas, y la puerta principal tambien. El lacayo llamó muchas veces, y por fin, despues de largo rato salió el soñoliento conserje con muy mal humor.

—¿Quién llama? preguntó abriendo un postigo.

—¿No está el señor? dijo el lacayo.

—Mi amo se marchó anoche á Inglaterra; yo solo he quedado en la casa, dijo el conserje.

Augusto habia oido perfectamente esta contestacion y no tuvo necesidad de que se la repitiese el criado.

Desde allí se dirigió á casa de Angela.

Eran cerca de las dos de la tarde; se hizo anunciar, y apenas doña Margarita escuchó su nombre salió á recibirle con la alegría pintada en el semblante.

—¡Oh! ¡ya está mejor, gracias á Dios!.... El delirio ha cesado y duerme tranquila; ¿pero qué es eso, hijo mio? tú tienes en el rostro la palidez de la muerte; perdona mis arrebatos de madre, que al anunciarte la mejoría de mi hija no he visto que tú padecias.

—¡Tia de mi alma!.... ¡soy muy desgraciado!....

—¿Qué te sucede?

—Nada; esta carta demostrará á Vd. el motivo que me trae aquí. Vengo á traerles mi hijo para que me le cuiden, porque voy á emprender un largo viaje.

—¿Dónde está el niño?

—Se ha quedado en ese gabinete con Ermelinda.

—¿Y esta carta de quién es?

—Léala Vd.

Doña Margarita la leyó.

—¡Tambien á tí te abandona tu mujer!.... esclamó la noble anciana. ¡Ah! ¡vuestra suerte debia ser igual!....

—Jorge Willans ha partido anoche para In-

glaterra y ella ha desaparecido al propio tiempo de mi casa. ¡Quién sabe si irán juntos! Ese hombre tiene celos del amor que Angela me profesa, y se ha propuesto herirme en medio del corazon; pero yo sabré encontrarle aunque se meta en las entrañas de la tierra. Ayer murió mi niña.....

—Ya lo sé; no me digas nada.

—Solo me queda ese hijo que les entrego para que, apartándole del camino que yo he seguido, labren su felicidad. ¡Quién sabe si nos volveremos á ver!....

Augusto, medio sofocado por la emocion, abrazó á su tia, y se despidió con lágrimas en los ojos sin tener valor para despedirse de Angela ni de su tio. Tampoco quiso ver al niño, á quien habia besado ya repetidas veces al dejarle con Ermelinda.

El resto de la tarde lo pasó en averiguar la ruta que habia tomado Jorge; y no pudiéndolo conseguir, decidió marcharse á París, para donde partió en la misma noche, despues de dejar sus asuntos arreglados.

Angela estaba mejor, segun habia dicho doña Margarita; un sueño apacible y benéfico calmó la efervescencia de su espíritu; cuando despertó estaba resignada, llamó á su madre y la dijo:

—Madre mia, ¿es verdad que al verme abandonada de mi marido no desmerezco en el concepto de Vd.? ¿Me ama siempre de igual modo?

—¿Y por qué no? ¿tú has tenido la culpa de que la suerte te sea contraria? El mal está en equivocar la primera senda que nos conduce á la felicidad ó á la desgracia; tú la equivocaste alucinada por un delirio funesto que ofuscó tu entendimiento y tus sentidos, y ya no te queda otro remedio que aceptar la suerte conforme te la ofrece el Señor.

—¿Y pensará el mundo como Vd.?

—¿Qué te importa ese mundo ignorante y necio que solo juzga por las apariencias?

—Verdaderamente, nada me importa, porque le dejaré muy pronto; quiero ver si mi fortuna es suficiente para el bienestar de mi hija, y en este caso me retiro del teatro, refugiándome

con Vds. y con ella en nuestra alquería del Cabañal.

—Es un plan que apruebo con todo mi corazon, mucho más hoy que tenemos un hijo más á que atender.

—¿Un hijo más?....

—Sí; Angel Augusto.

—¿Pues cómo? ¿y sus padres? esclamó Angela sentándose en la cama con precipitacion.

Doña Margarita la refirió los tristes acontecimientos de casa de Augusto, y por último la resolucion de éste.

—¡Con qué ha partido!.... murmuró con dolorosa tristeza la jóven.

—Sí, hija mia, y ha sido el mejor acuerdo que podia tomar.

—Ciertamente; solo una separacion eterna podia cortar este mal profundo que va echando raices en nuestro corazon.

Angela se quedó abismada largo rato en melancólicas reflexiones, en las que venceria sin duda su buen juicio, porque levantando la cabeza al cabo de un rato, dijo con tono de dul-

ce resignacion y de admirable mansedumbre.

—Llame Vd. á los niños, madre mia, ellos serán mi consuelo.

—¿Te sientes mejor?

—Mucho mejor; conozco que la felicidad en el mundo es una quimera, porque consiste en anhelar lo mismo que despreciamos ayer; siempre deseamos lo que no tenemos, y yo quiero probar á ser feliz con las caricias de esos dos ángeles y con el amor de mis queridos padres.

—Esa hija mia, esa es la dicha más verdadera, la que nace del corazon, la que brota del purísimo afecto de la familia. Por eso los matrimonios que no se hacen llevados de un recíproco y mútuo amor no son felices, ni pueden serlo jamás, porque solo el amor equilibra la armonía, identifica las ideas y los instintos, y establece la concordia y la union; sin el amor entra la discordancia, porque cada cual piensa de distinta manera, cada cual siente de diferente modo; apoderándose el desacuerdo de los esposos, que empiezan á aflojar moralmente los

lazos con que los unió la Iglesia, y que se convierten para ellos en pesadas cadenas.

—Eso mismo me decia Vd. antes de casarme y no la escuché; ahora conozco la razon que encierran sus reflexiones, porque la esperiencia me las ha demostrado. ¡Ah! ¡bien cara voy á pagar mi ceguedad!

—El que no acierta en casarse no acierta en nada, dice un adagio español, repuso la anciana.

—¡Y cuán verdadero es!.... añadió Angela alzando los ojos al cielo como buscando en Dios la esperanza que ya no encontraba en la tierra.

No queriendo doña Margarita que la melancolía se apoderase de su hija salió á buscar á los niños.

—¿Qué haciais, hijos mios? les preguntó Angela abrazándolos con ternura.

—Viendo todos mis dibujos y mis pinturas á la aguada, que le gustan mucho á mi primo, se apresuró á decir Ermelinda.

—¿Eres tú aficionado á la pintura?

—Mucho, contestó Angel Augusto, y todavía

no he empezado á aprender; pero Ermelinda me dará lecciones, así me lo ha prometido.

—Me alegro que desde primera vista se apodere ya de vosotros una mútua simpatía; sois primos, y en adelante vais á vivir juntos, formando mi encanto y el de los abuelitos.

—¿Y nos iremos al Cabañal?

—En cuanto termine mi contrata en el Real, dijo Angela.

—¡Oh! ¡qué felicidad!.... esclamaron los dos niños alborozados; no hay nada más venturoso que vivir junto al mar, en aquellos estensos bosques de naranjos y limoneros.

El deseo de estos dos ángeles era el primer sueño de felicidad que les sonreia.

CAPÍTULO XX.

Algunas semanas habian pasado desde que Augusto huyó de Madrid con la desesperacion en el alma, y temiendo que se divulgase la noticia de su deshonra. No le quedaba duda de que su mujer habia huido con el inglés, porque uno de los criados que observó las nocturnas salidas de la señora y la fué siguiendo, se lo confesó, con la esperanza de ver premiado su celo; y en efecto, Augusto se le llevó con él á Francia, más bien por el temor de que contase lo que sabia que por recompensarle un espionage que merecia el más severo castigo.

El tiempo estaba crudísimo, nevando continuamente y con un frio horroroso.

Jorge Willans estaba casi bueno de su herida: pero continuaba en cama por su estremada debilidad y por la crudeza del tiempo.

Por consejo de Emerenciana, fué trasladado á una preciosa habitacion que tenia vistas al jardin, permaneciendo todas las ventanas de la fachada principal de la casa herméticamente cerradas. Los carruajes y caballos fueron vendidos, y la mayor parte de la servidumbre enviada á su país.

El aposento que ocupaba Jorge era muy alegre; el sol de Mediodía le bañaba casi por completo, dando esto al semblante del enfermo una animacion estraña.

Eran las doce de la mañana.

Mr. Trinquet entró llevando en una bandeja un delicado almuerzo, que colocó en un velador cerca de la cama.

—¿Tan pocos criados nos quedan que tienes necesidad de servirme tú mismo el almuerzo? le dijo Jorge incorporándose á medias en la cama.

—¡Ah! señor; fué necesario despedir á casi

todos, porque, ¿quién con tanta gente hubiera podido guardar el secreto de la estancia de Vd. en Madrid y en esta casa?

—Tienes razon; pero yo no comprendo por qué razon haya de ocultarme.

—Señor, es que Vd. se ha batido, y los duelos son prohibidos en este país.

—Yo nada tengo que ver con este país; soy inglés, dijo con orgullo Jorge.

—Entonces lo ignoro; la señora lo mandó así, y la hemos obedecido, porque sin ella Vd. hubiera muerto; bien puede decir que le ha salvado la vida, primero acudiendo á recogerle tras de las tapias del Retiro, y despues con sus cuidados, su vigilancia y su esmeradísima asistencia.

—Ya sé cuánto tengo que agradecerla, dijo Jorge, tomando un pedazo de gallina que el mayordomo le habia puesto en el plato. ¿Y qué hace ahora? desde que estoy fuera de peligro apenas la veo, parece que huye de mi lado.

—Pues habita este gabinete inmediato al de Vd., y todas las noches, antes de acostarse, vie-

ne á observar si la respiracion de Vd. está tranquila ó agitada, y siempre me deja preparados los alimentos que he de darle, y que ella misma dispone y examina con la mayor atencion.

—¡Oh! es preciso que yo la hable y aclare este misterio; vas á decirla que deseo me acompañe esta tarde á comer, dijo Jorge rechazando todos los platos que el mayordomo le presentaba.

—¿No quiere el señor probar esta pasta? Es escelente.

—No; llévatelo todo; me haria daño comer cuando ella está triste y sufre quizá por mi causa.

—Se pasa casi todo el dia encerrada en su aposento, y solo los dias que hace sol baja un rato al jardin, añadió Mr. Trinquet, colocando los restos del almuerzo en la bandeja, y retirando el velador.

El médico inglés que le asistia, y que era íntimo amigo suyo, llegó á poco, y encontrándole en un estado sumamente satisfactorio le mandó levantar un rato, á fin de que paseara

por la habitacion, que estaba inundada de sol. Jorge, sumamente alegre, porque al fin abandonaba el lecho donde llevaba postrado tanto tiempo, agitó gozoso un timbre que tenia á la cabecera de la cama; Mr. Trinquet, que hacia á la vez de ayuda de cámara y de mayordomo, se presentó en seguida.

—¡Oh! vísteme, vísteme pronto; quiero ver el sol en el jardin, y contemplar los árboles.

Mr. Trinquet se sonrió maliciosamente.

—¡Vamos! ¿Qué es eso? ¿Ya te figuras que lo digo con intencion? esclamó Jorge de muy buen humor.

—¡Es que..... como la señorita está paseando en el jardin!.... murmuró el viejo mayordomo sin abandonar su picaresca sonrisa.

—¡Eres un viejo socarron!.... esclamó Jorge con una animacion que alegró mucho al fiel criado que estaba acostumbrado á verle siempre uraño y taciturno.

En poco tiempo estuvo vestido con elegante sencillez. Se hizo afeitar, peinar y perfumar con el mayor esmero, como si hubiera esperado una

visita importante. Luego mandó arreglar la habitacion de donde no le era permitido salir, y fué á sentarse en el balcon detrás de los cristales.

Emerenciana, efectivamente, se paseaba en el jardin, y no tardó en distinguirla Jorge que, empapado hasta entonces en el amor de Angela, solo habia sentido hácia ella una indiferencia glacial; la miró con algun interés al verla paseándose triste y meditabunda, con la cabeza baja y los brazos cruzados sobre el pecho.

Más de una hora la estuvo contemplando. Cansada de pasear se sentó en un banco, casi frente á la ventana de Jorge: ambos estaban absortos en mudas reflexiones.

Aunque Jorge estaba muy enamorado de Angela, y aunque su carácter escéntrico y original no le asemejaban á los demás hombres, ¿cómo no habia de ser sensible á la abnegacion y al sacrificio de aquella mujer que indudablemente le amaba con delirio, por más que no se lo hubiera confesado? Además, le habia salvado la vida, y le debia una gratitud inmensa; ¿cómo

no recompensar con un poco de cariño tantas atenciones? La vida árida y siempre triste de Jorge Willans se habia embellecido con el suave y penetrante aroma de la mujer; desde que ella estaba allí, á pesar de hallarse enfermo, su carácter se habia dulcificado, su vida no era tan pesada ni monótona, ni su carácter tan rígido. Donde quiera que se halla la mano de la mujer, se ve la poesía, la dulzura, el encanto.

Las agitadas pasiones de su alma parece como que dormian, y no pensaba con tanta frecuencia en Angela, porque le preocupaba Emerenciana; aquella llenaba su corazon, su alma; esta se apoderaba de sus sentidos, de su espíritu. La habia visto junto á su lecho durante su enfermedad, siempre dulce, sumisa, afectuosa cuidándole con el cariño de una hermana, y temiendo por su vida en los momentos de peligro. Esto no podia Jorge olvidarlo; ni tampoco la melancólica tristeza en que al parecer se consumia la pobre jóven.

Por su parte Emerenciana tenia muchos motivos de tristeza; pensaba de contínuo en su

situacion, en su casa, en su marido y en sus hijos. Sus sentimientos ni su corazon no eran malos; solamente su carácter arrebatado y orgulloso, y su educacion descuidada eran un mal irreparable. No aprendió á rezar ni á bendecir el nombre de Dios en el seno de su madre, y por eso le faltaba la fé á su corazon, la bondad á su alma, y á su razon el freno de la religion consoladora y santa que refrenase sus impetuosas pasiones. Medio loca de desesperacion y de dolor, y embargada por un sentimiento nuevo que la arrastraba por la senda del mal, tomó una resolucion que debia costarle muy cara, porque ni siquiera podia contar con el amor del hombre que la arrastraba por el camino de la perdicion. Todo esto lo conocia, y estaba triste; empero las caricias y el amor de Jorge hubieran sido un bálsamo precioso para cerrar sus heridas.

Mr. Trinquet se acercó á ella; Jorge le vió y sonrió gozoso; sin duda fué á comunicarla el deseo de su amo de que la acompañase á la mesa, y debió decirla que estaba levantado y en la ventana, porque levantó la cabeza y encontrán-

dose las miradas de ambos, cambiaron un espresivo saludo.

Emerenciana se levantó, y siguiendo á Mr. Trinquet, subió al cuarto de Jorge. Este salió galantemente á recibirla, aunque su estremada debilidad apenas le permitia sostenerse.

—¡Pero esto es inaudito! ¡ya levantado!.... ¿y con qué permiso? esclamó Emerenciana afectuosamente dándole la mano para sostenerle, porque vacilaba como si no pudiese andar.

—Con el del médico; pero siento en el alma no haber obtenido antes el de mi amable enfermera, contestó Jorge, apoyándose en el brazo de la jóven, que le condujo cerca de la chimenea, haciéndole sentar en una butaca.

—Todavía está Vd. demasiado débil para hacer esas valentías; ha sufrido Vd. mucho, y más de dos veces hemos temido por su vida, y en particular por su razon, trastornada casi durante todo el tiempo de su enfermedad.

—Ya sé que Vd. ha sido mi salvadora, que la debo la vida, la salud y todo lo que soy; así, pues, disponga de mí como de un esclavo, y

seré muy feliz en complacerla, en hacerla dichosa, si en mi mano estuviera conseguirlo; dijo Jorge con visible emocion, fijando una dulce mirada en Emerenciana, que le contemplaba con los ojos llenos de lágrimas.

—Mil gracias, amigo mio; mil gracias, contestó sin poder contener el copioso llanto que la ahogaba.

—¿Y llora Vd?....

—¡Soy muy desgraciada!....

—Yo debí comprender que alguna cosa desagradable habia pasado en su casa cuando vino á refugiarse á la mia, y nada la he preguntado á causa de mi trastorno.

—No es estraño que preocupada su alma y todos sus sentidos en una idea fija no se haya detenido á pensar en otra cosa, dijo Emerenciana con dulce acento, en el que á pesar de sus esfuerzos se notaba una profunda amargura.

—¿Me reconviene Vd. por mis delirios?.... ¡ah!.... ¡perdon, he estado loco!.... en mi sana razon solo tendré voluntad para bendecir el nombre de Vd., esclamó Jorge verdaderamente

conmovido por el inmenso dolor que se pintaba en el rostro de la jóven.

—No seré yo quien me atreva á reconvenirle, ¿ni qué derecho tengo para ello?....

—Mi corazon se le concede desde hoy, porque me declaro su esclavo más sumiso.

—¡Ah!... pláceme, en verdad, mucho más, ver en su frente la altivez del rey, y no la humildad del siervo. El destino me ha traido á su casa para demandarle la proteccion y el apoyo que necesita una mujer desgraciada, y desde luego, aceptando las simpatías que me ofrece, me pongo bajo su egida.

—Yo debo á Vd. mucho, mi querida amiga; y deseo satisfacer en parte mi sagrada deuda; pero cuénteme Vd. sus disgustos, si es que merezco su confianza.

—Con Vd. he cumplido un deber de humanidad, y nada tiene que agradecerme.

—Y bien, ¿cómo se encuentra Vd. aquí?....

—Porque lo dispuso así la fatalidad. La noche que pasó en mi casa aquella horrible escena, seguí con la ansiedad del sufrimiento todos

los movimientos de Vd. y de Aquiles, comprendiendo que debian batirse al dia siguiente; entonces quise impedir el duelo, y arrastrada por esta idea abandoné mi casa, sola y de noche; llegué tarde, mas afortunadamente conseguí encontrarle con vida todavía; le llevamos á su carruaje, conduciéndole aquí con todo género de precauciones. Su estado alarmante no me ha permitido abandonarle, de manera que los dias y las noches han trascurrido para mí como un sueño, olvidada de mis deberes, de mi casa y de mi familia. Tanto es así, que ha muerto mi niña, ¡pobre ángel mio! ¡sin que yo haya podido ni precaver su enfermedad ni cuidarla!....

Los ojos de Emerenciana volvieron á humedecerse, y permaneció algunos instantes sollozando, con el rostro escondido entre sus manos.

—¡Ah! ¡pobre amiga mia!..... ¡Y todo por mí!.... esclamó Jorge, apartando las manos de su rostro, y enjugando con su pañuelo las ardientes lágrimas que corrian por las mejillas de la afligida jóven.

Esta, rechazándole suavemente, se recostó

con abandono en su butaca, y continuó diciendo:

—Mi marido no observó al pronto mis salidas por hallarse demasiado absorto en el amor de esa cantante, pero los criados sí, y se lo advirtieron; cuando nos reunimos cerca del lecho de agonía de nuestra hija, quiso pedirme cuenta, mas le hice callar, porque tambien él pasaba las noches en casa de *esa mujer*.

Emerenciana pronunció estas últimas palabras en tono tan despreciativo que Jorge no pudo reprimir un movimiento de despecho; le disimuló, sin embargo, y permaneció callado.

Emerenciana continuó:

—Nuestra hija murió, y en medio de mi profundo dolor quise consolarme con las caricias del único hijo que me queda; se lo envié á decir, y me contestó que le habia mandado á un colegio de Alemania. Esta conducta cruel para con una pobre madre, para con una esposa abandonada y ultrajada por él, escitó mi furor de tal modo, que le escribí una carta despidiéndome para siempre, y me vine aquí decidida á reclamar de Vd. amparo, á rogarle solamente que

me acompañe hasta salir de España, buscaré asilo en un convento estranjero, y allí terminaré en paz los dias de mi triste y desventurada existencia.

Emerenciana, aunque sentia un amor ardiente por Jorge, cuidó de no manifestárselo; era muy orgullosa, y estaba herida en el alma por el delirio incesante que mientras su enfermedad demostró por Angela.

Era una estratagema muy bien calculada; el desden suele escitar el amor, y ella se hizo desdeñosa, aumentando á esto su natural melancolía y el inmenso agradecimiento que inspiraba á Jorge.

¿Qué hombre no siente amor, siquiera sea superficialmente, al lado de una mujer hermosa, melancólica y tierna, y mucho más si á estos atractivos reune el artificio y la coquetería?

—Vd. se ha confiado á mi honor, y yo la juro por mi fé de caballero que haré todo lo posible por su felicidad, dijo Jorge.

—Eso es ya para mí una quimera; yo no puedo ser feliz, y solo anhelo retirarme á un

asilo pacífico y tranquilo que me ampare de los sarcasmos del mundo.

—Nos iremos donde Vd. quiera, á los Estados-Unidos, á la Suiza, á cualquier punto lejos de España: ¡ah! ¡y cuán bello será viajar juntos contemplando las maravillas de la naturaleza! dijo Jorge soñando ya en el placer que se prometia.

—Yo solo deseo ir á París á encerrarme en un convento, añadió Emerenciana.

—Bien: ya trataremos de eso mas adelante, cuando recobre del todo mi salud y pueda ponerme en camino; en tanto viviremos aquí aislados, de incógnito....

—Como si hubiéramos partido hace mucho tiempo ¿no es verdad? le interrumpió Emerenciana sonriendo.

— Justamente.

—Así lo hice creer, anunciando la marcha de Vd. en los periódicos, y cerrando la casa como si estuviera deshabitada. Comprendí que mi marido me buscaria aquí, como efectivamente lo hizo y se encontró chasqueado; des-

pues, segun me ha dicho Mr. Trinquet, á quien mandé averiguar, se ha marchado al estranjero buscándome quizá y á Vd. tambien, para hacerle pagar con su vida el apoyo que me ha prestado.

—¡Ba! dejémosle, y procuremos con asiduidad preparar nuestro viaje.

—Mr. Trinquet entró á preguntar á qué hora deseaban comer los señores, y se sorprendió al ver la animacion espresiva que denotaba el rostro de su amo.

Emerenciana seguia á aparentando tristeza, pero cerraba los ojos, como si la llama de la chimenea la ofendiera, para evitar que Jorge sorprendiese en ellos un rayo de alegría.

—¡Oh! al fin me amará, murmuraba interior mente, y su amor es lo único que puede darme la felicidad en esta vida. Todavía está su corazon lleno con el recuerdo de esa mujer odiosa; más yo le borraré; quiero ser la reina absoluta de su albedrío; quiero que me ame mas que á ella.... y lo conseguiré.

Levantó la cabeza con aire de triunfo, y

viendo que los ojos de Jorge estaban fijos en ella, esclamó con encantadora sonrisa:

—Cuando el señor enfermo guste, comeremos, y para que vaya tomando fuerzas bueno será que apoyado en mi brazo, dé unos cuantos paseos por el aposento.

—¡Oh! qué felicidad es tener por enfermera á una mujer como Vd., esclamó levantándose con alegría.

CAPÍTULO XXI.

Trascurrieron muchos dias desde la escena referida en el capítulo anterior. Emerenciana y Jorge armonizaban perfectamente, á pesar de que ella continuaba en su sistema de desden y profunda tristeza, aparentando un sentimiento inmenso por su triste situacion y un deseo vivísimo de llegar á París para encerrarse en un convento. Supo conducirse con tanto artificio, que escitó de una manera poderosa el amor propio de sir Jorge, quien se mostraba más apasionado, á medida que la resistencia de Emerenciana crecia.

Empeñados ambos en esta lucha, no se acordaban para nada del mundo esterior, vivian encerrados en su casa, sin salir jamás á la calle,

lo uno por impedirlo la convalecencia bastante larga de Jorge, y además por guardar mejor el incógnito. Emerenciana, con el pretesto de que odiaba la sociedad, y todo cuanto tuviese relacion con el mundo, no permitia la llevasen ningun periódico, entreteniéndose con la lectura de libros escogidos por ella, y que armonizando con su situacion la ayudasen á perfeccionar su plan de conquista y de absoluto dominio sobre el corazon de Jorge. Los leian juntos, y se pasaban las tardes en el jardin y las veladas en la chimenea, hasta que el reloj marcaba las doce; entonces ella tomaba su luz, y dando unas ceremoniosas *buenas noches* al flemático inglés que la miraba extasiado, se retiraba á su cuarto.

Así se deslizaban para ellos las horas; mas llegó el dia fijado para la marcha, y empezaron á ocuparse de los preparativos que, con la ayuda eficaz de Mr. Trinquet, estuvieron muy pronto concluidos.

La última comida que hicieron en Madrid, fué más animada que de costumbre, sin embargo de que ambos comieron muy poco.

—No nos faltarán buenas provisiones para el camino, ¿no es verdad, Trinquet? dijo Jorje á su fiel mayordomo.

—Todo está corriente, señor; gracias á la actividad y escelentes disposiciones de la señorita, que no se olvida de nada.

—¡Ah! ¡Mucho la debemos!.... esclamó Jorge mirándola con cariño.

—¡Bah! cualquiera en mi lugar hubiera hecho lo propio, dijo ella; y por cierto que como ha adoptado Vd. el sistema de viajar en carruaje propio, cuya marcha es mucho más lenta, ha sido preciso doblar las provisiones, y no será estraño que la mejor noche lleguemos á cualquier villorrio y no tengamos que cenar.

—Llevamos una magnífica silla de postas, y están ya dispuestos en las paradas los convenientes relevos; á mí me gusta mucho detenerme donde veo un paisaje bonito, y aun permanecer algun tiempo en las poblaciones que sean de nuestro agrado.

—Como tengo tantos deseos de encontrarme en mi convento, hubiera preferido más celeri-

dad; pero me someto gustosa á su capricho, porque Vd. es un niño muy voluntarioso, á quien es preciso complacer, por no verle sufrir una recaida en su enfermedad que nos haga suspender el anhelado viaje.

—¿Tanto afan tiene Vd. por separarse de mí? murmuró Jorge con tristeza:

—¡Oh! si señor; porque para un hombre tan libre como Vd., no puedo menos de ser un estorbo.

—¿Lo dice Vd. con todo su corazon?

—Claro está.

—¿Y no la he repetido cien veces que mi felicidad consiste en Vd., que en su amor estriba toda mi dicha?

—Vd. puede haberlo dicho cien veces y yo haberlo dudado otras ciento.

—Siempre el desden y la duda..... ¡ah! estas españolas tienen el alma de hielo!....

—Si algun dia me convenzo de los sentimientos que hoy me manifiesta, entonces no dudaré; dijo Emerenciana, viendo el disgusto pintado en el rostro de Jorge y no queriendo desesperarle por completo.

—¿Y me amará Vd?

—Quizás le ame si veo que en su corazon no refleja más imágen que la mia.

—¿Y cómo se lo probaré?

—Con el tiempo, con la constancia.

—¡Ah! permítame Vd. adorarla, no me rechace y yo la daré pruebas de mi amor; esclamó Jorge con entusiasmo levantándose para hacer los últimos preparativos, porque debian ponerse en camino inmediatamente.

Efectivamente, al anochecer de aquel mismo dia abandonaron á Madrid, sin que nadie se apercibiera de su marcha.

Ambos iban en pos de una esperanza de felicidad, y dejaban trás sí dolorosos recuerdos; ¿hallarian la dicha en el curso de su peregrinacion?

Ya lo veremos en el desenlace de esta obra que vamos á buscar en el tomo tercero.

En tanto que ellos se alejaban embriagados con la quimérica ilusion de sus amores, Augusto los buscaba por el estranjero, y Angelina seguia conquistando laureles para su corona de

artista y espinas para su corazon de mujer.

Veámosla en la noche de su despedida del público madrileño.

Terminada su contrata debia cantar por última vez, y eligió *La Lucía*. Esta ópera tenia para ella dolorosos recuerdos, porque la proporcionó los primeros laureles que exaltaron su génio, descubriendo á la gran artista y lanzándola á los inmensos mares del teatro.

Un público ávido de admirarla, y entusiasta siempre, aguardaba con impaciente anhelo á la jóven *prima-donna* que les daba su último adios, porque habia resuelto retirarse de la escena, manifestándolo así á sus muchos apasionados que estendieron la noticia con profunda pena.

Nunca la magnífica partitura tuvo más digno intérprete que Angelina. Aunque su corazon estaba desgarrado por amargas y crueles penas, su génio soberano y magnífico se desbordó en torrentes de armonía en la cavatina del primer acto; arrebató al público, y haciéndose por completo dueña de todos los corazones y de la

universal simpatía, obtuvo una ovacion desconocida, inusitada y grandemente sublime.

En el ária de la locura, en el tercer acto fué ya un delirio, cubriéndose el escenario de flores y de coronas que arrojaban á sus piés como galardon debido á su talento. El público de Madrid la despidió dignamente y debió quedar muy satisfecha de la galantería cortesana, si bien de su sociedad llevaba en el alma desgarradoras heridas.

Cuando se retiró del teatro, sus padres y los dos niños que la habian visto desde un palco, la colmaron de caricias, llorando de alegría; aquella fué la compensacion de sus dolores, su celestial consuelo y el aroma vivificante que derramaba un bálsamo divino en las profundas llagas de su corazon.

La esposa sin esposo, la amada sin amante, se refugió en el santo hogar de la familia buscando un poco de esa pura felicidad, que solo emana del verdadero amor, que solo proporcionan los inmaculados y santos efectos de la vida íntima, de los vínculos benditos de la fraterni-

dad y de la union verdadera de las almas.

Muchas personas fueron á suplicar á Angelina que cantase algunas noches más; muchas proposiciones á cual más ventajosísimas tuvo de los principales teatros de Europa y de América; á todos dió por pretesto que estaba enferma, y necesitaba descansar, retirándose para conseguirlo á su alquería de Valencia.

Como su propósito era firme, y nacido de una conviccion profunda, le llevó á cabo inmediatamente con viva alegría por parte de sus padres, y muy en particular de Ermelinda y de Angel Augusto, que deseaban con ánsia disfrutar las brisas del mar y de los ricos, y variados frutos de la deliciosa campiña valenciana.

Angela tuvo que cantar algunas noches en el teatro de Valencia por satisfacer el vivo afan de sus paisanos, que la recibieron con ardiente entusiasmo, tributándola homenajes y ovaciones de una manera prodigiosa.

Despues, aislándose en su alquería, y siempre pretestando hallarse enferma y débil, se consagró esclusivamente á sus hijos y á sus pa-

dres, que la adoraban con una ternura infinita.

Angel Augusto tenia un carácter tan bellísimo, y era tan parecido á su padre, que la bondadosa familia á cuya proteccion estaba encomendado, le miraron desde luego con marcada predileccion, admitiéndole en su séno como si hubiera sido uno de sus más queridos hijos.

Ya por el mes de Mayo estaban instalados en el Cabañal, recordando con placer los dias felices que allí habian pasado, y deplorando al propio tiempo las desgracias que amargaban su vida, sobre todo el abandono de Aquiles, y su estraño comportamiento. A todo el mundo decian que estaba en el estranjero, sufriendo mucho Angela, porque no llegara á descubrirse que estaban separados. Lo temia por su hija, á quien queria preservar de toda mancha ofensiva.

En esta lucha contínua, y en este cruel dolor, se decidió á instalarse en su pabellon del jardin; estaba triste, y vivia sola para no comunicar su tristeza á su familia querida. Noble resolucion de un alma como la suya.

FIN DEL TOMO II.

FE DE ERRATAS.

TOMO PRIMERO.

Pág.	*Linea.*	*Dice.*	*Léase.*
15	1	emigo	amigo
113	15	goce	gozo
190	17	sufrir mucho esta noche;	sufrir esta noche
256	4	señalados	señaladas
256	13	palabras	palmadas
274	20	numerosos	minuciosos
281	9	pensador	punzador

FE DE ERRATAS.

TOMO SEGUNDO.

Pág.	*Linea.*	*Dice.*	*Léase.*
39	23	jardines	jardinero
43	6	pelos	dedos
62	17	su	el
82	14	alejóse	alegróse
188	6	despreciado	desgraciado
191	6	demostrar	mostrar
246	5	finos	frios